



IX Certamen Internacional de Relatos
En mi verso
soy libre

Relatos 2016

Coordinadores: Ana María Ferrer Mendoza

Juana María Sánchez García

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

Coordinadores:

Ana María Ferrer Mendoza
Juana María Sánchez García



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades

Promueve:

© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:




© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra)
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en: 

Autores:

Marta Zafrilla Díaz (prólogo)
Alumnado (relatos)
Ángel Palomo (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2016 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-608-7835-3

Depósito Legal:

MU-472-2016

Este libro es el resultado de la selección de relatos del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria
y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Universidades

**Comité Organizador del IX Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaria: Juana María Sánchez García
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinadores docentes: Clara Navas López
Ana Jara García, Francisca Martínez Andreu y José Blas García Pérez
Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez
Coordinación institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Índice

Prólogo 13

CATEGORÍA A

01. Flipo con mis amigos 21

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Ilustración: María Moya

02. El payaso colorín 27

Óscar Prieto Gómez

Ilustración: Almudena Vázquez Rodríguez

03. Las 500 millas 31

Vicente Mártir Gallardo

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

04. La isla apestosa..... 35

María Rodríguez Giménez

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

05. Meche y la oveja..... 39

Irene Criado Santalla

Ilustración: Carmen Osete Henarejos

CATEGORÍA B

01. Agustina y la rima..... 45
Amanda Andrieu Cercadillo
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval
02. La historia de Rita Palomita 51
Ana Lagares Serrano
Ilustración: Loles Salas
03. Hotel "El Hospital" 57
Paula Sinaí Martínez Romero
Ilustración: Sioni López
04. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad 61
Nayara García Cárdenas
Ilustración: Pepe Marco
05. Un hospital divertido 67
Tarik Bohuabs
Ilustración: Doctora Creativa
06. Los exámenes para *ninja* 71
Jean Javier Ordóñez Quezada
Ilustración: Francesca Cristina Ureña
07. La historia de Rigoberto II..... 77
Lucia Reyes Goñi
Ilustración: Ramón Besonías
08. Romeo y Julieta...¡Una historia apastosa!..... 81
Adrián Sánchez Felipe
Ilustración: Álvaro Peña

CATEGORÍA C

01. La historia de Bender..... 87
María Carmona Hernández
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

02. Escapando de la cárcel blanca	93
Alba Parra González	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
03. El relato de Dorian Luis	103
Luis Sauquillo Martínez	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
04. Calambur	111
Laura Cecilia Hernández Bellón	
Ilustración: Elena Sol	
05. Clausuremos este día	115
Sara Gutiérrez Hernández	
Ilustración: Asís Pazo Espinosa	
06. Un día cojo en el hospital	125
Adriana Rocío Vedia Aillón	
Ilustración: Verónica Cámara	
07. La partida de parchís	129
Irene Sánchez Leal	
Ilustración: Garbiñe Larralde	
Aula Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2016.....	133
Agradecimientos	135

Prólogo

SONRISAS QUE CURAN

Marta Zafrilla Díaz

Los niños son los seres más libres que existen, porque tienen dentro de sus cabezas un animalillo inquieto y poderoso que no para de inventar y de vestirse de colores: la imaginación. Ofrécele a un niño cualquier objeto que para los adultos resulte insignificante (una canica, un soldadito de plástico, un lápiz, una pinza de colgar la ropa, un mechero roto) y él convertirá ese mínimo utensilio en unas alas gigantescas, con las que remontará el vuelo y viajará hacia el Reino de la Fantasía.

¿No os habéis fijado? ¿De verdad que no? ¿Nunca habéis observado a un niño o a una niña mientras juega sobre la alfombra, ajeno a cuanto lo rodea, convertido en un héroe, en un dragón volador, en una reina medieval o en una guerrera galáctica?

Miradlos, miradlos ahora. Detened la vista en ellos. Han cogido las piezas de madera y están construyendo cosas. Vosotros pensáis que se trata de un montón de piezas amontonadas en un equilibrio inestable, pero os equivocáis: es el palacio de la Reina de las Nieves o de Frozen, es el castillo del Mago Tenebroso, es el Camelot del Rey Arturo. Y donde

vuestros ojos no ven sino hilos de alfombra ellos observan ejércitos en formación, ríos caudalosos sobre los que tender puentes, caballos piafando, humo de las hogueras, princesas de cabellos dorados que se asoman a ventanas, casitas de chocolate que se esconden en lo más frondoso del bosque, enanitos que buscan diamantes en su mina.

Pero hay niños que, durante un tiempo, no pueden estar en sus casas y no disponen de alfombras sobre las que tumbarse y en las que construir mundos de madera. Son niños que tienen las alas heridas y que necesitan ser curados. Pero eso no cambia su universo de fantasía y de luz interior. Todos los colores del arco iris, todos los juegos posibles o imposibles, todos los animales reales o inventados están en el interior de sus cabezas. Y para conseguir que salgan de allí disponen de muchos caminos: uno de ellos es la escritura.

En este libro que hoy presentamos tenemos buena muestra de cómo, utilizando la imaginación y el humor, los relatos de estos jóvenes escritores se llenan de vacas generosas, payasos que reparten ilusión, fugas cinematográficas, niñas que siempre sonríen, relatos mexicanos, hoteles que sanan, escarabajos moteros, anécdotas de la hermana pequeña, islas apestosas, situaciones chocantes de hospital, chicas dormilonas, personal sanitario que solo lleva un zapato, curiosos exámenes para convertirse en *ninja*, niñas que le tienen alergia a las cebras y tienen que conformarse con adoptar un lagarto, metáforas sobre la vida como un juego de parchís, familias enfrentadas por motivos culinarios, amigos chistosos de Valentina, muchachas que hablan con rimas o perros que nos cuentan su particular historia.

Todas las personas que han escrito en este libro se han fabricado una armadura de humor para luchar contra la tristeza, un traje espacial con el que viajar hasta Marte, una escafandra para bucear por

el fondo marino. Con sus palabras nos convencen de que cuando las sonrisas crecen en el rostro y en el cerebro los seres humanos pueden llegar a ser invencibles. Muchas gracias por esta enseñanza y muchas gracias también por los buenos ratos que nos habéis hecho pasar con vuestras historias.

IX Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

En Murcia, 9 de marzo de 2016 se reúne el jurado del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña. Juana M^a Sánchez García

Vocales: Dña. Lary León Molina

Dña. Concha Martínez Miralles

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Francisca Martínez Andreu

D. Luis Francisco Martínez Conesa

D. Lorenzo Hernández Pallarés

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido sesenta y seis relatos, procedentes de dieciséis Aulas Hospitalarias, de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Madrid, Región de Murcia, Comunidad Foral de Navarra y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A (de 6 a 9 años)** al relato “Flipo con mis amigos” de Saray Sakira El Hamdi Rubiano, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría B (de 10 a 13 años)** al relato “Agustina y la rima” de Amanda Andrieu Cercadillo, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría C (de 14 a 17 años)** al relato “La historia de Bender” de María Carmona Hernández, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

A su vez, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros diecisiete relatos que serán publicados, junto con los tres ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2016”.

El tema de este año del Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” es el HUMOR. Y, realmente, ¡qué divertidos los relatos presentados! La sonrisa y las risas han estado presentes durante la lectura y las deliberaciones del jurado.

Todos los textos han acudido puntuales y llenos de humor y sentimientos a una convocatoria que un día, hace ya nueve años, pusieron en marcha los profesores de las Aulas Hospitalarias de la Región de Murcia: el certamen “En mi verso soy libre”.

Payasos que pierden la nariz pero no la gracia, vacas que hacen el pino, escarabajos moteros, una isla apestosa, lagartos que se tragan los exámenes suspensos, ratones que vuelan, un hospital encantado o un hospital sin spa. Hay escapadas gloriosas de jóvenes enfermos, y hasta investigaciones profundas sobre abuelas que hacen comer. Los relatos se apoyan en la imaginación, en anécdotas de clase, en situaciones cotidianas o maravillosas, en recuerdos de infancia. Y tras muchos de estos cuentos de humor, la enfermedad, el miedo, las jeringuillas, los médicos, las enfermeras, los compañeros de habitación, las maestras del hospital, los libros...

Murcia, 9 de marzo de 2016

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

GANADOR CATEGORÍA A

Flipo con mis amigos

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Todo en la vida se hace más fácil cuando tienes amigos como los míos: Ainhoa, Alejandro, Emmanuel, Santiago, Ismael... Solo pronunciar sus nombres, me causa risa al recordar sus locuras.

¡Qué tal la de Ainoa! El otro día estábamos en clase y llegó gritando:

—¡Me atracaron, profesora, me atracaron!

La profesora, preocupada, corre hacia ella y le pregunta:

—¿Qué te han hecho?

Y ella responde:

—Me robaron los deberes —Ja, ja, ja. ¡Qué locura de amiga!

Y qué decir de Emmanuel. Recuerdo cuando la profesora le preguntó:

—¿Cuál es el masculino de oca?

Y él respondió:

—El parchís.

Todos reíamos sin parar, menos la maestra, que, con cara muy seria, le dice:

—Te daré otra oportunidad con otra pregunta. Dime una palabra que empiece por D.

Emmanuel, muy seguro, responde:

—Ayer.

La profesora dice:

—Pero ayer empieza por A.

Emmanuel responde:

—Es que, ayer fue domingo.

La risa fue tanta que nos castigaron a todo sin recreo; un castigo merecido porque, con estos locos de mis amigos, es difícil evitar reír.

Otro día, en clase hablábamos de lo que queríamos ser de mayores. Ainhoa dijo:

—Yo seré una gran abogada.

Alejandro:

—Yo seré un gran cirujano.

Ismael:

—Pues yo seré bombero.

Santiago:

—Yo seré futbolista.

Y Emmanuel dijo:

—Yo seré veterinario, porque me gustan muchos los animales.

A la profesora le pareció muy interesante este tema y dijo:

—¡Qué bien! A ver, Emmanuel, ya que te gustan tanto los animales, dime cinco animales de África.

Emmanuel responde:

—Tres elefantes y dos jirafas.

Todos nos aguantamos la risa, pero la seriedad duró poco, porque la profesora dijo:

—Veo que estás muy gracioso, así que te voy a hacer otra pregunta. Dime tres animales cuadrúpedos.

Y él responde:

—Un perro, un gato, y dos gallinas —Ja, ja, ja. Pues otra vez castigados porque todos nos reímos sin parar. Y así cada día, una cosa tras otra.

Nos hicieron un examen y la profesora dijo:

—Ismael, te has copiado del examen de Alejandro.

A lo que Ismael contesta:

—¿Por qué lo dice, profesora?

—Porque en la tercera pregunta, él respondió: «No lo sé». Y tú respondiste: «yo tampoco» —Jajajá.

Para terminar a carcajadas, mi madre se estaba aplicando una crema en la cara con los ojos cerrados. Y mi padre le pregunta:

—¿Por qué cierras los ojos?

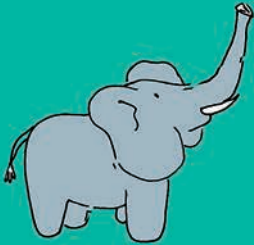
Ella responde:

—Porque dice: «Nivea».

Por último, soy Valentina, y me levanto cada mañana con toda la energía del mundo para ir al cole, disfrutar, reír, pero también para estudiar mucho para llegar a ser una gran pediatra, y así ayudar a que muchos loquillos, como mis amigos y yo, tengan la oportunidad de reír cada día.

FIN

ANIMALES
CUADRÚPEDOS



El payaso Colorín

Oscar Prieto Gómez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

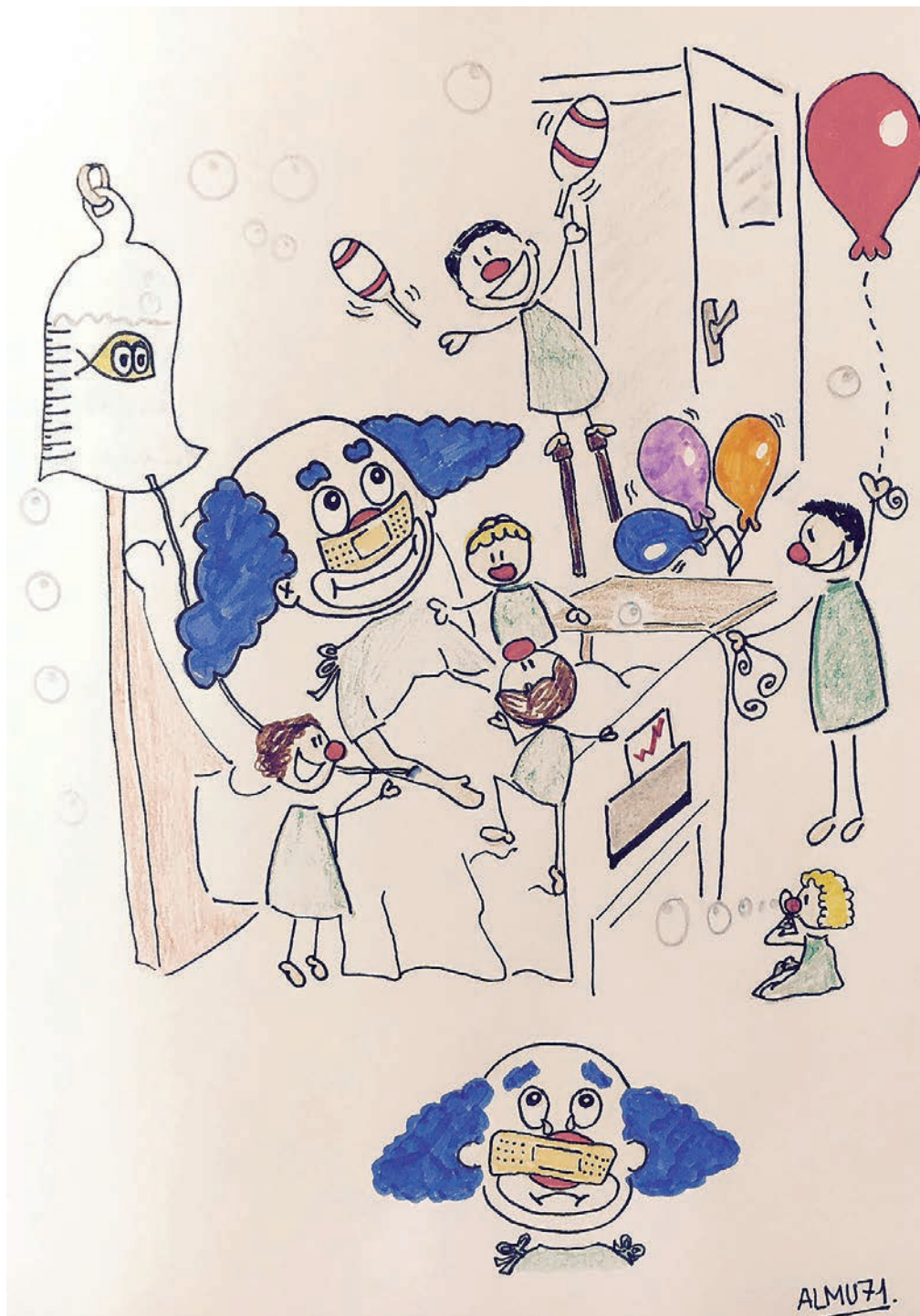
Érase una vez un payaso que se llamaba Colorín, y que se dedicaba a alegrar a los niños y niñas que estaban ingresados en el hospital. Les contaba chistes, les regalaba globos y les hacía malabares.

Era tan bueno y se hizo tan famoso que un día lo llamaron de un circo muy importante que vino a su ciudad, Albacete. En el circo tenía que hacer malabares subido en un elefante, y tuvo tan mala suerte que se cayó y se rompió su gran nariz.

Lo llevaron al hospital, al mismo hospital donde él alegraba a los niños enfermos. Colorín estaba muy triste porque pensaba: «¿Quién va ahora a hacer reír a los niños?».

Un niño que estaba ingresado desde hacía tiempo en el hospital, y que se llamaba Óscar, se enteró de lo que había pasado, y tuvo una gran idea: llamó a todos los niños y niñas que estaban en el hospital, se disfrazaron todos de payasos, y fueron a su habitación a contarle chistes, a regalarle globos y a hacer malabares. Colorín se puso muy contento, y más cuando al día siguiente los médicos acudieron con la gran noticia de que había una nariz nueva para él, roja, grande y brillante.

A partir de ese momento, Colorín no volvió al circo y se dedicó siempre a sus niños y niñas del hospital, y fue llamado Colorín el de la nariz colorada. Y este cuento, más que ningún otro, debe acabar con las palabras: ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado!



Las 500 millas

Vicente Mártir Gallardo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitari i Politècnic La Fe de Valencia

En la ciudad de Valencia había una carrera de escarabajos moteros. Era muy difícil y peligrosa.

Se celebraba en verano, bajo un sol abrasador. Las temperaturas eran tan altas que podían llegar a los cincuenta grados.

Los escaraparticipantes se llamaban:

1. EscaraRossi.
2. EscaraMarc.
3. EscaraLoren.

Todos estaban dispuestos a ganar la carrera, pero solo uno podía ganar.

Los motores de los escaramoteros empezaron a rugir y la carrera empezó con tensión.

El calor era tan intenso que EscaraRossi empezó a sudar y su casco se llenó de sudor. Parecía que llevaba una pecera en lugar de un

casco. No podía respirar y EscaraMarc, justo en ese momento, le iba a adelantar.

EscaraRossi apoyó su pata en el asfalto y rápidamente la levantó, ya que el asfalto abrasaba. Y al levantar la pata del asfalto le dio una patada a EscaraMarc que se cayó al asfalto abrasador. ¡¡Parecía una barbacoa en toda regla!!

EscaraRossi se quedó pegado al asfalto y EscaraMarc, que estaba achicharrándose por el suelo, se enfadó con él.

Mientras tanto, EscaraLoren los miraba extrañado y pensaba:

«¡Se están pegando una comilona y a mí no me ha invitado nadie!».

Pasado un mes, EscaraRossi pudo explicarle a EscaraMarc y a EscaraLoren lo que había sucedido, y volvieron a ser amigos por muchas millas más.



La isla apestosa

María Rodríguez Giménez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Había una vez una isla llena de muchos y preciosos animales:

- Un león o dos.
- Una cebra o dos.
- Un tigre o dos.
- Un oso o dos.
- Un elefante o dos.
- Una jirafa o dos.
- Un rinoceronte o dos.
- Un camello o dos.
- Un mono o dos...

Y todos aquellos que quieras meter.

Un día vino un malvado monstruo que los asustó mucho con sus fuertes rugidos. Todos los animales se escondieron por todos los escondites de la isla para que no los vieran.

Como tenían mucho miedo, pensaron que tenían que encontrar la forma de que el monstruo se fuera y los dejara vivir en paz en su preciosa isla.

¿Sabéis lo que decidieron? ¡ja, ja!

Que todos, a la misma hora y en distintos puntos de la isla, se tirarían un gran y apestoso peo.

Y así lo hicieron. Y, claro, cuando el monstruo olió ese olor insoponible no tuvo más remedio que salir corriendo.

Todos los animales se quedaron tranquilos en su isla, pero decidieron que a partir de entonces la llamarían LA ISLA APESTOSA.



Meche y la oveja

Irene Criado Santalla

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Fundación de Alcorcón de Madrid

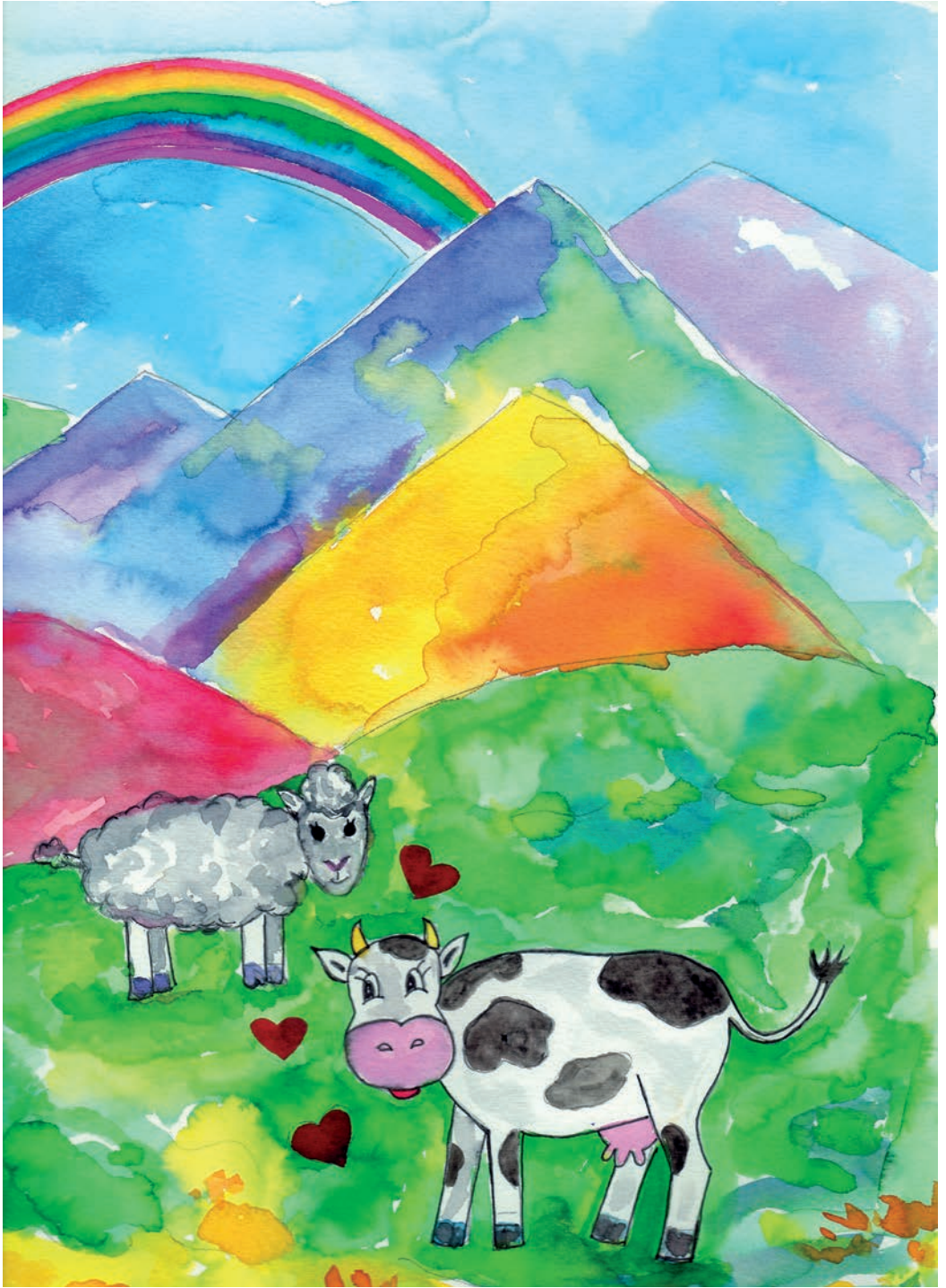
Había una vez una vaca que se llamaba Meche y vivía en el campo. Y un día vino una oveja que le pidió leche. Meche se la dio, y desde entonces la oveja venía todas las mañanas, hasta que un día la oveja se puso malita, vino el médico y le dijo que no tomara tanta leche.

Entonces, la vaca se puso a hacer el pino y se mareó. Por la tarde, de repente, en vez de leche le empezó a salir yogur, y fue corriendo a decírselo a la oveja.

Entonces, la oveja le dijo que si podía probarlo. Meche le dijo que sí, y al probarlo la oveja se curó.

Meche se alegró mucho y fueron felices y comieron perdices.

FIN



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

Agustina y la rima

Amanda Andrieu Cercadillo

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Había una vez una niña que se llamaba Agustina. Agustina era una niña muy peculiar, dado que, cada vez que hablaba, rimaba todo lo que decía. Su mejor amigo era un niño llamado Gabriel. Un día, Agustina iba andando y se encontró con Gabriel.

—¡Hola, Agustina!

—Hola, Gabriel, que te gusta la miel con papel y un pincel.

—¿Qué tal? —preguntó Gabriel.

—Muy bien con OKAL. ¿Y tú? —dijo Agustina.

—Genial —contestó Gabriel.

—Bueno, Gabriel, me voy, corcel —dijo Agustina, despidiéndose con la mano.

—Adiós, Agustina —dijo mientras se iba.

Agustina se fue a su casa. Allí estaba su madre.

—Hola, Agustina —dijo su madre, dándole un abrazo.

—Hola mamá, esto... —Agustina se preocupó mucho porque nunca se había quedado en blanco con las rimas.

—¿Estás bien, Agustina? —dijo su madre, preocupada.

—Sí. Creo que me voy a dormir.

Agustina subió a su habitación y se acostó en su cama. Cuando se levantó, miró su despertador y vio que eran las cinco y treinta y tres minutos de la tarde. Bajó a pasear y se fue al centro comercial. Iba andando, pensando en sus cosas y se cayó en una fuente.

—¡Agustina! —gritó Gabriel, mientras iba corriendo a la fuente para ir a ayudarla.

Agustina salió de la fuente mientras él iba a por una toalla. Cuando Agustina se secó la ropa y el pelo, Gabriel y ella se fueron a un bar. Se sentaron en una mesa y escucharon las noticias de La Ser.

«Últimas noticias: ¡Una cabra se ha escapado del zoo! Y ahora... vamos con el tiempo...».

—¡Guau! ¡Se ha escapado una cabra! ¡Qué chulada!

—Vámonos de aquí. Estoy aburrida.

Gabriel y Agustina se fueron a un banco. De repente, Agustina notó algo en la espalda.

—¡Beee! —baló una cabra.

La cabra estaba comiéndole el pelo a Agustina.

—Agustina, no te muevas. Una cabra te está comiendo el pelo —dijo Gabriel—. ¿Qué le gusta a las cabras?

—El papel, la zanahorias, el césped... ¡Pero quítamela ya del pelo!

—dijo Agustina, medio llorando—. ¡No quiero quedarme calva!

Gabriel fue al supermercado y compró zanahorias y lechugas. Al instante vino, y Gabriel llevó la cabra a seguridad. Los dos salieron afuera, pero en seguida se dieron cuenta de que pasaba algo raro. El mundo se había vuelto blanco y negro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel asustado.

—No sé, tío. Pero es bastante raro que el mundo se haya vuelto blanco y negro. ¡Y nosotros! —decía, mientras se miraba las manos en gris y su pelo, babeado por una cabra, en blanco.

—Señora, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Gabriel a una señora.

—Alguien ha robado los colores.

—¿Quién? —dijo Agustina.

—Algunos lo conocen como R2. Es Robert Rinart. Está ahí —dijo la señora, señalando una torre muy alta llena de colores y rimas—. La única forma de devolver los colores es rimar y derrotarle rimando.

—Pues vamos. Yo no voy a perder mis superrimas por un tonto como ese —dijo Agustina, cogiendo de la mano a Gabriel y tirando de él con todas sus fuerzas.

Los dos niños subieron a la torre y se encontraron con una gran puerta de metal. Al lado había una llave.

—Hay que ser tonto para dejar una llave al lado de una puerta y, encima, por fuera —dijo Gabriel.

—¡Cállate, Gabriel! Ahora tenemos que conseguir abrir esta gran puerta —dijo Agustina, mirando a todos los sitios.

—¡Agustina! —dijo Gabriel (—¡Silencio! —susurró Agustina.). —Hay una llave justo ahí.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, Gabriel? ¡Qué despiste tienes!

—Pe...pero... —tartamudeo Gabriel.

—Venga, Gabriel, vamos a entrar —dijo Agustina, abriendo la puerta con la llave.

Cuando entraron, se encontraron con Robert Rimart.

—Hombre, ¿qué haces aquí, Agustina?

—¿Cómo sabes mi nombre, tío?

—Porque soy mago —dijo él mientras se reía.

—¡Tú lo que eres es tonto! Dame mis rimas y devuelve los colores —dijo Agustina.

—Pues sabes la única forma de devolver todo eso, ¿no?

—Claro que sí —contestó Agustina.

—Una batalla de rimas —bramaron los tres a la vez.

Hicieron la batalla y Agustina ganó. Todo el mundo volvió a la normalidad y Agustina volvió a rimar.

FIN



La historia de Rita Palomita

Ana Lagares Serrano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Érase una vez una niñita de ocho añitos llamada Rita Palomita. Siempre estaba sonriente y resplandeciente. Cualquier adulto que la viera no podía evitar sonreír. Aquella pequeña niñita alegraba a la ciudad. Aunque fueran días tristes, ella siempre sonreía. En el cole los niños no lo entendían.

—A lo mejor se ha blanqueado los dientes y quiere lucirlos —decían.

Pero a la pequeña Rita no le importaba lo que dijeran; ella nunca estaba triste ni enfadada. Ella siempre encontraba el lado positivo de las cosas. Los niños y niñas mucho le preguntaban, pues si había un truco para estar feliz, ellos también lo querían. Y lo intentaron, y lo intentaban, pero sus respuestas no entendían. Y la pequeña y adorable niñita de la sonrisita no conseguía explicar su felicidad de ninguna manera. Nadie sabía lo que le pasaba por aquella cabecita. Así pasaron los días, las semanas y los meses, y nadie la entendía.

Algunos niños, al no entender tal alegría, decían:

—Yo creo que se ha estirado la cara con cirugía y la boca se le ha quedado así.

—Pues yo creo que es una sonrisa postiza que se ha pegado con pegamento y no se la puede quitar.

Y le seguían preguntando, y seguían y seguían. Pero la pobre Rita dar explicaciones no podía.

Un día la ciudad estaba muy apagada, pocas eran las personas que sonreían, nadie sabía qué pasaba.

En el colegio lo mismo sucedía y, rápidamente, se dieron cuenta de que la pequeña Rita Palomita no había ido al cole aquel día. Una sola falta, nada cambiaba. «Se habrá puesto mala», pensaban. Pero la gente se preocupaba al pasar los días y las semanas, pues nadie sabía dónde se encontraba. Y fue entonces cuando admitieron que Rita no volvería.

La ciudad ya no era lo mismo sin la desaparecida. Todo seguía, pero ya nada apetecía. Los niños en el recreo ya nada hacían, se sentaban a esperar a que algún día volviera. Los adultos apenas sonreían. Todos echaban en falta a la pequeña Rita.

Empezaron a pasar los años, hasta que un día Rita Palomita apareció en su clase. La gente la reconoció al instante; a pesar de haber cambiado en los últimos años, su sonrisa no desaparecía. Traía algo en la mano. Era un sobre de color morado, nadie sabía lo que contenía. Rita, sin pensárselo dos veces, se subió a la tarima y empezó a decir:

—Durante todo este tiempo he estado pensando en vosotros, en las preguntas que me hicisteis y no supe contestar de forma que lo entenderais, pero ahora sí que lo sé. La verdadera respuesta a la felicidad es que no hay un motivo para sonreír, simplemente hay que sonreír por los demás, y, aunque no lo parezca, una sonrisa sin decir ni una palabra puede alegrar el día a alguien, ayudarle a seguir adelante.

Entonces Rita abrió el sobre que traía y le dio una sonrisa a cada uno de sus compañeros. Y, desde ese momento, la ciudad volvió a brillar como antes, con gente feliz por todas partes.



Hotel “El Hospital”

Paula Sinaí Martínez Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Luna y me han ingresado, de nuevo, en el *hotel* que utilizo para curarme: El Hospital.

Ubicado en pleno centro de la ciudad, dispone de todas las comodidades que uno pueda desear. Voy a explicaros como funciona este curioso *hotel*.

Al entrar al vestíbulo, no hay sofás cómodos, los recepcionistas no llevan pajarita y los clientes (pacientes) no sonríen ni están alegres, pero aun así ¡hay unas colas! Te entregan la pulsera del *todo incluido* para disfrutar más... —ejem...— *felizmente* de su estancia. En el *hotel*, aun así, todo el mundo quiere estar poco tiempo.

Posteriormente, te conducen a una acogedora sala de espera, provista de cómodas sillas que te dejan el trasero cuadrado, donde debes esperar a que te indiquen el lugar al que debes ir. Aparece entonces uno de los excelentes botones (¡celadores!) que te acompaña hasta tu habitación.

La habitación es amplia y luminosa, y dispone habitualmente de

dos camas, unas grandes ventanas con vistas magníficas y un baño que se adapta perfectamente a tus necesidades. No hay cortinas ni flores ni chocolates ni música. ¡Bueno, no se puede tener todo! No te entregan llave de la puerta, con lo que puede entrar quien quiera, aunque en realidad a nadie le apetece mucho entrar.

Dispones, de forma totalmente gratuita, de un pijama color azul (feo como él solo), esponjas y toallas que se repondrán cada día. ¡Apenas rascan!

Las deliciosas comidas son un placer para el paladar, además de sanas y nutritivas. Una de las empleadas te dará a elegir cada día el menú del día siguiente, a escoger entre tres platos, aunque nunca son pizzas ni tartas ni donuts.

El *hotel* dispone de un aula en el tercer piso para que los chicos y chicas en edad escolar puedan seguir sus estudios, una sala de ocio en cada planta; es eso, para estar ociosos —¡solo hay mesas y sillas!—, y una cafetería a disposición de todos: clientes y empleados. Sin embargo, no cuenta con piscina, spa ni solárium, así que al salir no estamos nada bronceados.

La habitación, como en todo buen hotel que se precie, la limpian, y la cama te la hacen (aunque no precisamente con sábanas de seda) un competente equipo de auxiliares y limpiadores.

Todo el personal es cercano y amable. En los bolsillos guardan jeringas y, en lugar de collares, llevan fonendoscopios. Pero, aparte de eso, tratarán de hacer su estancia lo más agradable posible.

Al salir, a pesar de todas las comodidades y atenciones, desearás no volver nunca a este *hotel*, aunque hay veces en las que no hay otra opción.

¡Sonríe, es mejor y más sano y, además, gratis!



Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad

Nayara García Cárdenas

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Esta frase tan conocida, y tan repetida en nuestra cultura, más de una vez nos ha puesto en un aprieto.

Bueno, empezaré contando quién soy y por qué digo esto. Soy Yania, una chica de trece años, que hace siete tuvo una hermana pequeña a la que llamaron Laura a petición mía, ya que adoro la canción *Lady Laura* de Roberto Carlos. ¡Uppppps!, perdón, que me voy de tema. Laura, cuando éramos más pequeñas, era un lorito de repetición y, además, con dos añitos hablaba perfectamente claro y se la entendía claramente, lo que más de una vez nos puso en compromiso.

Un día, por ejemplo, montamos en el ascensor para subir a mi casa, que vivo en el piso diez, y se montó con nosotras una vecina ya mayor. La mujer, muy amable, coge del moflete a Laura, y le dice:

—¡Pero qué mona eres y que mayor estás ya, sin carrito de pasear!

A lo que mi hermana contesta:

—¡Y tú que vieja estás, que no puedes casi ni andar! Si quieres te dejo mi carrito, que yo ya soy mayor.

La cara de mi madre era un poema, y yo noté cómo me puse roja de vergüenza ajena. Menos mal que la vecina era mayor y, además de cojear, era también sorda.

Otro día, recuerdo que Laura tenía tres añitos, pues acababa de empezar el cole. Íbamos al mercado con mi madre, y mientras esperamos nuestro turno para ser atendidos, justo la señora de delante empieza a pedir una cosa y otra cosa y otra cosa... Y al cabo de un rato, Laura la sujeta del abrigo y le dice:

—¡No compre tanto, que no va a dejarnos nada y nos vamos a tener que ir a su casa a comer!

Nuevamente, la cara de mi madre, un poema, y el carnicero empezó a reírse, al igual que el resto de gente que estaba allí esperando para comprar. La verdad es que la mujer era una pesada y tardó un montón en hacer la compra, así que Laura se limitó a decir lo que todos pensábamos.

Otro aprieto que nos hizo pasar a mi padre y a mí fue un día en el ascensor con un vecino pesado que siempre tenía la costumbre de cogerla del carrillo, pellizcarlo y decirle:

—¡Qué maja!

Solo decía eso, pero, lo hacía una y otra vez, daba igual si la veía una vez o cincuenta en el mismo día, que siempre se lo hacía. Hasta que, una de las veces, Laura le pellizca en la pierna, que es donde ella le llegaba, y le dice:

—¡Qué pesado! Lo más gracioso es que puso voz de adulto ñoño cuando habla con un niño. Por suerte, el vecino se empezó a reír, y desde ese día saluda a mi hermana por su nombre y sin cogerla del carrillo.

Para vergüenza, la que pasamos en la residencia donde está la abuela de mi madre, es decir, nuestra bisabuela. Vamos un día de visita a verla y a pasar la mañana con ella, y todas las abuelitas de la residencia empiezan a darnos besos, pero no cualquiera beso, sino besos de esos que dan las abuelas, que te abrazan y te besuquean un montón de veces en la misma mejilla. Hasta que llega la señora Ana, se acerca a darme un beso y, acto seguido, se acerca a mi hermana. Ella le pone la mano en la tripa para frenar su trayectoria y le dice:

—¡Aquí huele a pedo y no he sido yo!

¡Qué bochorno nos hizo pasar! Mi madre se disculpó con la señora y, claro está, luego ya en el coche, de regreso a casa, riñó a Laura. Nos explicó que, como era mayor, tenía incontinencia y llevaba pañales como los niños, y mientras mi madre estaba toda seria regañándola, Laura dice:

—¡Sí, sí, si está claro que lleva pañales, pero yo te digo que se había hecho caca!

Mis padres no pudieron contenerse las ganas de reír, y empezamos todos a reír en el coche.

Podría contar mil anécdotas graciosas y comprometidas a causa de mi hermana, pero lo dejo para otro momento. Espero que hayáis disfrutado.



Un hospital divertido

Tarik Bohuabs

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Os voy a contar una historia en la que ocurren cosas divertidas.

Cada mes vengo al hospital para ponerme el tratamiento y, aunque no lo creáis, me gusta venir porque pasan cosas de risa. Hay muchas personas que vienen a visitarme: los doctores, los enfermeros, los payasos y las maestras.

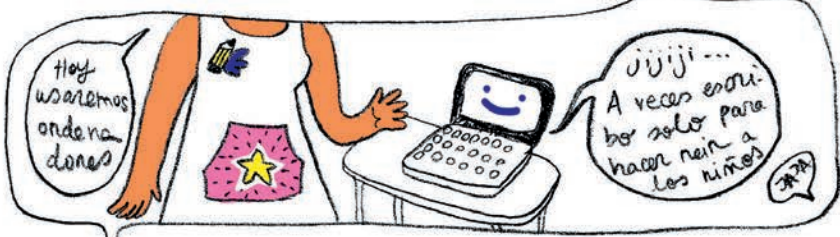
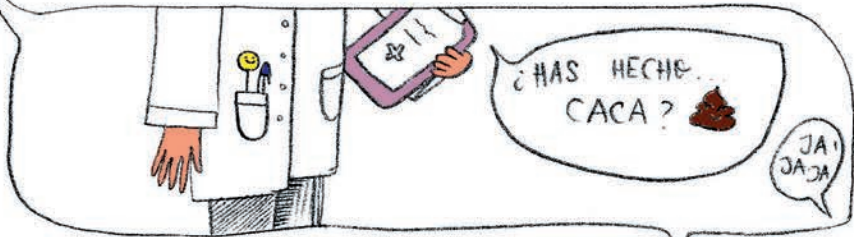
Los primeros son unos señores que dicen que son doctores, pero yo no me lo creo porque hacen unas preguntas tontas como si hago caca, si he hecho pipí... ¡Vamos, como si estas fueran preguntas normales! Y, entonces, se marchan.

También vienen las maestras y traen portátiles que escriben solos. Si escribes 'to', te sale tonto, y si escribes 'hola' te sale adiós. ¡Esto es de locos!

Después, los payasos entran golpeándose con la pared y se creen que me hacen reír. ¡Qué payasos son!

Finalmente vienen las enfermeras con sus aparatos, y esos sí que nos hacen cosquillas.

¡Ah, se me olvidaba! Cuando entro al hospital me pegan una bomba y no puedo separarme de ella ni un momento, porque si no, empieza todo a pitar. ¡Eso sí que es divertido, porque todo el mundo empieza a correr!



Los exámenes para *ninja*

Jean Javier Ordoñez Quezada

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta historia se sitúa en un colegio especial, donde hacen exámenes para *ninja*. Son dos pruebas, y todos los examinados están muy impacientes...

Pichamaru (profesor): ¡NIÑOS! Se acabó la clase de *taiyucsu*, podéis dejar de pegaros.

Flora (alumna): Por fin, tengo la espalda cargada, voy a leer un libro.

Caguto (alumno): Flora es la chica más molona del mundo. Tiene que ser mía. Flora me regalas tu...

Flora: Como digas que te regale mi flor, te comes la sartén.

Pichamaru: Vale, ya he acabado contigo. Caguto, te toca hacer el examen.

Caguto: Por fin, ya era hora.

Pichamaru: Muy bien, tienes que hacer la multiplicación de cuerpos (*ninyucsu*).

Caguto: Okey, ya me he multiplicado.

Pichamaru: Esto no es una fotocopia de ti. Esto es un libro de sudoku. Tienes un cero patatero, por gracioso.

Caguto: Profe, ¿cuándo me dicen las notas?

Pichamaru: Ya te lo he dicho, un cero.

Caguto: Mieeeerda.

???? (persona extraña): Caguto, vas a morir.

Pichamaru: ¿Pero qué?

Caguto: ¿Pero yo qué te he hecho?

?????: El otro día me robaste una piruleta de menta.

Caguto: Es porque estaba hambriento y me puse en modo *Kyubi*.

?????: Muere...

Pichamaru: (La persona extraña le clavó un *kunay* en la espalda) ¡Ahhhhhhh! ¿Ves, Caguto, como no hay que robar? He parado el *kunay* con mi espalda.

Caguto: En realidad el *kunay* iba hacia este árbol, pero a los árboles también hay que salvarlos, que lo dimos en naturales.

Pichamaru: Maldito niño de las narices, por lo menos has aprendido la lección.

Caguto: ¿Qué lección?

Pichamaru: Mierda...

Al rato después, vencieron al malhechor y Caguto ganó el título de *ninja*.

Los exámenes para *chunin*.

Pichamaru: Muy bien, como todos habéis aprobado, tendréis que hacer un examen teórico. Así que, ¡preparaos para el examen de mañana!

EN EL DÍA DE MAÑANA

Examinador: Muy bien. Para tener la mente sana, tendréis que hacer un examen teórico, pero ¿por qué?, porque lo digo yo, ¿queréis pelea? Y tampoco quiero que me digáis la típica pregunta de ¿este examen nos servirá cuando seamos super *ninja*? Porque es que me lo como. Al principio tendréis un diez y se os irá restando por cada error. Al principio solo habrá nueve preguntas y cuando las terminéis, os diré la última. ¡EMPEZAD!

Caguto: Ya ha empezado el examen y ya tengo un diez, soy un máquina.

Saske: Profesor, tengo un problema.

Examinador: Espero que sea un problemón, porque no aceptaré preguntas tontas.

Saske: Problemón, este examen está en japonés.

Examinador: ¡Ahhhh, es verdad! ¿Alguien tiene también ese problema? ¿Todos? Vale, repartiré las copias en español. Cuando yo tenía vuestra edad, teníamos que aprender diez idiomas. Vale, como erais ciento sesenta personas y solo tengo ciento veinte, el resto... ¡quedáis suspendidos!!!

Se ha valorado mucho vuestra colaboración y... bla, bla, bla, y hasta el año que viene.

Saske: ¡Uff!, menos mal que me he hecho con uno de estos exámenes.

Caguto: Por fin, algo que se puede leer.

Saske: Primera pregunta: El *ninja* a sale de Torroja a unos 30 km por hora y el *ninja* b sale del país de la música a unos 65 km por hora. Al *ninja* a le castigaron por comer patatas fritas en la casa de su padre y al *ninja* b lo mataron por contradecir a Dios. ¿Cuántos kilómetros hacen? ¿De qué color es el oso? Justifica tu respuesta. ¿Qué?

Caguto: Mierda, la primera pregunta no la entiendo. ¿El nombre y la fecha, es que tengo que saberlo todo?

Saske: Segunda pregunta: Si dos piojos... ¡A la mierda, no me entero de nada, me tendré que copiar!

Sharinflan: Puedo copiar el movimiento que mi compañero hace. Mi mano se mueve sola. Pero, ¿qué?

Examinador: ¿Cómo? Haciendo garabatos en mi examen, te parece eso arte.

Saske: No, señor, ahora lo hago mejor. Pero ¿qué digo, si eso no es mío?

Examinador: Muy bien, como parece que ya habéis terminado las preguntas, diré la última pregunta. Si la contestáis mal, suspendéis, pero os podéis ir y tiraros por la ventana.

Después...

Examinador: Vale todos los que os quedáis aquí aprobáis.

FIN



La historia de Rigoberto II

Lucía Reyes Goñi

Unidad Educativa Hospitalaria Virgen del Camino de Pamplona

Érase una vez una niña llamada Laura que adoptó un lagarto, porque había tenido otro lagarto de pequeña y se le había muerto. También quería adoptar una cebra, pero no podía porque le daban alergia.

El primer lagarto que tuvo se llamaba Rigoberto I. Dormía con Laura todas las noches, también le chupaba los pies malolientes que tenía... Y, además... Rigoberto I era muy comilón. Le gustaba comer grillos socarrados, le gustaba comerse los lápices de Laura y, depende del color que era, el lápiz se convertía de ese color.

Siempre que Laura traía los exámenes a casa y sacaba ceros, le daba el examen y Rigoberto I se lo comía y eructaba letras minúsculas y números primos.

Un día, Rigoberto I se comió el cero más gordo de Laura, y le sentó mal. Se empezó a hinchar, se puso como una pelota y flotó hasta el techo, se reventó y cayó al suelo patas arriba, y murió.

Laura lloró, lloró y lloró. Laura lo enterró en una maceta y puso encima una cruz con su nombre: Rigoberto I.

Cuatro años después, Laura, viendo las fotos de cuando era pequeña en un álbum que le enseñó su madre, vio a Rigoberto I mordiendo la rueda del coche de su padre. A Laura le dio pena y tuvo una idea. Su idea era comprarse un lagarto por Internet. Le gustó un lagarto indio porque tenía la cara con forma de oreja y le resultaba gracioso. El lagarto costaba doscientos euros y era toda la paga de Laura de un año.

El lagarto vino en una caja con agujeros y una pegatina donde ponía: Frágil.

Cuando llegó el lagarto, los padres de Laura se asustaron por la cara de oreja que tenía. Fueron a la cocina y se subieron a la mesa. Laura les dijo que no pasaba nada, que era muy cariñoso y le gustaba meterse en zapatillas apestosas.

Laura se acordó de Rigoberto I, le cayeron tres lágrimas y decidió que el lagarto se llamaría Rigoberto II.

Una vez, Laura iba a darle de comer a Rigoberto II grillos vivos, pero uno se le escapó y no sabía dónde estaba. Cuando su madre la llamó a comer, se dio cuenta de que el grillo estaba en el plato de su madre, y lo tiraron por la ventana.

Rigoberto II se duchaba con Laura y se ponía su bañador de flores, y siempre le bailaba encima de los pies.

Rigoberto II se echó una novia en el barrio, una lagarta muy presumida. La lagarta puso cuarenta y ocho huevos. De los cuarenta y ocho, veinticuatro se fueron a casa de Rigoberto II y el resto con su madre, la lagarta.

Rigoberto II sigue vivo junto a su familia en un chalé y es feliz.



@ramon_besovias

Romeo y Julieta... ¡Una historia appestosa!

Adrián Sánchez Felipe

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos familias enfrentadas, no por tierras ni posesiones, sino... ¡por un duelo de alta cocina!

La especialidad de la familia de Romeo eran las albóndigas caseras y la especialidad de la familia de Julieta, las morcillas de cebolla.

Un día, el rey le encargó a Romeo los ingredientes de las albóndigas caseras, y la reina, por otro lado, le encargó a Julieta los ingredientes de las morcillas con cebolla.

Sin esperarlo, Romeo y Julieta se encontraron en la tienda del tío Paco, el lugar donde se vendían los ingredientes secretos.

Allí se enamoraron perdidamente y celebraron por todo lo alto su amor con un gran festín de morcillas de cebolla y albóndigas caseras.

Después de aquello, Romeo y Julieta tenían un espantoso dolor de barriga, ¡y las ventosidades inundaron la habitación! No hubo más remedio que ir al hospital, ya que la parejita feliz tenía una indigestión!

Las familias enfrentadas acudieron al hospital a ver a sus hijos y, definitivamente, enterraron el tenedor de guerra y...

¡¡Colorín albondigado, esta morcilla se ha acabado!!



CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

La historia de Bender

María Carmona Hernández

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Bender y soy un chihuahua. Mis pasatiempos son buscarme la cola y olfatear traseros ajenos. Mido catorce centímetros y peso dos kilos con cien gramos. Vivo en casa con mi familia; bueno, mejor dicho, dejo que unos humanos habiten en mi casa, pero bajo mis normas, claro está.

Mi familia está compuesta por dos machos y dos hembras. El macho dominante soy yo, por supuesto (aunque también soy el más pequeño... pero bueno, dicen que las mejores esencias vienen en frascos pequeños). El macho más joven se llama Pepe, y lo tengo totalmente bajo control. Además, desde que le regalaron una máquina de ruedas a la que ellos llaman coche, no está mucho en casa. Un día, me quedé solo en casa con Pepe y unos amigos suyos. Decidí entrar a su habitáculo para explorar un poco y lo que vi allí me dejó estupefacto: había por lo menos tres gigantes (además de Pepe) con barba y melena larga, todos estaban riéndose, fumando algo (que hasta el momento es desconocido para mí) y escuchando música. Había un olor muy raro, y cuando salí de allí, me sentía mareado y confuso. Desde ese día no he vuelto a entrar en *la cueva de la confusión*.

El macho viejo (que debe tener por lo menos ocho años de perro) se llama Pepe también, pero en mi familia todos lo llaman papá. A papá le costó más, era el que llevaba los pantalones en casa, pero tras muchas batallas, ha sucumbido a mi poder. Recuerdo un día que yo estaba subido en mi sofá preferido, disfrutando de la tranquilidad, acurrucado en los mullidos cojines que fueran inventados por dioses, cuando papá se acercó a mí, y me levantó dispuesto a bajarme de mi sitio. «¡Cómo se atreve!», pensé. Y, naturalmente, le hice pagar por su osadía mordiendo su mano.

—¡Me cago en...! —exclamó papá.

Entonces se quitó la chancla (o como yo la llamo, *el zapato del diablo*) e intentó golpearme con ella. Mi astucia me permitió resguardarme bajo una mesa, por lo tanto no recibí casi ningún golpe. Después de este enfrentamiento, ha habido muchos más con el mismo resultado: yo corriendo como un poseso hacia un lugar seguro (pero en el fondo papá sabe quién manda...)

Además, después de estas bravas peleas, siempre viene a consolarme y darme cariñito María. María es la hembra cachorro de la familia, y también es mi humano favorito en todo el mundo. María es guapa y buena, y siempre tiene tiempo para jugar conmigo. María está enferma, porque está muy delgada y no quiere comer nada. En mi familia dicen que tiene algo llamado anorexia, y yo no sé qué significa eso exactamente, pero lo que sí sé es que se va a poner bien pronto, porque yo siempre la ayudo y me como toda la comida para darle buen ejemplo. Cuando María se va al colegio la echo mucho de menos, pero todos los días yo voy a su cuarto, deshago su cama y me restriego con su pijama. Cuando ella llega a casa y ve el panorama grita:

—¡Joder, Bender! ¿Otra vez? —Y sale corriendo detrás de mí; es un juegucito que tenemos ella y yo.

María me quiere y me respeta, tanto que incluso a veces me pone vestiditos y lazos (aunque yo sea un macho muy varonil).

Por último, está la hembra mayor, que se llama Nerea, pero se la conoce por el nombre de mamá. Mamá es buena también. Su misión en mi casa es alimentarme (y también al resto de mi familia), además de otras muchas labores que no voy a mencionar, porque no terminaría nunca. Un día, mientras mamá estaba haciendo la comida, me puso mi cuenco con pienso como todas las mañanas, pero ese día había algo diferente; había un exquisito olor por toda la casa. Yo sabía que mamá estaba cocinando algún tipo de manjar que pretendía ocultarme. Ante esta ofensa, decidí sentarme detrás de ella y mirarla fijamente para hacerle saber la maldad que estaba cometiendo. Finalmente, ante mi insistente mirada, cedió y me dio a probar el manjar que estaba cocinando. Que sabor, que textura, que delicia. Jamás en mi vida había probado semejante exquisitez. Ella lo llamó *borde de chuleta de cerdo*. Sin embargo, yo lo bauticé como *trozo de cielo bajado por los ángeles en bandeja de oro*.

Y esta es mi vida, mi casa y mi familia. Podrías llegar a pensar que desde el primer momento fui el líder que soy ahora, pero no. Me costó mucho trabajo (y muchas marcadas de territorio, ya me entendéis...) para llegar a ser el perro que soy hoy.

En realidad, soy un perrito muy afortunado. Tengo una buena casa, unos humanos que me quieren y obedecen (tanto que hasta recogen mi caca) y buena comida y agua todos los días. Además, puedo considerarme un perrito con suerte porque nunca he tenido lombrices.

Aquí me despido de vosotros lectores. Y recordar tratad bien a vuestras mascotas.

Relato basado en hechos reales.



Escapando de la cárcel blanca

Alba Parra González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Miré mis manos despellejadas por la quimio. Sí, hoy era el día, el día perfecto. Se podía oler en el ambiente de la habitación apestada de primeran. Exacto, queridos lectores, hoy era el día de la fuga, la escapada hacia la ansiada libertad. Aproveché el momento justo en el que la enfermera acudía con un carrito a curarme el hickman y mi madre había salido a tomarse una caña, para huir de esta situación desesperante en la que los días parecían no tener fin. A lo que iba. Con una estrategia medida, le pedí una toalla a la enfermera y, en el momento que entró en el baño, cerré la puerta y la trabé con el gotero (bombas incluidas). Confieso que me dio un poco de pena encerrarla, pero al instante recordé cuando me ponía el polaramine para las náuseas, que tanto sueño me daba.

Inmediatamente, le quité el freno a la cama y salí echando patas con carrito añadido. Mi primera parada (un alma caritativa como la mía tenía pensado rescatar a todos los adolescentes de hematología y oncología posibles) fue la habitación de al lado. Varias veces había oído cantar a una chica temas de Meghan Trainor. No lo hacía mal, la verdad, aunque a veces se trababa. No me extraña. La estúpida rubia

inglesa canta más rápido que lo que conduce un adolescente borracho un Ferrari por la autopista. Una muestra de mi innata simpatía (ya me iréis conociendo) son las críticas amables y sutiles a las divas del pop.

Abrí la puerta del cuarto de la joven cantante, la cual estaba como imaginaba: cantando *Lips are moving*. Lo mejor de todo fue su abuelo roncando a volumen —*noleacerquesunsonómetroquerevientaelsonómetroelhospital*—, fue uno de los momentos cumbres en la historia de mis partidas de risa.

—Oye, tú, ¿te vienes a cantar a la foca rubia al exterior?

—*I might be young, but ain't stupid, go away of this heeeeeell...** —me respondió.

—¡*Very good!!* «Anda, tira», pensé.

Y se subió a mi cama con su gotero por detrás. (Los goteros pueden ser un arma letal, como pudisteis comprobar al principio de esta historia).

—Me llamo Puri.

—Yo Clara —Nos presentamos sin besos ni estrechamiento de mano.

—¿Conoces a algún adolescente cercano que necesite nuestra ayuda? —Pilar me habló de uno, dos celdas más adelante.

Continuamos arrastrándonos por el vacío pasillo. Al abrir la puerta, descubrimos a otro compañero con la odiosa bandeja de la comida en su mesa y una imitación de Animals Maroon 5 procedente de la ducha, de lo que parecía su padre. Os puedo asegurar con total certeza que dicho adulto no compartía árbol genealógico con Meghan Trainor junior.

—Ven con nosotras, si no quieres que tu lengua se suicide al igual que tus oídos —le sugerí.

—¡Mi salvación! —exclamó Juan.

—Sí, sí... pero dejemos a un lado las cosas obvias y vámonos cagando leches.

—Voy.

—Eh, eh... Aquí las armas no se desaprovechan, coge la bandeja de la comida, la necesitaremos.

—Tú eres una experta, ¿verdad?

—¿Qué te pensabas? ¿Que me iba a fugar sin conocer cada extremo de este mundillo?

Clara me recomendó que lo dejara. —Es tonto —susurró, para que él no se enterase.

—¿Quién nos toca? —pregunté.

—Yo, cuando ingresé coincidí con un *gamer*,... muy friki...—dijo Juan.

—Vas a morir... —eso fue lo primero que oímos de Ismael; linfoma.

—El que muera serás tú, si no nos acompañas —Esta Clara tan simpática como siempre.

—¿A qué venís?

—A llevarte a tu casa, donde puedes enchufar la consola y no limitarte al ordenador —Yo, mostrándole lo que de verdad le interesa.

—¡Oh, mis dioses!

—Diosas, la mayoría no poseemos pene —justicia sexual por mi parte—. Bueno, Ismael, Clara y Juan, nos queda una penúltima parada.

—¿Piensa? —me preguntó Clara.

—Bastante —le contesté.

—En ese caso no sé quién es.

—Chicos, preparad las bandejas de comida, las necesitaremos para cruzar enfermería —Yo, dándomelas de líder, ¡que bonita que soy!

Pegamos un gran acelerón y doblamos la esquina mientras los chicos lanzaban los platos al servicio sanitario: enfermeras esquivando tapas de bandejas para no tragárselas; auxiliares escurriéndose el pelo para librarse inútilmente de la insípida sopa; mi más odiado enfermero se atragantó con un rebozado de pescado; a otro le salió un chichón más largo que la cola del paro, pues una bandeja eclosionó contra él...

No pude disfrutar más. En realidad, lo pasé mal por una maceta de papel inocentemente mojada por el caldo.

—Corramos a por ella.

Sin ya armas alimentarias, fuimos a por una más.

—*I never wanted to go, I never wanted anymore* —la gloriosa voz de Miriam.

—¡¡Si decido quedarme!! —A ver, si escuchas algo de la banda sonora de esta película, siendo Clara o yo, chillar es quedarse muuuuuuuy corta.

—¿Hola? —Ahí estaba ella ante la sorpresa.

—Estamos escapándonos, ¡vente!

—Gracias al cielo, Birdy en mi casa.

—Cada vez me caes mejor —Mi amorío incesante—, nos queda el inconsciente.

—Jose —nombraron al unísono.

—¿Lo conocéis todos?

—Consiguió sacar de quicio a Melli, con lo maja que es —Clara.

—Babea con una foto que le sacó a Patricia de AFACMUR —Ismael.

—Se puso a ver porno mientras Mariluz escuchaba sus pulmones —Miriam.

—Le tiró un estuche a José Blas —Juan.

—Bueno, eso no es tan malo... Yo le di con el libro de biología —Me miraron flipando en colores y sus derivados transparentes—. ¡¿Qué?! ¡Cuestionó lo muy amor que soy!

—Ahhhh, muy comprensible —Miriam la birdier.

—Soy un amor.

—Que síiiii, lo admitieron porque lo soy, y porque nadie se atrevió a contradecirme.

—Ahora que lo he escuchado, podemos ir por el guarreras *number one of the hospital*.

—Y bufón, que en una revisión me reí de la hostia que se dio contra una silla en la sala de espera —¡Ay, Miri! ¡Qué maja!

—Vale, vale, las risas cuando salgamos —Hay que reconocer la gracia cuando está presente.

Abrimos la puerta de la habitación de Jose, que nos miró con ojos obscenos.

—Jose, cacho guarro! —La empollona de Miri estaba ganando su territorio dominante, la vi como próxima domadora de este desecho social, la necesitaríamos.

—¿Libertad? Hecho, yo voy a donde esté mi caniche y Vanesa Romero.

—Pero antes de salir, lávate las manos —No querría que me pegara el sida.

—No problem, ¿veis? Si es que soy bilingüe y to'.

—Perdona, pero José Blas lo controla más que tú, mentiroso —le espetó Clara.

—Sí, la hostia, yo soy un pro.

—Un pro tocándote la flauta y estampándote contra el suelo —dijo Isma, que también tiene su gracia.

—También, también, soy un tío muy caritático.

—Carismático, anda vámonos —Yo lo corrijo TODO.

—¡A mí no me corrijas!

—Pues te quedas.

—Corrige, corrige.

Imaginaos un interminable pasillo con seis adolescentes y sus respectivas bombas a una velocidad supersónica. Fue como la feria que, por cierto, apenas catamos.

Nos cruzamos con las de la comida, las atropellamos a todas, equi-

paje incluido. Como notamos que nunca habían probado lo que nos servían, vomitaron más que nosotr@s con la quimio. Fue muy bonito, nos emocionamos. Una escupió ruedas que salieron rodando hasta un grupo de residentes.

Bajar las escaleras fue como una montaña rusa, atropellamos al hematólogo rubio que tanto odiamos algun@s. Solo salió herido él, nosotros, como rosas.

Del impulso que cogimos en las escaleras, medio hospital acabó por los suelos, incluido el cruasán de la cirujana que estaba saliendo de la cafetería.

—Jose, suelta eso, guarro, que ha estado en el suelo —le exigió Miriam, y le apartó el dulce que él gustoso mordía como Homer Simpson sus rosquillas.

—¿Pe'o qué haces? ¡Qué te'gohamb'e pijo ya! —se quejó él, aún con un pedazo en la boca—. Que tengo el intestino harto de la mierda bandejas que me dan: la carne la sacarán de las autopsias y la pasarán por la plancha, la sopa fijo que la cogen de las sondas que utilizan los viejos pa' mear, te juro que un día vi a uno rebuscando en la basura del restaurante chino de la esquina (nuestro proveedor de hortalizas) y el tomate es la sangre tras ser analizada... te lo digo yo que llevo aquí más telediaros que to'os vosotros juntos, soy el Albert Espinosa de este hospital. ¡Me merezco sumisión! Clara, besa a tu señor.

—¡Anda y que te den!

—Déjalo Jose, si es que tienes madera de líder... —le recomendó Isma—, y de guarro consumado!!!

—¿Queréis dejar de hablar que nos la vamos a pegar?! —Se creen que puedo conducir una cama que ha sobrevivido a ** guerras mun-

diales, 5365 heridos de combate, 3746 tuberculosis, 2893 cánceres, 357 leucemias y otros 249 linfomas yo sola; deliran más que el freno que lleva esto.

—Pero si el objetivo es aplastar a todo aquel que no se aparte, y esos un muro no son, sino una guardia jurado y demás personas —Juan, devolviéndome la cordura.

—Ay, perdón, perdón, me estaba volviendo la humanidad.

Finalmente, logramos atropellar a todo quisqui y salir victoriosos por la puerta, sin muertes (nosotros estábamos vivos y, si las decenas de humanos a los que habíamos atropellado no lo estaban, ¡no era nuestra culpa!).

Lo siguiente que vimos fue un montón de banderas catalanas inundando las calles, y no, no era una manifestación, era Mas, acompañado por tanques, conquistando la ciudad.

De inmediato, cogí mi smartphone para llamar a una amiga.

—¡Ana! ¿Qué narices es esto? Ayer, cuando te telefoneé para contarte mi plan, no me dijiste que nos había conquistado Cataluña.

—¿Y yo que iba a saber? Si entre mi casa y la escuela camino mirando al suelo, y ya sabes que solo piso la calle para eso, y el suelo no tiene nacionalidad, el suelo es suelo.

Colgué y me quedé mirando a una adolescente haciendo *twerking* en la acera.

—Parece que hemos estado encerrad@s de más y las cosas han cambiado —contempló Ismael.

—Pero ¿la Vanesa sigue estando igual de buena, no? —apostilló Jose.



EL relato de Dorian Luis

Luis Sauquillo Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

«Esta increíble historia comenzó en un día normal, para qué vamos a engañarnos.

Había pájaros en el cielo, como cualquier otro día; buzos en el mar, como cualquier otro día; y como cualquier otro día, Daniel contemplaba todo este espectáculo desde el balcón de su piso (menos a los buzos, que estaban en el mar, ya que no disponía de una casa subacuática).

Había edificios normales en la ciudad normal de Mehartoafrijoles, México, en la que vivía nuestro protagonista, y sus habitantes, que también eran normales, eran además muy joviales y cariñosos.

Daniel Fernando Fernández de Danieles (treinta y pico, nacido en Amolasenchiladas, México, actualmente en paro, pelo negro, ojos azules y constitución normal, residía en Mehartoafrijoles con su hermana) vivía en un piso compartido, en la planta dieciséis de su edificio, que daba vistas a los hoteles que se situaban alrededor del centro de la ciudad.

Daniel miró el despertador. Eran las nueve, iba a despertar a su compañero de piso. Salió del balcón, y atravesando el salón llegó a la habitación de Iván, su compañero, cuya nacionalidad averiguareis diciéndoos que se pasaba el día durmiendo la siesta (que alargaba desde las tres de la tarde hasta las cuatro de la tarde del día siguiente), que no tenía trabajo y que le encantaba aplanarse en el sofá a ver telenovelas mexicanas (especialmente *La rosita de Guadalupe*) y a jugar al Call of Duty y al Minecraft. Efectivamente, era español de pura cepa y, además, un niño rata de cuarenta añazos.

Todo parecía que iba a transcurrir con normalidad aquel día, pero, de repente, aparecieron unos monos radioactivos del espacio que, armados con pistolas láser, comenzaron a disparar a los habitantes de la ciudad y a transformarlos en zombis-plátanos radioactivos. Solo Daniel Fernando Fernández de Danieles sabía como derrotarlos, así que se armó de valor y...».

Luis arrancó el folio a medio redactar de su máquina de escribir y lo convirtió en una bola arrugada con la mano. Colocó las manos en posición de tirar a canasta y encestó la bola en la papelera de su habitación, donde yacían otros muchos folios arrugados.

Dio un rodillazo a su escritorio (haciéndose mucho daño) y pegó un grito desesperante y agónico; se había pasado seis horas seguidas intentando escribir un relato de humor que debía entregar al día siguiente y siempre que parecía que ya lo tenía delante de sus ojos, escribía algo pésimo sobre robots *ninja* o sobre monos radioactivos que vienen del espacio.

Empezó a darse cabezazos en la mesa y a gemir por cada golpe, cuando su madre entró en la habitación y dijo:

—¿Qué estás haciendo con la puerta cerrada y lanzando gemidos: no te estarás...?

—No, mamá, simplemente es que quiero hacer un maldito relato y no me viene la inspiración.

—Está bien, te dejaré solo —dijo su madre, saliendo de la habitación. Y volviendo otra vez a abrir la puerta añadió: —Pajillas no, ¿vale?

—¡Ay, mamá, no digas esa palabra! —exclamó, lanzándole un cojín para que se callase.

Luis volvió a quedarse solo en su habitación, y, de repente, se le ocurrió un plan. Primero, iba a ir a la cocina a comerse unas chocolatinas. Después, iba a mentalizarse escuchando música épica de Two Steps From Hell. Luego, iba a ir a vomitar al servicio por haber comido tantas chocolatinas. Y, luego, tomaría de nuevo su máquina de escribir y elaborararía el mejor relato de humor de la historia!

Todo fue bien hasta llegar al último paso, en el que se quedó atascado nuevamente.

Abrió su portátil y se metió en *Yahoo respuestas* para encontrar temas sobre los que hacer su relato, pero no encontró más que basura que escribían los panchitos. Le dio un voto de confianza a la página presentando su problema, y lo único que le contestaron fue: «Pa que kieres hacer un relato de humor, jaja, saludos!»». Así que decidió meterse en *Yahoo respuestas España*, donde encontró más basura aún que en la de Latinoamérica.

Optó por meterse en Skype y pedirle a alguno de sus amigos que le ayudara con su relato. Abrió el chat de Chiqui, uno de sus mejores amigos, que tenía siempre ideas brillantes para todo. Chiqui estaba

jugando al Hello Kitty *on-line* en aquel momento, pero no vaciló en darle un par de consejos para su relato:

>Pon drogas, putas, y barcos —skypeó Chiqui por el chat—. ¿Sabes qué? Déjate el humor y céntrate en las putas y en los barcos.

>¿Tienes pensado ayudarme de verdad? —skypeó Luis.

>Vale, vale, era broma —tecleó Chiqui por el chat—. Si quieres te paso una página donde te enseñan a escribir relatos.

Esas palabras lograron hacer que Luis se emocionase y tuviera esperanza por unos instantes. Sin embargo, cuando abrió el enlace que le había mandado su amigo, solo vio a mujeres desnudas y muchas, muchas fotos de pies.

>Tienes unos gustos muy raros, Chiki —comentó Luis.

>Ups, enlace equivocado —corrigió Chiqui.

Una vez se metió en la página correcta. Luis comenzó a leer unos cuantos relatos de humor cuyos títulos le sonaban de algo y no sabía de qué. Empezó leyendo *El señor de los ajillos*, escrito por un tal Xxx_noscoper_xxX, pero decidió dejar de hacerlo cuando Frido Mochilón se aventuró a recorrer el bosque pasando por el tenebroso camino de *El atajo de la pata pa bajo*.

Sin embargo, sí que leyó íntegramente *Los juegos del gusanillo de después de cenar*, de un tal @Cuate1345, y una clara parodia de *Divergente* llamada Detergente, la cual le gustó más que el libro original.

Uno de los blogs de la página daba unos cuantos consejos para captar la inspiración a la hora de escribir un relato, y el primero de ellos era salir a la calle a dar un pequeño paseo y fijarse en las cosas que pasan a tu alrededor para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Al salir de la casa, Luis observó carteles en todas partes y pancartas por las paredes sobre las elecciones generales y cayó en la cuenta de lo pésimos que eran los candidatos de ese año. Se le ocurrió una idea, y era que podía hacer su relato sobre lo mal que va España, seguro que eso le gustaría a todo el mundo.

Volvió a entrar a su casa y le preguntó muy interesado a su padre cómo iba España:

—Muy fácil hijo, lo mal que va este país se puede observar cuando vas a los bancos, te f@#llan todo el ano recto sin vaselina ni nada y te cobran unas cantidades bestiales de dinero para quedárselo todo ellos —le dijo muy cabreado su padre—. ¿Alguna pregunta más?

Luis se dio cuenta de que ese tema no era gracioso, sino deprimente. Casi prefería hablar sobre barcos y putas, como le había aconsejado Chiqui, que sobre la crisis económica. Se echó a llorar desconsoladamente, lo había probado todo y ni siquiera tenía un tema preparado sobre el que hacer su relato. Las había pasado canutas intentando escribirlo y estaba a punto de rendirse. En ese momento, Luis tuvo una revelación, y es que, ¡ya lo tenía! Iba a escribir su relato sobre él mismo y narrar todas las peripecias que tuvo que sufrir para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Cogió de nuevo su máquina de escribir, y, esta vez sí, se dispuso a escribir el mejor y más sufrido relato de humor del mundo, pero antes, echaría un ojo a la página esa de pies de Chiqui.



Calambur

Laura Cecilia Hernández Bellón

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Observaba sus manos con una especie de admiración, manos delgadas y gráciles. Se movían por sí solas sobre las teclas del piano y pulsaban, traviesas, todas las teclas del ascensor, parando en cada piso. Esbozaban una sonrisa esquiva en cada abertura de las puertas metálicas (casualidad o suerte que nunca hubiese un botones en la cabina). Y las manos, después, estallaban en risa.

El piano seguía sonando, cantarín, canalizando las notas como si fuese un sistema de riego que llevase a las acequias. Le florecían girasoles en las manos y un matojo de yedra en la cabeza. Los dedos corrían, veloces, por la barandilla de hierro que había a la salida de Correos; emprendían carreras. Estaban ebrias de arte en las yemas de los dedos.

«¡Dong, dong!», los ascensores se abrían y su palma se escondía, la vuelta dada tras la espalda. Sudorosas, sofocadas, divertidas y a la vez con la tristeza de no haber encontrado a un incauto que subiese al ascensor y las admirase. Porque eran manos dignas de admirar. Con su piel blanca casi transparente, las venas azuladas y los lunares

que ubicaban constelaciones en los nudillos; unos con otros, a veces rojos, a veces morados, pero siempre sobresalientes como colinas en la piel tersa que formaba el tejido de su extremidad perfecta. Melancolía en las líneas de la palma escondida. El dorso miraba orgulloso su cuerpo y sonreía por dentro.

Precioso era cuando llovía y el agua se escurría por el pulgar, en forma de gotas uniformes, como si fuesen lágrimas y las derramase despacito; cuentagotas en su cuerpo. El dedo corazón era el más obscuro y siempre miraba al centro (en él no nacían estaciones). El resto de dedos eran curiosos, tímidos a su manera: se perdían en los confines de la piel, corrían por barandillas y jugaban como niños a parar ascensores.

¡Qué bonito es tener la mano de un crío y una primavera en la cabeza! Con la metáfora de una mano acabo de describir una infancia, y fíjese por dónde, me es indiferente; los girasoles ya no florecen más aunque salga el sol y los caracoles no hacen carreras por las falanges. Pero, aun así, la mano ríe. Los caracoles también, porque les hace gracia su inexistente existencial.

Calambur entre los pliegues de los dedos.



Clausuremos este día

Sara Gutiérrez Hernández

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

–¡Bon día, amor!

Me tapo los oídos, coloco la almohada a modo de antifaz y me convierto en un rollito de sábanas. «Todavía no».

–¡Tú, levanta! ¡Que llegamos tarde!

«Qué pesada es, con lo a gusto que estoy».

–¡Tía, va!

«Aguanta un poco más, ya se irá».

–Tienes el desayuno en la mesa.

Me activo y me levanto de un salto, impulsada por un muelle llamado gocheo. Llego a la cocina y retrocedo a la cama corriendo, arrastrando la manta que llevo a modo de capa.

La pesada regresa de nuevo. Aplasto mi cara contra la almohada.

«Quiero dormir», intento vocalizar.

—Me has mentido —emito un gemido a modo de queja.

—Es que solo funcionas con comida.

Abro los ojos y veo su posición en jarra, típica cuando está cansada de mí.

—Es que es el amor de mi vida —replico.

Ella pone los ojos en blanco. Me pongo alerta ante ese gesto.

—¡Vamos a llegar tarde!

Su grito me hace temblar, aunque tal vez sea el frío, pero sigue dando miedo. Le hago caso porque lo próximo que hará será no dirigirme la mirada y ni mi calentita cama compensaría esa tortura.

—¡Eres una plasta! —le suelto, mientras lanzo una almohada turbo en dirección a su cabeza. La esquivo muy hábilmente.

—Le dijo la sartén al cazo —Y sonrío.

—Hazme el desayuno —suplico.

—No —sentencia. Y se va tarareando una canción horrible. Era de esperar.

Después de ponerme los tejanos verdes, los grises, los vaqueros y decidir que al final ninguno, salí de casa en busca de Birdy con un vestido liso azul que reflejaba mis ganas de agua, verano y campamento. Y allí es donde llegaba tarde, a la reunión. La esperada acampada que ni mi sueño ni mi indecisión me va a arrebatar.

—¡Birdy! «Maldita sea, qué rápido anda».

Corro y corro, y solo cuando oigo a unos chicos silbar descaradamente, me percató de que llevo vestido y que probablemente no ha

sido buena idea la carrera. Me río de mí misma y se lo cuento a Birdy, cuando por fin la alcanzo.

—Es que vas volando, Bird —bromeo.

—No te metas con mi nombre, no tengo la culpa de ser hija de unos hippies —Intenta sonar molesta, pero sé que le gusta. La conozco bien, es mi mejor amiga, desde siempre: nos limpiábamos los mocos juntas.

—Yo lo agradezco, ya sé a quién acudir cuando quiero un buen colcón. A mi madre le encanta la plantación de tu padre, suerte que no sabe qué planta cultiva —Creo que no puedo reír más en menos tiempo.

Andamos en silencio, agarradas de la mano, y luego a un kilómetro de distancia, porque sudábamos. Nos comunicamos por miradas, sonrisas, muecas y años y años siendo compañeras. Cuando nos mudamos al piso juntas, supe que lo nuestro sería para siempre, porque solo ella aguantaría despertarme cada mañana.

No me entero de la reunión, pero me sé cada centímetro del que será mi nuevo objetivo de este verano. Un chico moreno de ojos verdes. Sonrisa embaucadora.

—¡Eh, trezizis! Sintoniza a la tierra —me susurra mi salvadora.

—No me pongas mote— me quejo.

—Tú me llamas pájaro, así que estoy autorizada —contraataca.

—Touché —Y vuelvo a mirarlo.

—Se llama Godofredo —lo dice tan seria que la creo y hago un gesto de vomitar que me hace parecer muy mala persona, pero a ella le hace gracia.

—Se llama Bob, pero es igual de horrible.

—Mi Bobby.

—No vuelvas a decir eso o te hago el vacío.

Sonrío.

—Mi Bobby.

—Qué poco te importa quedarte sin amigos —Me da la espalda y se larga.

—¡MI BOBBY! —grito, antes de ser consciente de lo que he hecho. Salgo corriendo en un intento de esconderme que acaba en caída de concurso y mil miradas clavadas en mí y en mi estupidez. Me arde la cara de vergüenza y las risas revientan mis oídos. Bobby, o sea, Bob, me está mirando con una ceja levantada que le da un toque muy seductor. «Deja de mirarle», me digo. Pero es que, es tan guapo. Una mano tira de mí para levantarme y me arrastra mientras me resbalo con mi propia baba.

—Siempre se lo carga todo —Birdy me regaña de nuevo.

—Creo que este verano tampoco ligo —lo digo de broma, pero creo que me duele.

Tras regresar a nuestra bastante desordenada morada, recoger las tiendas y los sacos y volver, de nuevo tarde, a reunirnos con el grupo, ya había recobrado mi orgullo y el torpe espectáculo que ofrecí hace unas horas era un recuerdo que le había sucedido a otra Eustaquia. Sí, me llamo así, mis padres se colocaban más que los de Birdy, parece ser. Me llaman Eu. Nunca digo mi nombre completo, ya recibo burlas por Eu. «Eo, eo», se ríen. «Eu», les recuerdo. Se les escapa la gracia.

Y así comienza otro verano al lado de mi mejor amiga y de toda esta gente, en especial Bob, que les gusta el campo casi tanto como a mí.

—¡Aaaaaaaah! —Un grupo de chicas gritan alocadas mientras una libélula vuela, tranquila, a su alrededor.

«Ridículo», me susurro.

Tengo el pelo descolocado y un calor sofocante. Me encanta la sensación de humedad que transmite el río junto al que caminamos. Somos un grupo numeroso, más de veinte personas caminando por medio de un bosque. Parecemos fuera de lugar, intrusos en la naturaleza. Aun así, los pájaros nos ofrecen un concierto como bienvenida que han callado esas chicas con sus gritos. La diversidad de olores forestales embriaga nuestros sentidos. Es una sensación única.

—Birdy —la llamo—. ¿Tú no cantas?

—Que te den, tía —Me empiezo a reír de mi propia broma—. ¿Y tú te haces llamar mi amiga?

Admito que soy un desastre de amiga, pero meterme con ella no es sino otro modo de demostrar mi cariño y confianza, y sé que ella lo sabe.

—Siempre a la góndola, Eu —comenta una compañera que camina a nuestro lado.

—Halagándola, idiota —El agradecimiento de Birdy es desternillante.

El camping en el que acampamos está vacío, y no es de extrañar; tenemos un prado lleno de vacas rumiando y creando un hedor de llorar. Sus cencerros callan al río, a los pájaros y a mis pensamientos

positivos. Diviso un toro. Es como ver al diablo entre ángeles blancos y bien alimentados.

—¿Qué narices? —Tal blasfemia en la voz de Bob es un deleite en mis oídos. Me giro y le sonrío.

—¿Qué divertido, eh? —No sé de dónde he sacado la valentía para dirigirme a esos preciosos ojos verdes sin que me falle la voz o las piernas.

— Muchísimo vaya —suspira. Hay treinta y tres grados y mis pelos están de punta.

—Encantado, soy Bob, tu Bobby. ¿Eres Eustaquia, no? —Sonríe y sé que por dentro está riéndose de mí.

—Eu, sí. Lo mismo digo. ¿Te gustan las vacas? —¿Y esa pregunta? Si hubiera hecho una lista de temas de conversación, ese estaría rodeado con bolígrafo rojo y destacado con NUNCA SACAR. Pero como soy una rebelde, lo he preguntado.

—En realidad, no mucho. Me resultan molestas, y eso que soy vegetariano.

Apenas proceso lo que me ha dicho cuando respondo:

—Yo me comería a ese toro —Cuando soy consciente, me ruborizo. Él me mira sorprendido. No puedo ser más estúpida.

—Me refiero a que es precioso, o sea, sí, que... — titubeo. Estoy quedando excesivamente mal. Él se ríe y mis colores faciales aumentan.

—Eres graciosa —dice. Entonces, me sonrío y se va. ¿Me ha dicho eso de verdad?

Nos agitamos de un lado para otro montando tiendas, recogiendo ramas y haciéndonos un hueco entre la maleza que nos rodea. Es por la noche cuando todos hemos terminado y los estómagos están rugiendo. Estoy saboreando en mis papilas el pollo que asaremos esta noche. Hemos tenido la brillante idea de bajar al pueblo antes de venir y comprar dos sabrosas aves que disfrutaré como nadie. Después de estar toda la tarde preparando el campamento, tengo un hambre atroz y un cansancio de anciana. Me acerco al círculo formado alrededor de la hoguera para ver cómo giran los pollos y cómo se quema su piel. Me derrito de deseo.

—¿Qué?! —exclamo. Voy a llorar.

—Sí, Eu, están podridos —me repite.

—¿Qué inteligentes, eh? —añade una chica que no conozco, pero que me cae mal porque tengo hambre.

—¿Cómo hemos comprado dos pollos podridos? No uno, encima los dos. ¿Somos idiotas? ¿Qué comemos ahora? —Estoy enfadada y asustada. Somos veinte personas sin comida en medio de la nada. En las películas esto acaba en canibalismo.

—Es el karma por comer seres vivos —bromea Bob.

Puede ser todo lo guapo que sea, pero casi le grito por bromear en un momento tan crítico. Mi mente echa humo y estoy casi segura de que mi nariz también.

—Tengo una lata de sardinas —añade un chico. Mi estómago da un vuelco. Decido que ese chico es mi nueva religión.

—Sí, claro, media sardina para cada uno. No comáis tanto, a ver si explotáis —Chica sarcástica, tiene razón.

—¿No hay setas por aquí? —pregunto. Parece que soy la única que piensa.

—Estamos en verano, no ha llovido desde abril. Si quieres buscar setas, mucha suerte —Zas. Puede que no piense tanto como me creo.

—¿Pescar en el río? —Me alegra saber que no soy la única que propone.

—Creo que no sois muy observadores, pero el río no lleva apenas agua, no hay peces que podamos pescar.

De repente todos empiezan a gritar y a decir sinsentidos e incoherencias a las que ni atiendo. Me siento en el suelo y se me congela, pero estoy tan cansada que no puedo ni levantarme. No sé cuándo terminan de discutir porque me dirijo a mi tienda y me acomodo en mi saco a intentar olvidarme de este pésimo día.

Sueño con mi conejo, aquel que creí que se escapó de mi casa y hace un par de años me enteré que fue mi comida de Navidad; y con aquel gato que adoraba de mi jardín, con el que pasaba mis ratos libres y que pisé sin querer: no volvió a respirar; y con mi hámster, al que rocié de colonia, se volvió rosa y murió. Me despierto sobresaltada y lo primero que escucho es a mi estómago, ¡cómo no!

—Ey, Eu —me susurra Birdy. Ella también está despierta.

—Dime.

—Me —Se ríe por lo bajo y me da miedo—. No, en serio. Dime algo.

—Algo.

—Gracias, tía, me quedo más tranquila.

Nos reímos y nos dormimos plácidamente de nuevo. Junto a ella, no importa que haya sido el peor comienzo de verano.



Un día cojo en el hospital

Adriana Rocío Vedia Aillón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta mañana me he despertado y, de repente, he visto a los enfermeros, a los médicos, a los celadores, a todos los que trabajan en el hospital a la pata coja. Y, ¿por qué?, me pregunté. Pues porque llevaban un solo zapato.

Vinieron a traerme el desayuno, como todas las mañanas, y la chica que lo trajo no paraba de saltar, así que, la comida de la bandeja no paraba de saltar también y el vaso de leche fue a parar encima de las tostadas y las tostadas acabaron en toda mi cara.

Luego vino una enfermera que, al igual que todos, venía con un solo zapato y, por tanto, también iba saltando. Traía una gasa para curarme, pero como era de esperar, con tanto salto, la gasa acabó en la cabeza de mi acompañante y la jeringuilla, que era para ella, acabó en mi brazo. ¡Por dios que dolor!

Por último, el médico vino a ver cómo estaba, no esperaba que él también viniera con un solo zapato, ya que pensaba que los médicos eran personas muy serias, pero al igual que todos, llevaba un solo zapato. No paraba de saltar, tan serio y tan ridículo al mismo tiempo.

Yo no daba crédito a todo lo que veía. Pues como era de esperar, el médico se tropezó con la bandeja del desayuno que estaba en el suelo. ¡Vaya un golpe! Y yo que creía que los médicos no se caían.

Con tanto lío, la historia acabó con el médico estampándose en la ventana y terminó ingresado en la cama de al lado mío.

Moraleja: «No te pongas un solo zapato, ¡ve descalzo!».



La partida de parchís

Irene Sánchez Leal

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio
Marañón de Madrid

La vida es como una partida de parchís. Todos tenemos un mismo planeta, con los mismos océanos y continentes. Cada uno de nosotros consta de cuatro fichas de un color y una vida que, en este caso, sería el dado. Ningún otro participante puede tocar nuestra ficha, pero sí puede influir en ella. Tuya es la decisión de qué ficha mover y para qué. No puedes controlar los obstáculos y pruebas que la vida te ofrece, pues cuando tiras el dado no puedes elegir el número que va a salir. Sin embargo, con cuatro fichas sobre el tablero puedes elegir qué ficha mover. Como en la vida, comerás, pero también serás comido. Como en la vida, bloquearás el paso, pero te bloquearán el paso.

Pero aun siendo así, la partida no termina hasta que todas tus fichas han logrado superar los obstáculos y están en casa. Podrás haber sido comido miles y millones de veces, pero cuando tu dado sacó un cinco, volvió a sacar ficha, y esta continuó su camino hasta casa.

Tuya es la decisión de la ficha, y por eso debes alegrarte por tus logros y aprender de tus errores. No puedes elegir el número, pero

sí la ficha a mover; piensa cada movimiento o juega a suerte. Es tu estrategia. Al fin y al cabo, de una forma u otra todos llegamos a casa y terminamos nuestra partida. Elige bien cómo quieres divertirte.



Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.
Hospital Universitario Nuestra Señora
del Perpetuo Socorro de Albacete.

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Unidad Educativa Hospitalaria
Virgen del Camino de Pamplona.

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón.
Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.
Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer.

Hospital General Universitario Reina Sofía.

Hospital General Universitario Santa Lucía. Cartagena.

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.

VALENCIA

Hospital Universitari y Politècnic La Fe.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016



EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2016. IX Certamen Internacional de Relatos

Este libro está compuesto por los relatos presentados en el IX Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación y Universidades de la Región de Murcia, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario del Estado español. Se trata de un proyecto que trasciende a las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en esta situación pueda utilizar la palabra como refugio

y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

Este año la consigna de los cuentos de En mi verso soy libre ha sido EL HUMOR. Gracias al humor se puede ver la vida con otros colores y podemos sonreír o reírnos a carcajadas aunque nos duela algo o tengamos preocupaciones. Con tan sugerente propuesta, los niños nos cuentan historias de risa, situaciones en las que no pudieron dejar de reír, e inventan disparates y escenarios cómicos, divertidos e hilarantes.

ISBN: 978-84-608-7835-3



9 788460 187835

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

Coordinadores:

Ana María Ferrer Mendoza
Juana María Sánchez García



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades

Promueve:

© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:




© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra)
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en: 

Autores:

Marta Zafrilla Díaz (prólogo)
Alumnado (relatos)
Ángel Palomo (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2016 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-608-7835-3

Depósito Legal:

MU-472-2016

Este libro es el resultado de la selección de relatos del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria
y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Universidades

**Comité Organizador del IX Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaria: Juana María Sánchez García
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinadores docentes: Clara Navas López
Ana Jara García, Francisca Martínez Andreu y José Blas García Pérez
Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez
Coordinación institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Índice

Prólogo 13

CATEGORÍA A

01. Flipo con mis amigos 21

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Ilustración: María Moya

02. El payaso colorín 27

Óscar Prieto Gómez

Ilustración: Almudena Vázquez Rodríguez

03. Las 500 millas 31

Vicente Mártir Gallardo

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

04. La isla apestosa..... 35

María Rodríguez Giménez

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

05. Meche y la oveja..... 39

Irene Criado Santalla

Ilustración: Carmen Osete Henarejos

CATEGORÍA B

01. Agustina y la rima..... 45
Amanda Andrieu Cercadillo
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval
02. La historia de Rita Palomita 51
Ana Lagares Serrano
Ilustración: Loles Salas
03. Hotel "El Hospital" 57
Paula Sinaí Martínez Romero
Ilustración: Sioni López
04. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad 61
Nayara García Cárdenas
Ilustración: Pepe Marco
05. Un hospital divertido 67
Tarik Bohuabs
Ilustración: Doctora Creativa
06. Los exámenes para *ninja* 71
Jean Javier Ordóñez Quezada
Ilustración: Francesca Cristina Ureña
07. La historia de Rigoberto II..... 77
Lucia Reyes Goñi
Ilustración: Ramón Besonías
08. Romeo y Julieta...¡Una historia apastosa!..... 81
Adrián Sánchez Felipe
Ilustración: Álvaro Peña

CATEGORÍA C

01. La historia de Bender..... 87
María Carmona Hernández
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

02. Escapando de la cárcel blanca	93
Alba Parra González	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
03. El relato de Dorian Luis	103
Luis Sauquillo Martínez	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
04. Calambur.....	111
Laura Cecilia Hernández Bellón	
Ilustración: Elena Sol	
05. Clausuremos este día	115
Sara Gutiérrez Hernández	
Ilustración: Asís Pazo Espinosa	
06. Un día cojo en el hospital	125
Adriana Rocío Vedia Aillón	
Ilustración: Verónica Cámara	
07. La partida de parchís.....	129
Irene Sánchez Leal	
Ilustración: Garbiñe Larralde	
Aula Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2016.....	133
Agradecimientos	135

Prólogo

SONRISAS QUE CURAN

Marta Zafrilla Díaz

Los niños son los seres más libres que existen, porque tienen dentro de sus cabezas un animalillo inquieto y poderoso que no para de inventar y de vestirse de colores: la imaginación. Ofrécele a un niño cualquier objeto que para los adultos resulte insignificante (una canica, un soldadito de plástico, un lápiz, una pinza de colgar la ropa, un mechero roto) y él convertirá ese mínimo utensilio en unas alas gigantescas, con las que remontará el vuelo y viajará hacia el Reino de la Fantasía.

¿No os habéis fijado? ¿De verdad que no? ¿Nunca habéis observado a un niño o a una niña mientras juega sobre la alfombra, ajeno a cuanto lo rodea, convertido en un héroe, en un dragón volador, en una reina medieval o en una guerrera galáctica?

Miradlos, miradlos ahora. Detened la vista en ellos. Han cogido las piezas de madera y están construyendo cosas. Vosotros pensáis que se trata de un montón de piezas amontonadas en un equilibrio inestable, pero os equivocáis: es el palacio de la Reina de las Nieves o de Frozen, es el castillo del Mago Tenebroso, es el Camelot del Rey Arturo. Y donde

vuestros ojos no ven sino hilos de alfombra ellos observan ejércitos en formación, ríos caudalosos sobre los que tender puentes, caballos piafando, humo de las hogueras, princesas de cabellos dorados que se asoman a ventanas, casitas de chocolate que se esconden en lo más frondoso del bosque, enanitos que buscan diamantes en su mina.

Pero hay niños que, durante un tiempo, no pueden estar en sus casas y no disponen de alfombras sobre las que tumbarse y en las que construir mundos de madera. Son niños que tienen las alas heridas y que necesitan ser curados. Pero eso no cambia su universo de fantasía y de luz interior. Todos los colores del arco iris, todos los juegos posibles o imposibles, todos los animales reales o inventados están en el interior de sus cabezas. Y para conseguir que salgan de allí disponen de muchos caminos: uno de ellos es la escritura.

En este libro que hoy presentamos tenemos buena muestra de cómo, utilizando la imaginación y el humor, los relatos de estos jóvenes escritores se llenan de vacas generosas, payasos que reparten ilusión, fugas cinematográficas, niñas que siempre sonríen, relatos mexicanos, hoteles que sanan, escarabajos moteros, anécdotas de la hermana pequeña, islas apestosas, situaciones chocantes de hospital, chicas dormilonas, personal sanitario que solo lleva un zapato, curiosos exámenes para convertirse en *ninja*, niñas que le tienen alergia a las cebras y tienen que conformarse con adoptar un lagarto, metáforas sobre la vida como un juego de parchís, familias enfrentadas por motivos culinarios, amigos chistosos de Valentina, muchachas que hablan con rimas o perros que nos cuentan su particular historia.

Todas las personas que han escrito en este libro se han fabricado una armadura de humor para luchar contra la tristeza, un traje espacial con el que viajar hasta Marte, una escafandra para bucear por

el fondo marino. Con sus palabras nos convencen de que cuando las sonrisas crecen en el rostro y en el cerebro los seres humanos pueden llegar a ser invencibles. Muchas gracias por esta enseñanza y muchas gracias también por los buenos ratos que nos habéis hecho pasar con vuestras historias.

IX Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

En Murcia, 9 de marzo de 2016 se reúne el jurado del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña. Juana M^a Sánchez García

Vocales: Dña. Lary León Molina

Dña. Concha Martínez Miralles

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Francisca Martínez Andreu

D. Luis Francisco Martínez Conesa

D. Lorenzo Hernández Pallarés

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido sesenta y seis relatos, procedentes de dieciséis Aulas Hospitalarias, de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Madrid, Región de Murcia, Comunidad Foral de Navarra y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A (de 6 a 9 años)** al relato “Flipo con mis amigos” de Saray Sakira El Hamdi Rubiano, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría B (de 10 a 13 años)** al relato “Agustina y la rima” de Amanda Andrieu Cercadillo, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría C (de 14 a 17 años)** al relato “La historia de Bender” de María Carmona Hernández, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

A su vez, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros diecisiete relatos que serán publicados, junto con los tres ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2016”.

El tema de este año del Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” es el HUMOR. Y, realmente, ¡qué divertidos los relatos presentados! La sonrisa y las risas han estado presentes durante la lectura y las deliberaciones del jurado.

Todos los textos han acudido puntuales y llenos de humor y sentimientos a una convocatoria que un día, hace ya nueve años, pusieron en marcha los profesores de las Aulas Hospitalarias de la Región de Murcia: el certamen “En mi verso soy libre”.

Payasos que pierden la nariz pero no la gracia, vacas que hacen el pino, escarabajos moteros, una isla apestosa, lagartos que se tragan los exámenes suspensos, ratones que vuelan, un hospital encantado o un hospital sin spa. Hay escapadas gloriosas de jóvenes enfermos, y hasta investigaciones profundas sobre abuelas que hacen comer. Los relatos se apoyan en la imaginación, en anécdotas de clase, en situaciones cotidianas o maravillosas, en recuerdos de infancia. Y tras muchos de estos cuentos de humor, la enfermedad, el miedo, las jeringuillas, los médicos, las enfermeras, los compañeros de habitación, las maestras del hospital, los libros...

Murcia, 9 de marzo de 2016

GANADOR CATEGORÍA A

Flipo con mis amigos

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Todo en la vida se hace más fácil cuando tienes amigos como los míos: Ainhoa, Alejandro, Emmanuel, Santiago, Ismael... Solo pronunciar sus nombres, me causa risa al recordar sus locuras.

¡Qué tal la de Ainoa! El otro día estábamos en clase y llegó gritando:

—¡Me atracaron, profesora, me atracaron!

La profesora, preocupada, corre hacia ella y le pregunta:

—¿Qué te han hecho?

Y ella responde:

—Me robaron los deberes —Ja, ja, ja. ¡Qué locura de amiga!

Y qué decir de Emmanuel. Recuerdo cuando la profesora le preguntó:

—¿Cuál es el masculino de oca?

Y él respondió:

—El parchís.

Todos reíamos sin parar, menos la maestra, que, con cara muy seria, le dice:

—Te daré otra oportunidad con otra pregunta. Dime una palabra que empiece por D.

Emmanuel, muy seguro, responde:

—Ayer.

La profesora dice:

—Pero ayer empieza por A.

Emmanuel responde:

—Es que, ayer fue domingo.

La risa fue tanta que nos castigaron a todo sin recreo; un castigo merecido porque, con estos locos de mis amigos, es difícil evitar reír.

Otro día, en clase hablábamos de lo que queríamos ser de mayores. Ainhoa dijo:

—Yo seré una gran abogada.

Alejandro:

—Yo seré un gran cirujano.

Ismael:

—Pues yo seré bombero.

Santiago:

—Yo seré futbolista.

Y Emmanuel dijo:

—Yo seré veterinario, porque me gustan muchos los animales.

A la profesora le pareció muy interesante este tema y dijo:

—¡Qué bien! A ver, Emmanuel, ya que te gustan tanto los animales, dime cinco animales de África.

Emmanuel responde:

—Tres elefantes y dos jirafas.

Todos nos aguantamos la risa, pero la seriedad duró poco, porque la profesora dijo:

—Veo que estás muy gracioso, así que te voy a hacer otra pregunta. Dime tres animales cuadrúpedos.

Y él responde:

—Un perro, un gato, y dos gallinas —Ja, ja, ja. Pues otra vez castigados porque todos nos reímos sin parar. Y así cada día, una cosa tras otra.

Nos hicieron un examen y la profesora dijo:

—Ismael, te has copiado del examen de Alejandro.

A lo que Ismael contesta:

—¿Por qué lo dice, profesora?

—Porque en la tercera pregunta, él respondió: «No lo sé». Y tú respondiste: «yo tampoco» —Jajajá.

Para terminar a carcajadas, mi madre se estaba aplicando una crema en la cara con los ojos cerrados. Y mi padre le pregunta:

—¿Por qué cierras los ojos?

Ella responde:

—Porque dice: «Nivea».

Por último, soy Valentina, y me levanto cada mañana con toda la energía del mundo para ir al cole, disfrutar, reír, pero también para estudiar mucho para llegar a ser una gran pediatra, y así ayudar a que muchos loquillos, como mis amigos y yo, tengan la oportunidad de reír cada día.

FIN

El payaso Colorín

Oscar Prieto Gómez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Érase una vez un payaso que se llamaba Colorín, y que se dedicaba a alegrar a los niños y niñas que estaban ingresados en el hospital. Les contaba chistes, les regalaba globos y les hacía malabares.

Era tan bueno y se hizo tan famoso que un día lo llamaron de un circo muy importante que vino a su ciudad, Albacete. En el circo tenía que hacer malabares subido en un elefante, y tuvo tan mala suerte que se cayó y se rompió su gran nariz.

Lo llevaron al hospital, al mismo hospital donde él alegraba a los niños enfermos. Colorín estaba muy triste porque pensaba: «¿Quién va ahora a hacer reír a los niños?».

Un niño que estaba ingresado desde hacía tiempo en el hospital, y que se llamaba Óscar, se enteró de lo que había pasado, y tuvo una gran idea: llamó a todos los niños y niñas que estaban en el hospital, se disfrazaron todos de payasos, y fueron a su habitación a contarle chistes, a regalarle globos y a hacer malabares. Colorín se puso muy contento, y más cuando al día siguiente los médicos acudieron con la gran noticia de que había una nariz nueva para él, roja, grande y brillante.

A partir de ese momento, Colorín no volvió al circo y se dedicó siempre a sus niños y niñas del hospital, y fue llamado Colorín el de la nariz colorada. Y este cuento, más que ningún otro, debe acabar con las palabras: ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado!

Las 500 millas

Vicente Mártir Gallardo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitari i Politècnic La Fe de Valencia

En la ciudad de Valencia había una carrera de escarabajos moteros. Era muy difícil y peligrosa.

Se celebraba en verano, bajo un sol abrasador. Las temperaturas eran tan altas que podían llegar a los cincuenta grados.

Los escaraparticipantes se llamaban:

1. EscaraRossi.
2. EscaraMarc.
3. EscaraLoren.

Todos estaban dispuestos a ganar la carrera, pero solo uno podía ganar.

Los motores de los escaramoteros empezaron a rugir y la carrera empezó con tensión.

El calor era tan intenso que EscaraRossi empezó a sudar y su casco se llenó de sudor. Parecía que llevaba una pecera en lugar de un

casco. No podía respirar y EscaraMarc, justo en ese momento, le iba a adelantar.

EscaraRossi apoyó su pata en el asfalto y rápidamente la levantó, ya que el asfalto abrasaba. Y al levantar la pata del asfalto le dio una patada a EscaraMarc que se cayó al asfalto abrasador. ¡¡Parecía una barbacoa en toda regla!!

EscaraRossi se quedó pegado al asfalto y EscaraMarc, que estaba achicharrándose por el suelo, se enfadó con él.

Mientras tanto, EscaraLoren los miraba extrañado y pensaba:

«¡Se están pegando una comilona y a mí no me ha invitado nadie!».

Pasado un mes, EscaraRossi pudo explicarle a EscaraMarc y a EscaraLoren lo que había sucedido, y volvieron a ser amigos por muchas millas más.

La isla apestosa

María Rodríguez Giménez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Había una vez una isla llena de muchos y preciosos animales:

- Un león o dos.
- Una cebrá o dos.
- Un tigre o dos.
- Un oso o dos.
- Un elefante o dos.
- Una jirafa o dos.
- Un rinoceronte o dos.
- Un camello o dos.
- Un mono o dos...

Y todos aquellos que quieras meter.

Un día vino un malvado monstruo que los asustó mucho con sus fuertes rugidos. Todos los animales se escondieron por todos los escondites de la isla para que no los vieran.

Como tenían mucho miedo, pensaron que tenían que encontrar la forma de que el monstruo se fuera y los dejara vivir en paz en su preciosa isla.

¿Sabéis lo que decidieron? ¡ja, ja!

Que todos, a la misma hora y en distintos puntos de la isla, se tirarían un gran y apestoso peo.

Y así lo hicieron. Y, claro, cuando el monstruo olió ese olor insoponible no tuvo más remedio que salir corriendo.

Todos los animales se quedaron tranquilos en su isla, pero decidieron que a partir de entonces la llamarían LA ISLA APESTOSA.

Meche y la oveja

Irene Criado Santalla

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Fundación de Alcorcón de Madrid

Había una vez una vaca que se llamaba Meche y vivía en el campo. Y un día vino una oveja que le pidió leche. Meche se la dio, y desde entonces la oveja venía todas las mañanas, hasta que un día la oveja se puso malita, vino el médico y le dijo que no tomara tanta leche.

Entonces, la vaca se puso a hacer el pino y se mareó. Por la tarde, de repente, en vez de leche le empezó a salir yogur, y fue corriendo a decírselo a la oveja.

Entonces, la oveja le dijo que si podía probarlo. Meche le dijo que sí, y al probarlo la oveja se curó.

Meche se alegró mucho y fueron felices y comieron perdices.

FIN

GANADOR CATEGORÍA B

Agustina y la rima

Amanda Andrieu Cercadillo

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Había una vez una niña que se llamaba Agustina. Agustina era una niña muy peculiar, dado que, cada vez que hablaba, rimaba todo lo que decía. Su mejor amigo era un niño llamado Gabriel. Un día, Agustina iba andando y se encontró con Gabriel.

—¡Hola, Agustina!

—Hola, Gabriel, que te gusta la miel con papel y un pincel.

—¿Qué tal? —preguntó Gabriel.

—Muy bien con OKAL. ¿Y tú? —dijo Agustina.

—Genial —contestó Gabriel.

—Bueno, Gabriel, me voy, corcel —dijo Agustina, despidiéndose con la mano.

—Adiós, Agustina —dijo mientras se iba.

Agustina se fue a su casa. Allí estaba su madre.

—Hola, Agustina —dijo su madre, dándole un abrazo.

—Hola mamá, esto... —Agustina se preocupó mucho porque nunca se había quedado en blanco con las rimas.

—¿Estás bien, Agustina? —dijo su madre, preocupada.

—Sí. Creo que me voy a dormir.

Agustina subió a su habitación y se acostó en su cama. Cuando se levantó, miró su despertador y vio que eran las cinco y treinta y tres minutos de la tarde. Bajó a pasear y se fue al centro comercial. Iba andando, pensando en sus cosas y se cayó en una fuente.

—¡Agustina! —gritó Gabriel, mientras iba corriendo a la fuente para ir a ayudarla.

Agustina salió de la fuente mientras él iba a por una toalla. Cuando Agustina se secó la ropa y el pelo, Gabriel y ella se fueron a un bar. Se sentaron en una mesa y escucharon las noticias de La Ser.

«Últimas noticias: ¡Una cabra se ha escapado del zoo! Y ahora... vamos con el tiempo...».

—¡Guau! ¡Se ha escapado una cabra! ¡Qué chulada!

—Vámonos de aquí. Estoy aburrida.

Gabriel y Agustina se fueron a un banco. De repente, Agustina notó algo en la espalda.

—¡Beee! —baló una cabra.

La cabra estaba comiéndole el pelo a Agustina.

—Agustina, no te muevas. Una cabra te está comiendo el pelo —dijo Gabriel—. ¿Qué le gusta a las cabras?

—El papel, la zanahorias, el césped... ¡Pero quítamela ya del pelo!

—dijo Agustina, medio llorando—. ¡No quiero quedarme calva!

Gabriel fue al supermercado y compró zanahorias y lechugas. Al instante vino, y Gabriel llevó la cabra a seguridad. Los dos salieron afuera, pero en seguida se dieron cuenta de que pasaba algo raro. El mundo se había vuelto blanco y negro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel asustado.

—No sé, tío. Pero es bastante raro que el mundo se haya vuelto blanco y negro. ¡Y nosotros! —decía, mientras se miraba las manos en gris y su pelo, babeado por una cabra, en blanco.

—Señora, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Gabriel a una señora.

—Alguien ha robado los colores.

—¿Quién? —dijo Agustina.

—Algunos lo conocen como R2. Es Robert Rinart. Está ahí —dijo la señora, señalando una torre muy alta llena de colores y rimas—. La única forma de devolver los colores es rimar y derrotarle rimando.

—Pues vamos. Yo no voy a perder mis superrimas por un tonto como ese —dijo Agustina, cogiendo de la mano a Gabriel y tirando de él con todas sus fuerzas.

Los dos niños subieron a la torre y se encontraron con una gran puerta de metal. Al lado había una llave.

—Hay que ser tonto para dejar una llave al lado de una puerta y, encima, por fuera —dijo Gabriel.

—¡Cállate, Gabriel! Ahora tenemos que conseguir abrir esta gran puerta —dijo Agustina, mirando a todos los sitios.

—¡Agustina! —dijo Gabriel (—¡Silencio! —susurró Agustina.). —Hay una llave justo ahí.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, Gabriel? ¡Qué despiste tienes!

—Pe...pero... —tartamudeo Gabriel.

—Venga, Gabriel, vamos a entrar —dijo Agustina, abriendo la puerta con la llave.

Cuando entraron, se encontraron con Robert Rimart.

—Hombre, ¿qué haces aquí, Agustina?

—¿Cómo sabes mi nombre, tío?

—Porque soy mago —dijo él mientras se reía.

—¡Tú lo que eres es tonto! Dame mis rimas y devuelve los colores —dijo Agustina.

—Pues sabes la única forma de devolver todo eso, ¿no?

—Claro que sí —contestó Agustina.

—Una batalla de rimas —bramaron los tres a la vez.

Hicieron la batalla y Agustina ganó. Todo el mundo volvió a la normalidad y Agustina volvió a rimar.

FIN

La historia de Rita Palomita

Ana Lagares Serrano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Érase una vez una niñita de ocho añitos llamada Rita Palomita. Siempre estaba sonriente y resplandeciente. Cualquier adulto que la viera no podía evitar sonreír. Aquella pequeña niñita alegraba a la ciudad. Aunque fueran días tristes, ella siempre sonreía. En el cole los niños no lo entendían.

—A lo mejor se ha blanqueado los dientes y quiere lucirlos —decían.

Pero a la pequeña Rita no le importaba lo que dijeran; ella nunca estaba triste ni enfadada. Ella siempre encontraba el lado positivo de las cosas. Los niños y niñas mucho le preguntaban, pues si había un truco para estar feliz, ellos también lo querían. Y lo intentaron, y lo intentaban, pero sus respuestas no entendían. Y la pequeña y adorable niñita de la sonrisita no conseguía explicar su felicidad de ninguna manera. Nadie sabía lo que le pasaba por aquella cabecita. Así pasaron los días, las semanas y los meses, y nadie la entendía.

Algunos niños, al no entender tal alegría, decían:

—Yo creo que se ha estirado la cara con cirugía y la boca se le ha quedado así.

—Pues yo creo que es una sonrisa postiza que se ha pegado con pegamento y no se la puede quitar.

Y le seguían preguntando, y seguían y seguían. Pero la pobre Rita dar explicaciones no podía.

Un día la ciudad estaba muy apagada, pocas eran las personas que sonreían, nadie sabía qué pasaba.

En el colegio lo mismo sucedía y, rápidamente, se dieron cuenta de que la pequeña Rita Palomita no había ido al cole aquel día. Una sola falta, nada cambiaba. «Se habrá puesto mala», pensaban. Pero la gente se preocupaba al pasar los días y las semanas, pues nadie sabía dónde se encontraba. Y fue entonces cuando admitieron que Rita no volvería.

La ciudad ya no era lo mismo sin la desaparecida. Todo seguía, pero ya nada apetecía. Los niños en el recreo ya nada hacían, se sentaban a esperar a que algún día volviera. Los adultos apenas sonreían. Todos echaban en falta a la pequeña Rita.

Empezaron a pasar los años, hasta que un día Rita Palomita apareció en su clase. La gente la reconoció al instante; a pesar de haber cambiado en los últimos años, su sonrisa no desaparecía. Traía algo en la mano. Era un sobre de color morado, nadie sabía lo que contenía. Rita, sin pensárselo dos veces, se subió a la tarima y empezó a decir:

—Durante todo este tiempo he estado pensando en vosotros, en las preguntas que me hicisteis y no supe contestar de forma que lo entenderais, pero ahora sí que lo sé. La verdadera respuesta a la felicidad es que no hay un motivo para sonreír, simplemente hay que sonreír por los demás, y, aunque no lo parezca, una sonrisa sin decir ni una palabra puede alegrar el día a alguien, ayudarle a seguir adelante.

Entonces Rita abrió el sobre que traía y le dio una sonrisa a cada uno de sus compañeros. Y, desde ese momento, la ciudad volvió a brillar como antes, con gente feliz por todas partes.

Hotel “El Hospital”

Paula Sinaí Martínez Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Luna y me han ingresado, de nuevo, en el *hotel* que utilizo para curarme: El Hospital.

Ubicado en pleno centro de la ciudad, dispone de todas las comodidades que uno pueda desear. Voy a explicaros como funciona este curioso *hotel*.

Al entrar al vestíbulo, no hay sofás cómodos, los recepcionistas no llevan pajarita y los clientes (pacientes) no sonríen ni están alegres, pero aun así ¡hay unas colas! Te entregan la pulsera del *todo incluido* para disfrutar más... —ejem...— *felizmente* de su estancia. En el *hotel*, aun así, todo el mundo quiere estar poco tiempo.

Posteriormente, te conducen a una acogedora sala de espera, provista de cómodas sillas que te dejan el trasero cuadrado, donde debes esperar a que te indiquen el lugar al que debes ir. Aparece entonces uno de los excelentes botones (¡celadores!) que te acompaña hasta tu habitación.

La habitación es amplia y luminosa, y dispone habitualmente de

dos camas, unas grandes ventanas con vistas magníficas y un baño que se adapta perfectamente a tus necesidades. No hay cortinas ni flores ni chocolates ni música. ¡Bueno, no se puede tener todo! No te entregan llave de la puerta, con lo que puede entrar quien quiera, aunque en realidad a nadie le apetece mucho entrar.

Dispones, de forma totalmente gratuita, de un pijama color azul (feo como él solo), esponjas y toallas que se repondrán cada día. ¡Apenas rascan!

Las deliciosas comidas son un placer para el paladar, además de sanas y nutritivas. Una de las empleadas te dará a elegir cada día el menú del día siguiente, a escoger entre tres platos, aunque nunca son pizzas ni tartas ni donuts.

El *hotel* dispone de un aula en el tercer piso para que los chicos y chicas en edad escolar puedan seguir sus estudios, una sala de ocio en cada planta; es eso, para estar ociosos —¡solo hay mesas y sillas!—, y una cafetería a disposición de todos: clientes y empleados. Sin embargo, no cuenta con piscina, spa ni solárium, así que al salir no estamos nada bronceados.

La habitación, como en todo buen hotel que se precie, la limpian, y la cama te la hacen (aunque no precisamente con sábanas de seda) un competente equipo de auxiliares y limpiadores.

Todo el personal es cercano y amable. En los bolsillos guardan jeringas y, en lugar de collares, llevan fonendoscopios. Pero, aparte de eso, tratarán de hacer su estancia lo más agradable posible.

Al salir, a pesar de todas las comodidades y atenciones, desearás no volver nunca a este *hotel*, aunque hay veces en las que no hay otra opción.

¡Sonríe, es mejor y más sano y, además, gratis!

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad

Nayara García Cárdenas

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Esta frase tan conocida, y tan repetida en nuestra cultura, más de una vez nos ha puesto en un aprieto.

Bueno, empezaré contando quién soy y por qué digo esto. Soy Yania, una chica de trece años, que hace siete tuvo una hermana pequeña a la que llamaron Laura a petición mía, ya que adoro la canción *Lady Laura* de Roberto Carlos. ¡Uppppps!, perdón, que me voy de tema. Laura, cuando éramos más pequeñas, era un lorito de repetición y, además, con dos añitos hablaba perfectamente claro y se la entendía claramente, lo que más de una vez nos puso en compromiso.

Un día, por ejemplo, montamos en el ascensor para subir a mi casa, que vivo en el piso diez, y se montó con nosotras una vecina ya mayor. La mujer, muy amable, coge del moflete a Laura, y le dice:

—¡Pero qué mona eres y que mayor estás ya, sin carrito de pasear!

A lo que mi hermana contesta:

—¡Y tú que vieja estás, que no puedes casi ni andar! Si quieres te dejo mi carrito, que yo ya soy mayor.

La cara de mi madre era un poema, y yo noté cómo me puse roja de vergüenza ajena. Menos mal que la vecina era mayor y, además de cojear, era también sorda.

Otro día, recuerdo que Laura tenía tres añitos, pues acababa de empezar el cole. Íbamos al mercado con mi madre, y mientras esperamos nuestro turno para ser atendidos, justo la señora de delante empieza a pedir una cosa y otra cosa y otra cosa... Y al cabo de un rato, Laura la sujeta del abrigo y le dice:

—¡No compre tanto, que no va a dejarnos nada y nos vamos a tener que ir a su casa a comer!

Nuevamente, la cara de mi madre, un poema, y el carnicero empezó a reírse, al igual que el resto de gente que estaba allí esperando para comprar. La verdad es que la mujer era una pesada y tardó un montón en hacer la compra, así que Laura se limitó a decir lo que todos pensábamos.

Otro aprieto que nos hizo pasar a mi padre y a mí fue un día en el ascensor con un vecino pesado que siempre tenía la costumbre de cogerla del carrillo, pellizcarlo y decirle:

—¡Qué maja!

Solo decía eso, pero, lo hacía una y otra vez, daba igual si la veía una vez o cincuenta en el mismo día, que siempre se lo hacía. Hasta que, una de las veces, Laura le pellizca en la pierna, que es donde ella le llegaba, y le dice:

—¡Qué pesado! Lo más gracioso es que puso voz de adulto ñoño cuando habla con un niño. Por suerte, el vecino se empezó a reír, y desde ese día saluda a mi hermana por su nombre y sin cogerla del carrillo.

Para vergüenza, la que pasamos en la residencia donde está la abuela de mi madre, es decir, nuestra bisabuela. Vamos un día de visita a verla y a pasar la mañana con ella, y todas las abuelitas de la residencia empiezan a darnos besos, pero no cualquiera beso, sino besos de esos que dan las abuelas, que te abrazan y te besuquean un montón de veces en la misma mejilla. Hasta que llega la señora Ana, se acerca a darme un beso y, acto seguido, se acerca a mi hermana. Ella le pone la mano en la tripa para frenar su trayectoria y le dice:

—¡Aquí huele a pedo y no he sido yo!

¡Qué bochorno nos hizo pasar! Mi madre se disculpó con la señora y, claro está, luego ya en el coche, de regreso a casa, riñó a Laura. Nos explicó que, como era mayor, tenía incontinencia y llevaba pañales como los niños, y mientras mi madre estaba toda seria regañándola, Laura dice:

—¡Sí, sí, si está claro que lleva pañales, pero yo te digo que se había hecho caca!

Mis padres no pudieron contenerse las ganas de reír, y empezamos todos a reír en el coche.

Podría contar mil anécdotas graciosas y comprometidas a causa de mi hermana, pero lo dejo para otro momento. Espero que hayáis disfrutado.

Un hospital divertido

Tarik Bohuabs

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Os voy a contar una historia en la que ocurren cosas divertidas.

Cada mes vengo al hospital para ponerme el tratamiento y, aunque no lo creáis, me gusta venir porque pasan cosas de risa. Hay muchas personas que vienen a visitarme: los doctores, los enfermeros, los payasos y las maestras.

Los primeros son unos señores que dicen que son doctores, pero yo no me lo creo porque hacen unas preguntas tontas como si hago caca, si he hecho pipí... ¡Vamos, como si estas fueran preguntas normales! Y, entonces, se marchan.

También vienen las maestras y traen portátiles que escriben solos. Si escribes 'to', te sale tonto, y si escribes 'hola' te sale adiós. ¡Esto es de locos!

Después, los payasos entran golpeándose con la pared y se creen que me hacen reír. ¡Qué payasos son!

Finalmente vienen las enfermeras con sus aparatos, y esos sí que nos hacen cosquillas.

¡Ah, se me olvidaba! Cuando entro al hospital me pegan una bomba y no puedo separarme de ella ni un momento, porque si no, empieza todo a pitar. ¡Eso sí que es divertido, porque todo el mundo empieza a correr!

Los exámenes para *ninja*

Jean Javier Ordoñez Quezada

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta historia se sitúa en un colegio especial, donde hacen exámenes para *ninja*. Son dos pruebas, y todos los examinados están muy impacientes...

Pichamaru (profesor): ¡NIÑOS! Se acabó la clase de *taiyucsu*, podéis dejar de pegaros.

Flora (alumna): Por fin, tengo la espalda cargada, voy a leer un libro.

Caguto (alumno): Flora es la chica más molona del mundo. Tiene que ser mía. Flora me regalas tu...

Flora: Como digas que te regale mi flor, te comes la sartén.

Pichamaru: Vale, ya he acabado contigo. Caguto, te toca hacer el examen.

Caguto: Por fin, ya era hora.

Pichamaru: Muy bien, tienes que hacer la multiplicación de cuerpos (*ninyucsu*).

Caguto: Okey, ya me he multiplicado.

Pichamaru: Esto no es una fotocopia de ti. Esto es un libro de sudoku. Tienes un cero patatero, por gracioso.

Caguto: Profe, ¿cuándo me dicen las notas?

Pichamaru: Ya te lo he dicho, un cero.

Caguto: Mieeeerda.

???? (persona extraña): Caguto, vas a morir.

Pichamaru: ¿Pero qué?

Caguto: ¿Pero yo qué te he hecho?

?????: El otro día me robaste una piruleta de menta.

Caguto: Es porque estaba hambriento y me puse en modo *Kyubi*.

?????: Muere...

Pichamaru: (La persona extraña le clavó un *kunay* en la espalda) ¡Ahhhhhhh! ¿Ves, Caguto, como no hay que robar? He parado el *kunay* con mi espalda.

Caguto: En realidad el *kunay* iba hacia este árbol, pero a los árboles también hay que salvarlos, que lo dimos en naturales.

Pichamaru: Maldito niño de las narices, por lo menos has aprendido la lección.

Caguto: ¿Qué lección?

Pichamaru: Mierda...

Al rato después, vencieron al malhechor y Caguto ganó el título de *ninja*.

Los exámenes para *chunin*.

Pichamaru: Muy bien, como todos habéis aprobado, tendréis que hacer un examen teórico. Así que, ¡preparaos para el examen de mañana!

EN EL DÍA DE MAÑANA

Examinador: Muy bien. Para tener la mente sana, tendréis que hacer un examen teórico, pero ¿por qué?, porque lo digo yo, ¿queréis pelea? Y tampoco quiero que me digáis la típica pregunta de ¿este examen nos servirá cuando seamos super *ninja*? Porque es que me lo como. Al principio tendréis un diez y se os irá restando por cada error. Al principio solo habrá nueve preguntas y cuando las terminéis, os diré la última. ¡EMPEZAD!

Caguto: Ya ha empezado el examen y ya tengo un diez, soy un máquina.

Saske: Profesor, tengo un problema.

Examinador: Espero que sea un problemón, porque no aceptaré preguntas tontas.

Saske: Problemón, este examen está en japonés.

Examinador: ¡Ahhhh, es verdad! ¿Alguien tiene también ese problema? ¿Todos? Vale, repartiré las copias en español. Cuando yo tenía vuestra edad, teníamos que aprender diez idiomas. Vale, como erais ciento sesenta personas y solo tengo ciento veinte, el resto... ¡quedáis suspendidos!!!

Se ha valorado mucho vuestra colaboración y... bla, bla, bla, y hasta el año que viene.

Saske: ¡Uff!, menos mal que me he hecho con uno de estos exámenes.

Caguto: Por fin, algo que se puede leer.

Saske: Primera pregunta: El *ninja* a sale de Torroja a unos 30 km por hora y el *ninja* b sale del país de la música a unos 65 km por hora. Al *ninja* a le castigaron por comer patatas fritas en la casa de su padre y al *ninja* b lo mataron por contradecir a Dios. ¿Cuántos kilómetros hacen? ¿De qué color es el oso? Justifica tu respuesta. ¿Qué?

Caguto: Mierda, la primera pregunta no la entiendo. ¿El nombre y la fecha, es que tengo que saberlo todo?

Saske: Segunda pregunta: Si dos piojos... ¡A la mierda, no me entero de nada, me tendré que copiar!

Sharinflan: Puedo copiar el movimiento que mi compañero hace. Mi mano se mueve sola. Pero, ¿qué?

Examinador: ¿Cómo? Haciendo garabatos en mi examen, te parece eso arte.

Saske: No, señor, ahora lo hago mejor. Pero ¿qué digo, si eso no es mío?

Examinador: Muy bien, como parece que ya habéis terminado las preguntas, diré la última pregunta. Si la contestáis mal, suspendéis, pero os podéis ir y tiraros por la ventana.

Después...

Examinador: Vale todos los que os quedáis aquí aprobáis.

FIN

La historia de Rigoberto II

Lucía Reyes Goñi

Unidad Educativa Hospitalaria Virgen del Camino de Pamplona

Érase una vez una niña llamada Laura que adoptó un lagarto, porque había tenido otro lagarto de pequeña y se le había muerto. También quería adoptar una cebra, pero no podía porque le daban alergia.

El primer lagarto que tuvo se llamaba Rigoberto I. Dormía con Laura todas las noches, también le chupaba los pies malolientes que tenía... Y, además... Rigoberto I era muy comilón. Le gustaba comer grillos socarrados, le gustaba comerse los lápices de Laura y, depende del color que era, el lápiz se convertía de ese color.

Siempre que Laura traía los exámenes a casa y sacaba ceros, le daba el examen y Rigoberto I se lo comía y eructaba letras minúsculas y números primos.

Un día, Rigoberto I se comió el cero más gordo de Laura, y le sentó mal. Se empezó a hinchar, se puso como una pelota y flotó hasta el techo, se reventó y cayó al suelo patas arriba, y murió.

Laura lloró, lloró y lloró. Laura lo enterró en una maceta y puso encima una cruz con su nombre: Rigoberto I.

Cuatro años después, Laura, viendo las fotos de cuando era pequeña en un álbum que le enseñó su madre, vio a Rigoberto I mordiendo la rueda del coche de su padre. A Laura le dio pena y tuvo una idea. Su idea era comprarse un lagarto por Internet. Le gustó un lagarto indio porque tenía la cara con forma de oreja y le resultaba gracioso. El lagarto costaba doscientos euros y era toda la paga de Laura de un año.

El lagarto vino en una caja con agujeros y una pegatina donde ponía: Frágil.

Cuando llegó el lagarto, los padres de Laura se asustaron por la cara de oreja que tenía. Fueron a la cocina y se subieron a la mesa. Laura les dijo que no pasaba nada, que era muy cariñoso y le gustaba meterse en zapatillas apestosas.

Laura se acordó de Rigoberto I, le cayeron tres lágrimas y decidió que el lagarto se llamaría Rigoberto II.

Una vez, Laura iba a darle de comer a Rigoberto II grillos vivos, pero uno se le escapó y no sabía dónde estaba. Cuando su madre la llamó a comer, se dio cuenta de que el grillo estaba en el plato de su madre, y lo tiraron por la ventana.

Rigoberto II se duchaba con Laura y se ponía su bañador de flores, y siempre le bailaba encima de los pies.

Rigoberto II se echó una novia en el barrio, una lagarta muy presumida. La lagarta puso cuarenta y ocho huevos. De los cuarenta y ocho, veinticuatro se fueron a casa de Rigoberto II y el resto con su madre, la lagarta.

Rigoberto II sigue vivo junto a su familia en un chalé y es feliz.

Romeo y Julieta... ¡Una historia appestosa!

Adrián Sánchez Felipe

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos familias enfrentadas, no por tierras ni posesiones, sino... ¡por un duelo de alta cocina!

La especialidad de la familia de Romeo eran las albóndigas caseras y la especialidad de la familia de Julieta, las morcillas de cebolla.

Un día, el rey le encargó a Romeo los ingredientes de las albóndigas caseras, y la reina, por otro lado, le encargó a Julieta los ingredientes de las morcillas con cebolla.

Sin esperarlo, Romeo y Julieta se encontraron en la tienda del tío Paco, el lugar donde se vendían los ingredientes secretos.

Allí se enamoraron perdidamente y celebraron por todo lo alto su amor con un gran festín de morcillas de cebolla y albóndigas caseras.

Después de aquello, Romeo y Julieta tenían un espantoso dolor de barriga, ¡y las ventosidades inundaron la habitación! No hubo más remedio que ir al hospital, ya que la parejita feliz tenía una indigestión!

Las familias enfrentadas acudieron al hospital a ver a sus hijos y, definitivamente, enterraron el tenedor de guerra y...

¡¡Colorín albondigado, esta morcilla se ha acabado!!

GANADOR CATEGORÍA C

La historia de Bender

María Carmona Hernández

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Bender y soy un chihuahua. Mis pasatiempos son buscarme la cola y olfatear traseros ajenos. Mido catorce centímetros y peso dos kilos con cien gramos. Vivo en casa con mi familia; bueno, mejor dicho, dejo que unos humanos habiten en mi casa, pero bajo mis normas, claro está.

Mi familia está compuesta por dos machos y dos hembras. El macho dominante soy yo, por supuesto (aunque también soy el más pequeño... pero bueno, dicen que las mejores esencias vienen en frascos pequeños). El macho más joven se llama Pepe, y lo tengo totalmente bajo control. Además, desde que le regalaron una máquina de ruedas a la que ellos llaman coche, no está mucho en casa. Un día, me quedé solo en casa con Pepe y unos amigos suyos. Decidí entrar a su habitáculo para explorar un poco y lo que vi allí me dejó estupefacto: había por lo menos tres gigantes (además de Pepe) con barba y melena larga, todos estaban riéndose, fumando algo (que hasta el momento es desconocido para mí) y escuchando música. Había un olor muy raro, y cuando salí de allí, me sentía mareado y confuso. Desde ese día no he vuelto a entrar en *la cueva de la confusión*.

El macho viejo (que debe tener por lo menos ocho años de perro) se llama Pepe también, pero en mi familia todos lo llaman papá. A papá le costó más, era el que llevaba los pantalones en casa, pero tras muchas batallas, ha sucumbido a mi poder. Recuerdo un día que yo estaba subido en mi sofá preferido, disfrutando de la tranquilidad, acurrucado en los mullidos cojines que fueran inventados por dioses, cuando papá se acercó a mí, y me levantó dispuesto a bajarme de mi sitio. «¡Cómo se atreve!», pensé. Y, naturalmente, le hice pagar por su osadía mordiendo su mano.

—¡Me cago en...! —exclamó papá.

Entonces se quitó la chancla (o como yo la llamo, *el zapato del diablo*) e intentó golpearme con ella. Mi astucia me permitió resguardarme bajo una mesa, por lo tanto no recibí casi ningún golpe. Después de este enfrentamiento, ha habido muchos más con el mismo resultado: yo corriendo como un poseso hacia un lugar seguro (pero en el fondo papá sabe quién manda...)

Además, después de estas bravas peleas, siempre viene a consolarme y darme cariñito María. María es la hembra cachorro de la familia, y también es mi humano favorito en todo el mundo. María es guapa y buena, y siempre tiene tiempo para jugar conmigo. María está enferma, porque está muy delgada y no quiere comer nada. En mi familia dicen que tiene algo llamado anorexia, y yo no sé qué significa eso exactamente, pero lo que sí sé es que se va a poner bien pronto, porque yo siempre la ayudo y me como toda la comida para darle buen ejemplo. Cuando María se va al colegio la echo mucho de menos, pero todos los días yo voy a su cuarto, deshago su cama y me restriego con su pijama. Cuando ella llega a casa y ve el panorama grita:

—¡Joder, Bender! ¿Otra vez? —Y sale corriendo detrás de mí; es un juegucito que tenemos ella y yo.

María me quiere y me respeta, tanto que incluso a veces me pone vestiditos y lazos (aunque yo sea un macho muy varonil).

Por último, está la hembra mayor, que se llama Nerea, pero se la conoce por el nombre de mamá. Mamá es buena también. Su misión en mi casa es alimentarme (y también al resto de mi familia), además de otras muchas labores que no voy a mencionar, porque no terminaría nunca. Un día, mientras mamá estaba haciendo la comida, me puso mi cuenco con pienso como todas las mañanas, pero ese día había algo diferente; había un exquisito olor por toda la casa. Yo sabía que mamá estaba cocinando algún tipo de manjar que pretendía ocultarme. Ante esta ofensa, decidí sentarme detrás de ella y mirarla fijamente para hacerle saber la maldad que estaba cometiendo. Finalmente, ante mi insistente mirada, cedió y me dio a probar el manjar que estaba cocinando. Que sabor, que textura, que delicia. Jamás en mi vida había probado semejante exquisitez. Ella lo llamó *borde de chuleta de cerdo*. Sin embargo, yo lo bauticé como *trozo de cielo bajado por los ángeles en bandeja de oro*.

Y esta es mi vida, mi casa y mi familia. Podríais llegar a pensar que desde el primer momento fui el líder que soy ahora, pero no. Me costó mucho trabajo (y muchas marcadas de territorio, ya me entendéis...) para llegar a ser el perro que soy hoy.

En realidad, soy un perrito muy afortunado. Tengo una buena casa, unos humanos que me quieren y obedecen (tanto que hasta recogen mi caca) y buena comida y agua todos los días. Además, puedo considerarme un perrito con suerte porque nunca he tenido lombrices.

Aquí me despido de vosotros lectores. Y recordar tratad bien a vuestras mascotas.

Relato basado en hechos reales.

Escapando de la cárcel blanca

Alba Parra González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Miré mis manos despellejadas por la quimio. Sí, hoy era el día, el día perfecto. Se podía oler en el ambiente de la habitación apestada de primeran. Exacto, queridos lectores, hoy era el día de la fuga, la escapada hacia la ansiada libertad. Aproveché el momento justo en el que la enfermera acudía con un carrito a curarme el hickman y mi madre había salido a tomarse una caña, para huir de esta situación desesperante en la que los días parecían no tener fin. A lo que iba. Con una estrategia medida, le pedí una toalla a la enfermera y, en el momento que entró en el baño, cerré la puerta y la trabé con el gotero (bombas incluidas). Confieso que me dio un poco de pena encerrarla, pero al instante recordé cuando me ponía el polaramine para las náuseas, que tanto sueño me daba.

Inmediatamente, le quité el freno a la cama y salí echando patas con carrito añadido. Mi primera parada (un alma caritativa como la mía tenía pensado rescatar a todos los adolescentes de hematología y oncología posibles) fue la habitación de al lado. Varias veces había oído cantar a una chica temas de Meghan Trainor. No lo hacía mal, la verdad, aunque a veces se trababa. No me extraña. La estúpida rubia

inglesa canta más rápido que lo que conduce un adolescente borracho un Ferrari por la autopista. Una muestra de mi innata simpatía (ya me iréis conociendo) son las críticas amables y sutiles a las divas del pop.

Abrí la puerta del cuarto de la joven cantante, la cual estaba como imaginaba: cantando *Lips are moving*. Lo mejor de todo fue su abuelo roncando a volumen —*noleacerquesunsonómetroquerevientaelsonómetroelhospital*—, fue uno de los momentos cumbres en la historia de mis partidas de risa.

—Oye, tú, ¿te vienes a cantar a la foca rubia al exterior?

—*I might be young, but ain't stupid, go away of this heeeeeell...** —me respondió.

—¡*Very good!!* «Anda, tira», pensé.

Y se subió a mi cama con su gotero por detrás. (Los goteros pueden ser un arma letal, como pudisteis comprobar al principio de esta historia).

—Me llamo Puri.

—Yo Clara —Nos presentamos sin besos ni estrechamiento de mano.

—¿Conoces a algún adolescente cercano que necesite nuestra ayuda? —Pilar me habló de uno, dos celdas más adelante.

Continuamos arrastrándonos por el vacío pasillo. Al abrir la puerta, descubrimos a otro compañero con la odiosa bandeja de la comida en su mesa y una imitación de Animals Maroon 5 procedente de la ducha, de lo que parecía su padre. Os puedo asegurar con total certeza que dicho adulto no compartía árbol genealógico con Meghan Trainor junior.

—Ven con nosotras, si no quieres que tu lengua se suicide al igual que tus oídos —le sugerí.

—¡Mi salvación! —exclamó Juan.

—Sí, sí... pero dejemos a un lado las cosas obvias y vámonos cagando leches.

—Voy.

—Eh, eh... Aquí las armas no se desaprovechan, coge la bandeja de la comida, la necesitaremos.

—Tú eres una experta, ¿verdad?

—¿Qué te pensabas? ¿Que me iba a fugar sin conocer cada extremo de este mundillo?

Clara me recomendó que lo dejara. —Es tonto —susurró, para que él no se enterase.

—¿Quién nos toca? —pregunté.

—Yo, cuando ingresé coincidí con un *gamer*,... muy friki...—dijo Juan.

—Vas a morir... —eso fue lo primero que oímos de Ismael; linfoma.

—El que muera serás tú, si no nos acompañas —Esta Clara tan simpática como siempre.

—¿A qué venís?

—A llevarte a tu casa, donde puedes enchufar la consola y no limitarte al ordenador —Yo, mostrándole lo que de verdad le interesa.

—¡Oh, mis dioses!

—Diosas, la mayoría no poseemos pene —justicia sexual por mi parte—. Bueno, Ismael, Clara y Juan, nos queda una penúltima parada.

—¿Piensa? —me preguntó Clara.

—Bastante —le contesté.

—En ese caso no sé quién es.

—Chicos, preparad las bandejas de comida, las necesitaremos para cruzar enfermería —Yo, dándomelas de líder, ¡que bonita que soy!

Pegamos un gran acelerón y doblamos la esquina mientras los chicos lanzaban los platos al servicio sanitario: enfermeras esquivando tapas de bandejas para no tragárselas; auxiliares escurriéndose el pelo para librarse inútilmente de la insípida sopa; mi más odiado enfermero se atragantó con un rebozado de pescado; a otro le salió un chichón más largo que la cola del paro, pues una bandeja eclosionó contra él...

No pude disfrutar más. En realidad, lo pasé mal por una maceta de papel inocentemente mojada por el caldo.

—Corramos a por ella.

Sin ya armas alimentarias, fuimos a por una más.

—*I never wanted to go, I never wanted anymore* —la gloriosa voz de Miriam.

—¡¡Si decido quedarme!! —A ver, si escuchas algo de la banda sonora de esta película, siendo Clara o yo, chillar es quedarse muuuuuuuy corta.

—¿Hola? —Ahí estaba ella ante la sorpresa.

—Estamos escapándonos, ¡vente!

—Gracias al cielo, Birdy en mi casa.

—Cada vez me caes mejor —Mi amorío incesante—, nos queda el inconsciente.

—Jose —nombraron al unísono.

—¿Lo conocéis todos?

—Consiguió sacar de quicio a Melli, con lo maja que es —Clara.

—Babea con una foto que le sacó a Patricia de AFACMUR —Ismael.

—Se puso a ver porno mientras Mariluz escuchaba sus pulmones —Miriam.

—Le tiró un estuche a José Blas —Juan.

—Bueno, eso no es tan malo... Yo le di con el libro de biología —Me miraron flipando en colores y sus derivados transparentes—. ¡¿Qué?! ¡Cuestionó lo muy amor que soy!

—Ahhhh, muy comprensible —Miriam la birdier.

—Soy un amor.

—Que síiiii, lo admitieron porque lo soy, y porque nadie se atrevió a contradecirme.

—Ahora que lo he escuchado, podemos ir por el guarreras *number one of the hospital*.

—Y bufón, que en una revisión me reí de la hostia que se dio contra una silla en la sala de espera —¡Ay, Miri! ¡Qué maja!

—Vale, vale, las risas cuando salgamos —Hay que reconocer la gracia cuando está presente.

Abrimos la puerta de la habitación de Jose, que nos miró con ojos obscenos.

—Jose, cacho guarro! —La empollona de Miri estaba ganando su territorio dominante, la vi como próxima domadora de este desecho social, la necesitaríamos.

—¿Libertad? Hecho, yo voy a donde esté mi caniche y Vanesa Romero.

—Pero antes de salir, lávate las manos —No querría que me pegara el sida.

—No problem, ¿veis? Si es que soy bilingüe y to'.

—Perdona, pero José Blas lo controla más que tú, mentiroso —le espetó Clara.

—Sí, la hostia, yo soy un pro.

—Un pro tocándote la flauta y estampándote contra el suelo —dijo Isma, que también tiene su gracia.

—También, también, soy un tío muy caritático.

—Carismático, anda vámonos —Yo lo corrijo TODO.

—¡A mí no me corrijas!

—Pues te quedas.

—Corrige, corrige.

Imaginaos un interminable pasillo con seis adolescentes y sus respectivas bombas a una velocidad supersónica. Fue como la feria que, por cierto, apenas catamos.

Nos cruzamos con las de la comida, las atropellamos a todas, equi-

paje incluido. Como notamos que nunca habían probado lo que nos servían, vomitaron más que nosotr@s con la quimio. Fue muy bonito, nos emocionamos. Una escupió ruedas que salieron rodando hasta un grupo de residentes.

Bajar las escaleras fue como una montaña rusa, atropellamos al hematólogo rubio que tanto odiamos algun@s. Solo salió herido él, nosotros, como rosas.

Del impulso que cogimos en las escaleras, medio hospital acabó por los suelos, incluido el cruasán de la cirujana que estaba saliendo de la cafetería.

—Jose, suelta eso, guarro, que ha estado en el suelo —le exigió Miriam, y le apartó el dulce que él gustoso mordía como Homer Simpson sus rosquillas.

—¿Pe'o qué haces? ¡Qué te'gohamb'e pijo ya! —se quejó él, aún con un pedazo en la boca—. Que tengo el intestino harto de la mierda bandejas que me dan: la carne la sacarán de las autopsias y la pasarán por la plancha, la sopa fijo que la cogen de las sondas que utilizan los viejos pa' mear, te juro que un día vi a uno rebuscando en la basura del restaurante chino de la esquina (nuestro proveedor de hortalizas) y el tomate es la sangre tras ser analizada... te lo digo yo que llevo aquí más telediaros que to'os vosotros juntos, soy el Albert Espinosa de este hospital. ¡Me merezco sumisión! Clara, besa a tu señor.

—¡Anda y que te den!

—Déjalo Jose, si es que tienes madera de líder... —le recomendó Isma—, y de guarro consumado!!!

—¿Queréis dejar de hablar que nos la vamos a pegar?! —Se creen que puedo conducir una cama que ha sobrevivido a ** guerras mun-

diales, 5365 heridos de combate, 3746 tuberculosis, 2893 cánceres, 357 leucemias y otros 249 linfomas yo sola; deliran más que el freno que lleva esto.

—Pero si el objetivo es aplastar a todo aquel que no se aparte, y esos un muro no son, sino una guardia jurado y demás personas —Juan, devolviéndome la cordura.

—Ay, perdón, perdón, me estaba volviendo la humanidad.

Finalmente, logramos atropellar a todo quisqui y salir victoriosos por la puerta, sin muertes (nosotros estábamos vivos y, si las decenas de humanos a los que habíamos atropellado no lo estaban, ¡no era nuestra culpa!).

Lo siguiente que vimos fue un montón de banderas catalanas inundando las calles, y no, no era una manifestación, era Mas, acompañado por tanques, conquistando la ciudad.

De inmediato, cogí mi smartphone para llamar a una amiga.

—¡Ana! ¿Qué narices es esto? Ayer, cuando te telefoneé para contarte mi plan, no me dijiste que nos había conquistado Cataluña.

—¿Y yo que iba a saber? Si entre mi casa y la escuela camino mirando al suelo, y ya sabes que solo piso la calle para eso, y el suelo no tiene nacionalidad, el suelo es suelo.

Colgué y me quedé mirando a una adolescente haciendo *twerking* en la acera.

—Parece que hemos estado encerrad@s de más y las cosas han cambiado —contempló Ismael.

—Pero ¿la Vanesa sigue estando igual de buena, no? —apostilló Jose.

EL relato de Dorian Luis

Luis Sauquillo Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

«Esta increíble historia comenzó en un día normal, para qué vamos a engañarnos.

Había pájaros en el cielo, como cualquier otro día; buzos en el mar, como cualquier otro día; y como cualquier otro día, Daniel contemplaba todo este espectáculo desde el balcón de su piso (menos a los buzos, que estaban en el mar, ya que no disponía de una casa subacuática).

Había edificios normales en la ciudad normal de Mehartoafrijoles, México, en la que vivía nuestro protagonista, y sus habitantes, que también eran normales, eran además muy joviales y cariñosos.

Daniel Fernando Fernández de Danieles (treinta y pico, nacido en Amolasenchiladas, México, actualmente en paro, pelo negro, ojos azules y constitución normal, residía en Mehartoafrijoles con su hermana) vivía en un piso compartido, en la planta dieciséis de su edificio, que daba vistas a los hoteles que se situaban alrededor del centro de la ciudad.

Daniel miró el despertador. Eran las nueve, iba a despertar a su compañero de piso. Salió del balcón, y atravesando el salón llegó a la habitación de Iván, su compañero, cuya nacionalidad averiguareis diciéndoos que se pasaba el día durmiendo la siesta (que alargaba desde las tres de la tarde hasta las cuatro de la tarde del día siguiente), que no tenía trabajo y que le encantaba aplanarse en el sofá a ver telenovelas mexicanas (especialmente *La rosita de Guadalupe*) y a jugar al Call of Duty y al Minecraft. Efectivamente, era español de pura cepa y, además, un niño rata de cuarenta añazos.

Todo parecía que iba a transcurrir con normalidad aquel día, pero, de repente, aparecieron unos monos radioactivos del espacio que, armados con pistolas láser, comenzaron a disparar a los habitantes de la ciudad y a transformarlos en zombis-plátanos radioactivos. Solo Daniel Fernando Fernández de Danieles sabía como derrotarlos, así que se armó de valor y...».

Luis arrancó el folio a medio redactar de su máquina de escribir y lo convirtió en una bola arrugada con la mano. Colocó las manos en posición de tirar a canasta y encestó la bola en la papelera de su habitación, donde yacían otros muchos folios arrugados.

Dio un rodillazo a su escritorio (haciéndose mucho daño) y pegó un grito desesperante y agónico; se había pasado seis horas seguidas intentando escribir un relato de humor que debía entregar al día siguiente y siempre que parecía que ya lo tenía delante de sus ojos, escribía algo pésimo sobre robots *ninja* o sobre monos radioactivos que vienen del espacio.

Empezó a darse cabezazos en la mesa y a gemir por cada golpe, cuando su madre entró en la habitación y dijo:

—¿Qué estás haciendo con la puerta cerrada y lanzando gemidos: no te estarás...?

—No, mamá, simplemente es que quiero hacer un maldito relato y no me viene la inspiración.

—Está bien, te dejaré solo —dijo su madre, saliendo de la habitación. Y volviendo otra vez a abrir la puerta añadió: —Pajillas no, ¿vale?

—¡Ay, mamá, no digas esa palabra! —exclamó, lanzándole un cojín para que se callase.

Luis volvió a quedarse solo en su habitación, y, de repente, se le ocurrió un plan. Primero, iba a ir a la cocina a comerse unas chocolatinas. Después, iba a mentalizarse escuchando música épica de Two Steps From Hell. Luego, iba a ir a vomitar al servicio por haber comido tantas chocolatinas. Y, luego, tomaría de nuevo su máquina de escribir y elaborararía el mejor relato de humor de la historia!

Todo fue bien hasta llegar al último paso, en el que se quedó atascado nuevamente.

Abrió su portátil y se metió en *Yahoo respuestas* para encontrar temas sobre los que hacer su relato, pero no encontró más que basura que escribían los panchitos. Le dio un voto de confianza a la página presentando su problema, y lo único que le contestaron fue: «Pa que kieres hacer un relato de humor, jaja, saludos!»». Así que decidió meterse en *Yahoo respuestas España*, donde encontró más basura aún que en la de Latinoamérica.

Optó por meterse en Skype y pedirle a alguno de sus amigos que le ayudara con su relato. Abrió el chat de Chiqui, uno de sus mejores amigos, que tenía siempre ideas brillantes para todo. Chiqui estaba

jugando al Hello Kitty *on-line* en aquel momento, pero no vaciló en darle un par de consejos para su relato:

>Pon drogas, putas, y barcos —skypeó Chiqui por el chat—. ¿Sabes qué? Déjate el humor y céntrate en las putas y en los barcos.

>¿Tienes pensado ayudarme de verdad? —skypeó Luis.

>Vale, vale, era broma —tecleó Chiqui por el chat—. Si quieres te paso una página donde te enseñan a escribir relatos.

Esas palabras lograron hacer que Luis se emocionase y tuviera esperanza por unos instantes. Sin embargo, cuando abrió el enlace que le había mandado su amigo, solo vio a mujeres desnudas y muchas, muchas fotos de pies.

>Tienes unos gustos muy raros, Chiki —comentó Luis.

>Ups, enlace equivocado —corrigió Chiqui.

Una vez se metió en la página correcta. Luis comenzó a leer unos cuantos relatos de humor cuyos títulos le sonaban de algo y no sabía de qué. Empezó leyendo *El señor de los ajillos*, escrito por un tal Xxx_noscoper_xxX, pero decidió dejar de hacerlo cuando Frido Mochilón se aventuró a recorrer el bosque pasando por el tenebroso camino de *El atajo de la pata pa bajo*.

Sin embargo, sí que leyó íntegramente *Los juegos del gusanillo de después de cenar*, de un tal @Cuate1345, y una clara parodia de *Divergente* llamada Detergente, la cual le gustó más que el libro original.

Uno de los blogs de la página daba unos cuantos consejos para captar la inspiración a la hora de escribir un relato, y el primero de ellos era salir a la calle a dar un pequeño paseo y fijarse en las cosas que pasan a tu alrededor para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Al salir de la casa, Luis observó carteles en todas partes y pancartas por las paredes sobre las elecciones generales y cayó en la cuenta de lo pésimos que eran los candidatos de ese año. Se le ocurrió una idea, y era que podía hacer su relato sobre lo mal que va España, seguro que eso le gustaría a todo el mundo.

Volvió a entrar a su casa y le preguntó muy interesado a su padre cómo iba España:

—Muy fácil hijo, lo mal que va este país se puede observar cuando vas a los bancos, te f@#llan todo el ano recto sin vaselina ni nada y te cobran unas cantidades bestiales de dinero para quedárselo todo ellos —le dijo muy cabreado su padre—. ¿Alguna pregunta más?

Luis se dio cuenta de que ese tema no era gracioso, sino deprimente. Casi prefería hablar sobre barcos y putas, como le había aconsejado Chiqui, que sobre la crisis económica. Se echó a llorar desconsoladamente, lo había probado todo y ni siquiera tenía un tema preparado sobre el que hacer su relato. Las había pasado canutas intentando escribirlo y estaba a punto de rendirse. En ese momento, Luis tuvo una revelación, y es que, ¡ya lo tenía! Iba a escribir su relato sobre él mismo y narrar todas las peripecias que tuvo que sufrir para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Cogió de nuevo su máquina de escribir, y, esta vez sí, se dispuso a escribir el mejor y más sufrido relato de humor del mundo, pero antes, echaría un ojo a la página esa de pies de Chiqui.

Calambur

Laura Cecilia Hernández Bellón

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Observaba sus manos con una especie de admiración, manos delgadas y gráciles. Se movían por sí solas sobre las teclas del piano y pulsaban, traviesas, todas las teclas del ascensor, parando en cada piso. Esbozaban una sonrisa esquiva en cada abertura de las puertas metálicas (casualidad o suerte que nunca hubiese un botones en la cabina). Y las manos, después, estallaban en risa.

El piano seguía sonando, cantarín, canalizando las notas como si fuese un sistema de riego que llevase a las acequias. Le florecían girasoles en las manos y un matojo de yedra en la cabeza. Los dedos corrían, veloces, por la barandilla de hierro que había a la salida de Correos; emprendían carreras. Estaban ebrias de arte en las yemas de los dedos.

«¡Dong, dong!», los ascensores se abrían y su palma se escondía, la vuelta dada tras la espalda. Sudorosas, sofocadas, divertidas y a la vez con la tristeza de no haber encontrado a un incauto que subiese al ascensor y las admirase. Porque eran manos dignas de admirar. Con su piel blanca casi transparente, las venas azuladas y los lunares

que ubicaban constelaciones en los nudillos; unos con otros, a veces rojos, a veces morados, pero siempre sobresalientes como colinas en la piel tersa que formaba el tejido de su extremidad perfecta. Melancolía en las líneas de la palma escondida. El dorso miraba orgulloso su cuerpo y sonreía por dentro.

Precioso era cuando llovía y el agua se escurría por el pulgar, en forma de gotas uniformes, como si fuesen lágrimas y las derramase despacito; cuentagotas en su cuerpo. El dedo corazón era el más obscuro y siempre miraba al centro (en él no nacían estaciones). El resto de dedos eran curiosos, tímidos a su manera: se perdían en los confines de la piel, corrían por barandillas y jugaban como niños a parar ascensores.

¡Qué bonito es tener la mano de un crío y una primavera en la cabeza! Con la metáfora de una mano acabo de describir una infancia, y fíjese por dónde, me es indiferente; los girasoles ya no florecen más aunque salga el sol y los caracoles no hacen carreras por las falanges. Pero, aun así, la mano ríe. Los caracoles también, porque les hace gracia su inexistente existencial.

Calambur entre los pliegues de los dedos.

Clausuremos este día

Sara Gutiérrez Hernández

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

–¡Bon día, amor!

Me tapo los oídos, coloco la almohada a modo de antifaz y me convierto en un rollito de sábanas. «Todavía no».

–¡Tú, levanta! ¡Que llegamos tarde!

«Qué pesada es, con lo a gusto que estoy».

–¡Tía, va!

«Aguanta un poco más, ya se irá».

–Tienes el desayuno en la mesa.

Me activo y me levanto de un salto, impulsada por un muelle llamado gocheo. Llego a la cocina y retrocedo a la cama corriendo, arrastrando la manta que llevo a modo de capa.

La pesada regresa de nuevo. Aplasto mi cara contra la almohada.

«Quiero dormir», intento vocalizar.

—Me has mentido —emito un gemido a modo de queja.

—Es que solo funcionas con comida.

Abro los ojos y veo su posición en jarra, típica cuando está cansada de mí.

—Es que es el amor de mi vida —replico.

Ella pone los ojos en blanco. Me pongo alerta ante ese gesto.

—¡Vamos a llegar tarde!

Su grito me hace temblar, aunque tal vez sea el frío, pero sigue dando miedo. Le hago caso porque lo próximo que hará será no dirigirme la mirada y ni mi calentita cama compensaría esa tortura.

—¡Eres una plasta! —le suelto, mientras lanzo una almohada turbo en dirección a su cabeza. La esquivo muy hábilmente.

—Le dijo la sartén al cazo —Y sonrío.

—Hazme el desayuno —suplico.

—No —sentencia. Y se va tarareando una canción horrible. Era de esperar.

Después de ponerme los tejanos verdes, los grises, los vaqueros y decidir que al final ninguno, salí de casa en busca de Birdy con un vestido liso azul que reflejaba mis ganas de agua, verano y campamento. Y allí es donde llegaba tarde, a la reunión. La esperada acampada que ni mi sueño ni mi indecisión me va a arrebatar.

—¡Birdy! «Maldita sea, qué rápido anda».

Corro y corro, y solo cuando oigo a unos chicos silbar descaradamente, me percató de que llevo vestido y que probablemente no ha

sido buena idea la carrera. Me río de mí misma y se lo cuento a Birdy, cuando por fin la alcanzo.

—Es que vas volando, Bird —bromeo.

—No te metas con mi nombre, no tengo la culpa de ser hija de unos hippies —Intenta sonar molesta, pero sé que le gusta. La conozco bien, es mi mejor amiga, desde siempre: nos limpiábamos los mocos juntas.

—Yo lo agradezco, ya sé a quién acudir cuando quiero un buen colcón. A mi madre le encanta la plantación de tu padre, suerte que no sabe qué planta cultiva —Creo que no puedo reír más en menos tiempo.

Andamos en silencio, agarradas de la mano, y luego a un kilómetro de distancia, porque sudábamos. Nos comunicamos por miradas, sonrisas, muecas y años y años siendo compañeras. Cuando nos mudamos al piso juntas, supe que lo nuestro sería para siempre, porque solo ella aguantaría despertarme cada mañana.

No me entero de la reunión, pero me sé cada centímetro del que será mi nuevo objetivo de este verano. Un chico moreno de ojos verdes. Sonrisa embaucadora.

—¡Eh, trezizis! Sintoniza a la tierra —me susurra mi salvadora.

—No me pongas mote— me quejo.

—Tú me llamas pájaro, así que estoy autorizada —contraataca.

—Touché —Y vuelvo a mirarlo.

—Se llama Godofredo —lo dice tan seria que la creo y hago un gesto de vomitar que me hace parecer muy mala persona, pero a ella le hace gracia.

—Se llama Bob, pero es igual de horrible.

—Mi Bobby.

—No vuelvas a decir eso o te hago el vacío.

Sonrío.

—Mi Bobby.

—Qué poco te importa quedarte sin amigos —Me da la espalda y se larga.

—¡MI BOBBY! —grito, antes de ser consciente de lo que he hecho. Salgo corriendo en un intento de esconderme que acaba en caída de concurso y mil miradas clavadas en mí y en mi estupidez. Me arde la cara de vergüenza y las risas revientan mis oídos. Bobby, o sea, Bob, me está mirando con una ceja levantada que le da un toque muy seductor. «Deja de mirarle», me digo. Pero es que, es tan guapo. Una mano tira de mí para levantarme y me arrastra mientras me resbalo con mi propia baba.

—Siempre se lo carga todo —Birdy me regaña de nuevo.

—Creo que este verano tampoco ligo —lo digo de broma, pero creo que me duele.

Tras regresar a nuestra bastante desordenada morada, recoger las tiendas y los sacos y volver, de nuevo tarde, a reunirnos con el grupo, ya había recobrado mi orgullo y el torpe espectáculo que ofrecí hace unas horas era un recuerdo que le había sucedido a otra Eustaquia. Sí, me llamo así, mis padres se colocaban más que los de Birdy, parece ser. Me llaman Eu. Nunca digo mi nombre completo, ya recibo burlas por Eu. «Eo, eo», se ríen. «Eu», les recuerdo. Se les escapa la gracia.

Y así comienza otro verano al lado de mi mejor amiga y de toda esta gente, en especial Bob, que les gusta el campo casi tanto como a mí.

—¡Aaaaaaaah! —Un grupo de chicas gritan alocadas mientras una libélula vuela, tranquila, a su alrededor.

«Ridículo», me susurro.

Tengo el pelo descolocado y un calor sofocante. Me encanta la sensación de humedad que transmite el río junto al que caminamos. Somos un grupo numeroso, más de veinte personas caminando por medio de un bosque. Parecemos fuera de lugar, intrusos en la naturaleza. Aun así, los pájaros nos ofrecen un concierto como bienvenida que han callado esas chicas con sus gritos. La diversidad de olores forestales embriaga nuestros sentidos. Es una sensación única.

—Birdy —la llamo—. ¿Tú no cantas?

—Que te den, tía —Me empiezo a reír de mi propia broma—. ¿Y tú te haces llamar mi amiga?

Admito que soy un desastre de amiga, pero meterme con ella no es sino otro modo de demostrar mi cariño y confianza, y sé que ella lo sabe.

—Siempre a la góndola, Eu —comenta una compañera que camina a nuestro lado.

—Halagándola, idiota —El agradecimiento de Birdy es desternillante.

El camping en el que acampamos está vacío, y no es de extrañar; tenemos un prado lleno de vacas rumiando y creando un hedor de llorar. Sus cencerros callan al río, a los pájaros y a mis pensamientos

positivos. Diviso un toro. Es como ver al diablo entre ángeles blancos y bien alimentados.

—¿Qué narices? —Tal blasfemia en la voz de Bob es un deleite en mis oídos. Me giro y le sonrío.

—¿Qué divertido, eh? —No sé de dónde he sacado la valentía para dirigirme a esos preciosos ojos verdes sin que me falle la voz o las piernas.

— Muchísimo vaya —suspira. Hay treinta y tres grados y mis pelos están de punta.

—Encantado, soy Bob, tu Bobby. ¿Eres Eustaquia, no? —Sonríe y sé que por dentro está riéndose de mí.

—Eu, sí. Lo mismo digo. ¿Te gustan las vacas? —¿Y esa pregunta? Si hubiera hecho una lista de temas de conversación, ese estaría rodeado con bolígrafo rojo y destacado con NUNCA SACAR. Pero como soy una rebelde, lo he preguntado.

—En realidad, no mucho. Me resultan molestas, y eso que soy vegetariano.

Apenas proceso lo que me ha dicho cuando respondo:

—Yo me comería a ese toro —Cuando soy consciente, me ruborizo. Él me mira sorprendido. No puedo ser más estúpida.

—Me refiero a que es precioso, o sea, sí, que... — titubeo. Estoy quedando excesivamente mal. Él se ríe y mis colores faciales aumentan.

—Eres graciosa —dice. Entonces, me sonrío y se va. ¿Me ha dicho eso de verdad?

Nos agitamos de un lado para otro montando tiendas, recogiendo ramas y haciéndonos un hueco entre la maleza que nos rodea. Es por la noche cuando todos hemos terminado y los estómagos están rugiendo. Estoy saboreando en mis papilas el pollo que asaremos esta noche. Hemos tenido la brillante idea de bajar al pueblo antes de venir y comprar dos sabrosas aves que disfrutaré como nadie. Después de estar toda la tarde preparando el campamento, tengo un hambre atroz y un cansancio de anciana. Me acerco al círculo formado alrededor de la hoguera para ver cómo giran los pollos y cómo se quema su piel. Me derrito de deseo.

—¿Qué?! —exclamo. Voy a llorar.

—Sí, Eu, están podridos —me repite.

—¿Qué inteligentes, eh? —añade una chica que no conozco, pero que me cae mal porque tengo hambre.

—¿Cómo hemos comprado dos pollos podridos? No uno, encima los dos. ¿Somos idiotas? ¿Qué comemos ahora? —Estoy enfadada y asustada. Somos veinte personas sin comida en medio de la nada. En las películas esto acaba en canibalismo.

—Es el karma por comer seres vivos —bromea Bob.

Puede ser todo lo guapo que sea, pero casi le grito por bromear en un momento tan crítico. Mi mente echa humo y estoy casi segura de que mi nariz también.

—Tengo una lata de sardinas —añade un chico. Mi estómago da un vuelco. Decido que ese chico es mi nueva religión.

—Sí, claro, media sardina para cada uno. No comáis tanto, a ver si explotáis —Chica sarcástica, tiene razón.

—¿No hay setas por aquí? —pregunto. Parece que soy la única que piensa.

—Estamos en verano, no ha llovido desde abril. Si quieres buscar setas, mucha suerte —Zas. Puede que no piense tanto como me creo.

—¿Pescar en el río? —Me alegra saber que no soy la única que propone.

—Creo que no sois muy observadores, pero el río no lleva apenas agua, no hay peces que podamos pescar.

De repente todos empiezan a gritar y a decir sinsentidos e incoherencias a las que ni atiendo. Me siento en el suelo y se me congela, pero estoy tan cansada que no puedo ni levantarme. No sé cuándo terminan de discutir porque me dirijo a mi tienda y me acomodo en mi saco a intentar olvidarme de este pésimo día.

Sueño con mi conejo, aquel que creí que se escapó de mi casa y hace un par de años me enteré que fue mi comida de Navidad; y con aquel gato que adoraba de mi jardín, con el que pasaba mis ratos libres y que pisé sin querer: no volvió a respirar; y con mi hámster, al que rocié de colonia, se volvió rosa y murió. Me despierto sobresaltada y lo primero que escucho es a mi estómago, ¡cómo no!

—Ey, Eu —me susurra Birdy. Ella también está despierta.

—Dime.

—Me —Se ríe por lo bajo y me da miedo—. No, en serio. Dime algo.

—Algo.

—Gracias, tía, me quedo más tranquila.

Nos reímos y nos dormimos plácidamente de nuevo. Junto a ella, no importa que haya sido el peor comienzo de verano.

Un día cojo en el hospital

Adriana Rocío Vedia Aillón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta mañana me he despertado y, de repente, he visto a los enfermeros, a los médicos, a los celadores, a todos los que trabajan en el hospital a la pata coja. Y, ¿por qué?, me pregunté. Pues porque llevaban un solo zapato.

Vinieron a traerme el desayuno, como todas las mañanas, y la chica que lo trajo no paraba de saltar, así que, la comida de la bandeja no paraba de saltar también y el vaso de leche fue a parar encima de las tostadas y las tostadas acabaron en toda mi cara.

Luego vino una enfermera que, al igual que todos, venía con un solo zapato y, por tanto, también iba saltando. Traía una gasa para curarme, pero como era de esperar, con tanto salto, la gasa acabó en la cabeza de mi acompañante y la jeringuilla, que era para ella, acabó en mi brazo. ¡Por dios que dolor!

Por último, el médico vino a ver cómo estaba, no esperaba que él también viniera con un solo zapato, ya que pensaba que los médicos eran personas muy serias, pero al igual que todos, llevaba un solo zapato. No paraba de saltar, tan serio y tan ridículo al mismo tiempo.

Yo no daba crédito a todo lo que veía. Pues como era de esperar, el médico se tropezó con la bandeja del desayuno que estaba en el suelo. ¡Vaya un golpe! Y yo que creía que los médicos no se caían.

Con tanto lío, la historia acabó con el médico estampándose en la ventana y terminó ingresado en la cama de al lado mío.

Moraleja: «No te pongas un solo zapato, ¡ve descalzo!».

La partida de parchís

Irene Sánchez Leal

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio
Marañón de Madrid

La vida es como una partida de parchís. Todos tenemos un mismo planeta, con los mismos océanos y continentes. Cada uno de nosotros consta de cuatro fichas de un color y una vida que, en este caso, sería el dado. Ningún otro participante puede tocar nuestra ficha, pero sí puede influir en ella. Tuya es la decisión de qué ficha mover y para qué. No puedes controlar los obstáculos y pruebas que la vida te ofrece, pues cuando tiras el dado no puedes elegir el número que va a salir. Sin embargo, con cuatro fichas sobre el tablero puedes elegir qué ficha mover. Como en la vida, comerás, pero también serás comido. Como en la vida, bloquearás el paso, pero te bloquearán el paso.

Pero aun siendo así, la partida no termina hasta que todas tus fichas han logrado superar los obstáculos y están en casa. Podrás haber sido comido miles y millones de veces, pero cuando tu dado sacó un cinco, volvió a sacar ficha, y esta continuó su camino hasta casa.

Tuya es la decisión de la ficha, y por eso debes alegrarte por tus logros y aprender de tus errores. No puedes elegir el número, pero

sí la ficha a mover; piensa cada movimiento o juega a suerte. Es tu estrategia. Al fin y al cabo, de una forma u otra todos llegamos a casa y terminamos nuestra partida. Elige bien cómo quieres divertirte.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.
Hospital Universitario Nuestra Señora
del Perpetuo Socorro de Albacete.

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Unidad Educativa Hospitalaria
Virgen del Camino de Pamplona.

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón.
Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.
Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer.

Hospital General Universitario Reina Sofía.

Hospital General Universitario Santa Lucía. Cartagena.

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.

VALENCIA

Hospital Universitari y Politècnic La Fe.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016



IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

Coordinadores:

Ana María Ferrer Mendoza

Juana María Sánchez García



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades

Promueve:

© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:




© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra)
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en: 

Autores:

Marta Zafrilla Díaz (prólogo)
Alumnado (relatos)
Ángel Palomo (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2016 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-608-7835-3

Depósito Legal:

MU-472-2016

Este libro es el resultado de la selección de relatos del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria
y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Universidades

**Comité Organizador del IX Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaria: Juana María Sánchez García
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinadores docentes: Clara Navas López
Ana Jara García, Francisca Martínez Andreu y José Blas García Pérez
Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez
Coordinación institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Índice

Prólogo 13

CATEGORÍA A

01. Flipo con mis amigos 21

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Ilustración: María Moya

02. El payaso colorín 27

Óscar Prieto Gómez

Ilustración: Almudena Vázquez Rodríguez

03. Las 500 millas 31

Vicente Mártir Gallardo

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

04. La isla apestosa..... 35

María Rodríguez Giménez

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

05. Meche y la oveja..... 39

Irene Criado Santalla

Ilustración: Carmen Osete Henarejos

CATEGORÍA B

01. Agustina y la rima..... 45
Amanda Andrieu Cercadillo
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval
02. La historia de Rita Palomita 51
Ana Lagares Serrano
Ilustración: Loles Salas
03. Hotel "El Hospital" 57
Paula Sinaí Martínez Romero
Ilustración: Sioni López
04. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad 61
Nayara García Cárdenas
Ilustración: Pepe Marco
05. Un hospital divertido 67
Tarik Bohuabs
Ilustración: Doctora Creativa
06. Los exámenes para *ninja* 71
Jean Javier Ordóñez Quezada
Ilustración: Francesca Cristina Ureña
07. La historia de Rigoberto II..... 77
Lucia Reyes Goñi
Ilustración: Ramón Besonías
08. Romeo y Julieta...¡Una historia apastosa!..... 81
Adrián Sánchez Felipe
Ilustración: Álvaro Peña

CATEGORÍA C

01. La historia de Bender..... 87
María Carmona Hernández
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

02. Escapando de la cárcel blanca	93
Alba Parra González	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
03. El relato de Dorian Luis	103
Luis Sauquillo Martínez	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
04. Calambur	111
Laura Cecilia Hernández Bellón	
Ilustración: Elena Sol	
05. Clausuremos este día	115
Sara Gutiérrez Hernández	
Ilustración: Asís Pazo Espinosa	
06. Un día cojo en el hospital	125
Adriana Rocío Vedia Aillón	
Ilustración: Verónica Cámara	
07. La partida de parchís	129
Irene Sánchez Leal	
Ilustración: Garbiñe Larralde	
Aula Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2016.....	133
Agradecimientos	135

Prólogo

SONRISAS QUE CURAN

Marta Zafrilla Díaz

Los niños son los seres más libres que existen, porque tienen dentro de sus cabezas un animalillo inquieto y poderoso que no para de inventar y de vestirse de colores: la imaginación. Ofrécele a un niño cualquier objeto que para los adultos resulte insignificante (una canica, un soldadito de plástico, un lápiz, una pinza de colgar la ropa, un mechero roto) y él convertirá ese mínimo utensilio en unas alas gigantescas, con las que remontará el vuelo y viajará hacia el Reino de la Fantasía.

¿No os habéis fijado? ¿De verdad que no? ¿Nunca habéis observado a un niño o a una niña mientras juega sobre la alfombra, ajeno a cuanto lo rodea, convertido en un héroe, en un dragón volador, en una reina medieval o en una guerrera galáctica?

Miradlos, miradlos ahora. Detened la vista en ellos. Han cogido las piezas de madera y están construyendo cosas. Vosotros pensáis que se trata de un montón de piezas amontonadas en un equilibrio inestable, pero os equivocáis: es el palacio de la Reina de las Nieves o de Frozen, es el castillo del Mago Tenebroso, es el Camelot del Rey Arturo. Y donde

vuestros ojos no ven sino hilos de alfombra ellos observan ejércitos en formación, ríos caudalosos sobre los que tender puentes, caballos piafando, humo de las hogueras, princesas de cabellos dorados que se asoman a ventanas, casitas de chocolate que se esconden en lo más frondoso del bosque, enanitos que buscan diamantes en su mina.

Pero hay niños que, durante un tiempo, no pueden estar en sus casas y no disponen de alfombras sobre las que tumbarse y en las que construir mundos de madera. Son niños que tienen las alas heridas y que necesitan ser curados. Pero eso no cambia su universo de fantasía y de luz interior. Todos los colores del arco iris, todos los juegos posibles o imposibles, todos los animales reales o inventados están en el interior de sus cabezas. Y para conseguir que salgan de allí disponen de muchos caminos: uno de ellos es la escritura.

En este libro que hoy presentamos tenemos buena muestra de cómo, utilizando la imaginación y el humor, los relatos de estos jóvenes escritores se llenan de vacas generosas, payasos que reparten ilusión, fugas cinematográficas, niñas que siempre sonríen, relatos mexicanos, hoteles que sanan, escarabajos moteros, anécdotas de la hermana pequeña, islas apestosas, situaciones chocantes de hospital, chicas dormilonas, personal sanitario que solo lleva un zapato, curiosos exámenes para convertirse en *ninja*, niñas que le tienen alergia a las cebras y tienen que conformarse con adoptar un lagarto, metáforas sobre la vida como un juego de parchís, familias enfrentadas por motivos culinarios, amigos chistosos de Valentina, muchachas que hablan con rimas o perros que nos cuentan su particular historia.

Todas las personas que han escrito en este libro se han fabricado una armadura de humor para luchar contra la tristeza, un traje espacial con el que viajar hasta Marte, una escafandra para bucear por

el fondo marino. Con sus palabras nos convencen de que cuando las sonrisas crecen en el rostro y en el cerebro los seres humanos pueden llegar a ser invencibles. Muchas gracias por esta enseñanza y muchas gracias también por los buenos ratos que nos habéis hecho pasar con vuestras historias.

IX Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

En Murcia, 9 de marzo de 2016 se reúne el jurado del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña. Juana M^a Sánchez García

Vocales: Dña. Lary León Molina

Dña. Concha Martínez Miralles

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Francisca Martínez Andreu

D. Luis Francisco Martínez Conesa

D. Lorenzo Hernández Pallarés

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido sesenta y seis relatos, procedentes de dieciséis Aulas Hospitalarias, de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Madrid, Región de Murcia, Comunidad Foral de Navarra y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A (de 6 a 9 años)** al relato “Flipo con mis amigos” de Saray Sakira El Hamdi Rubiano, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría B (de 10 a 13 años)** al relato “Agustina y la rima” de Amanda Andrieu Cercadillo, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría C (de 14 a 17 años)** al relato “La historia de Bender” de María Carmona Hernández, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

A su vez, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros diecisiete relatos que serán publicados, junto con los tres ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2016”.

El tema de este año del Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” es el HUMOR. Y, realmente, ¡qué divertidos los relatos presentados! La sonrisa y las risas han estado presentes durante la lectura y las deliberaciones del jurado.

Todos los textos han acudido puntuales y llenos de humor y sentimientos a una convocatoria que un día, hace ya nueve años, pusieron en marcha los profesores de las Aulas Hospitalarias de la Región de Murcia: el certamen “En mi verso soy libre”.

Payasos que pierden la nariz pero no la gracia, vacas que hacen el pino, escarabajos moteros, una isla apestosa, lagartos que se tragan los exámenes suspensos, ratones que vuelan, un hospital encantado o un hospital sin spa. Hay escapadas gloriosas de jóvenes enfermos, y hasta investigaciones profundas sobre abuelas que hacen comer. Los relatos se apoyan en la imaginación, en anécdotas de clase, en situaciones cotidianas o maravillosas, en recuerdos de infancia. Y tras muchos de estos cuentos de humor, la enfermedad, el miedo, las jeringuillas, los médicos, las enfermeras, los compañeros de habitación, las maestras del hospital, los libros...

Murcia, 9 de marzo de 2016

GANADOR CATEGORÍA A

Flipo con mis amigos

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Todo en la vida se hace más fácil cuando tienes amigos como los míos: Ainhoa, Alejandro, Emmanuel, Santiago, Ismael... Solo pronunciar sus nombres, me causa risa al recordar sus locuras.

¡Qué tal la de Ainoa! El otro día estábamos en clase y llegó gritando:

—¡Me atracaron, profesora, me atracaron!

La profesora, preocupada, corre hacia ella y le pregunta:

—¿Qué te han hecho?

Y ella responde:

—Me robaron los deberes —Ja, ja, ja. ¡Qué locura de amiga!

Y qué decir de Emmanuel. Recuerdo cuando la profesora le preguntó:

—¿Cuál es el masculino de oca?

Y él respondió:

—El parchís.

Todos reíamos sin parar, menos la maestra, que, con cara muy seria, le dice:

—Te daré otra oportunidad con otra pregunta. Dime una palabra que empiece por D.

Emmanuel, muy seguro, responde:

—Ayer.

La profesora dice:

—Pero ayer empieza por A.

Emmanuel responde:

—Es que, ayer fue domingo.

La risa fue tanta que nos castigaron a todo sin recreo; un castigo merecido porque, con estos locos de mis amigos, es difícil evitar reír.

Otro día, en clase hablábamos de lo que queríamos ser de mayores. Ainhoa dijo:

—Yo seré una gran abogada.

Alejandro:

—Yo seré un gran cirujano.

Ismael:

—Pues yo seré bombero.

Santiago:

—Yo seré futbolista.

Y Emmanuel dijo:

—Yo seré veterinario, porque me gustan muchos los animales.

A la profesora le pareció muy interesante este tema y dijo:

—¡Qué bien! A ver, Emmanuel, ya que te gustan tanto los animales, dime cinco animales de África.

Emmanuel responde:

—Tres elefantes y dos jirafas.

Todos nos aguantamos la risa, pero la seriedad duró poco, porque la profesora dijo:

—Veo que estás muy gracioso, así que te voy a hacer otra pregunta. Dime tres animales cuadrúpedos.

Y él responde:

—Un perro, un gato, y dos gallinas —Ja, ja, ja. Pues otra vez castigados porque todos nos reímos sin parar. Y así cada día, una cosa tras otra.

Nos hicieron un examen y la profesora dijo:

—Ismael, te has copiado del examen de Alejandro.

A lo que Ismael contesta:

—¿Por qué lo dice, profesora?

—Porque en la tercera pregunta, él respondió: «No lo sé». Y tú respondiste: «yo tampoco» —Jajajá.

Para terminar a carcajadas, mi madre se estaba aplicando una crema en la cara con los ojos cerrados. Y mi padre le pregunta:

—¿Por qué cierras los ojos?

Ella responde:

—Porque dice: «Nivea».

Por último, soy Valentina, y me levanto cada mañana con toda la energía del mundo para ir al cole, disfrutar, reír, pero también para estudiar mucho para llegar a ser una gran pediatra, y así ayudar a que muchos loquillos, como mis amigos y yo, tengan la oportunidad de reír cada día.

FIN

El payaso Colorín

Oscar Prieto Gómez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Érase una vez un payaso que se llamaba Colorín, y que se dedicaba a alegrar a los niños y niñas que estaban ingresados en el hospital. Les contaba chistes, les regalaba globos y les hacía malabares.

Era tan bueno y se hizo tan famoso que un día lo llamaron de un circo muy importante que vino a su ciudad, Albacete. En el circo tenía que hacer malabares subido en un elefante, y tuvo tan mala suerte que se cayó y se rompió su gran nariz.

Lo llevaron al hospital, al mismo hospital donde él alegraba a los niños enfermos. Colorín estaba muy triste porque pensaba: «¿Quién va ahora a hacer reír a los niños?».

Un niño que estaba ingresado desde hacía tiempo en el hospital, y que se llamaba Óscar, se enteró de lo que había pasado, y tuvo una gran idea: llamó a todos los niños y niñas que estaban en el hospital, se disfrazaron todos de payasos, y fueron a su habitación a contarle chistes, a regalarle globos y a hacer malabares. Colorín se puso muy contento, y más cuando al día siguiente los médicos acudieron con la gran noticia de que había una nariz nueva para él, roja, grande y brillante.

A partir de ese momento, Colorín no volvió al circo y se dedicó siempre a sus niños y niñas del hospital, y fue llamado Colorín el de la nariz colorada. Y este cuento, más que ningún otro, debe acabar con las palabras: ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado!

Las 500 millas

Vicente Mártir Gallardo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitari i Politècnic La Fe de Valencia

En la ciudad de Valencia había una carrera de escarabajos moteros. Era muy difícil y peligrosa.

Se celebraba en verano, bajo un sol abrasador. Las temperaturas eran tan altas que podían llegar a los cincuenta grados.

Los escaraparticipantes se llamaban:

1. EscaraRossi.
2. EscaraMarc.
3. EscaraLoren.

Todos estaban dispuestos a ganar la carrera, pero solo uno podía ganar.

Los motores de los escaramoteros empezaron a rugir y la carrera empezó con tensión.

El calor era tan intenso que EscaraRossi empezó a sudar y su casco se llenó de sudor. Parecía que llevaba una pecera en lugar de un

casco. No podía respirar y EscaraMarc, justo en ese momento, le iba a adelantar.

EscaraRossi apoyó su pata en el asfalto y rápidamente la levantó, ya que el asfalto abrasaba. Y al levantar la pata del asfalto le dio una patada a EscaraMarc que se cayó al asfalto abrasador. ¡¡Parecía una barbacoa en toda regla!!

EscaraRossi se quedó pegado al asfalto y EscaraMarc, que estaba achicharrándose por el suelo, se enfadó con él.

Mientras tanto, EscaraLoren los miraba extrañado y pensaba:

«¡Se están pegando una comilona y a mí no me ha invitado nadie!».

Pasado un mes, EscaraRossi pudo explicarle a EscaraMarc y a EscaraLoren lo que había sucedido, y volvieron a ser amigos por muchas millas más.

La isla apestosa

María Rodríguez Giménez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Había una vez una isla llena de muchos y preciosos animales:

- Un león o dos.
- Una cebrá o dos.
- Un tigre o dos.
- Un oso o dos.
- Un elefante o dos.
- Una jirafa o dos.
- Un rinoceronte o dos.
- Un camello o dos.
- Un mono o dos...

Y todos aquellos que quieras meter.

Un día vino un malvado monstruo que los asustó mucho con sus fuertes rugidos. Todos los animales se escondieron por todos los escondites de la isla para que no los vieran.

Como tenían mucho miedo, pensaron que tenían que encontrar la forma de que el monstruo se fuera y los dejara vivir en paz en su preciosa isla.

¿Sabéis lo que decidieron? ¡Ja, ja!

Que todos, a la misma hora y en distintos puntos de la isla, se tirarían un gran y apestoso peo.

Y así lo hicieron. Y, claro, cuando el monstruo olió ese olor insoponible no tuvo más remedio que salir corriendo.

Todos los animales se quedaron tranquilos en su isla, pero decidieron que a partir de entonces la llamarían LA ISLA APESTOSA.

Meche y la oveja

Irene Criado Santalla

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Fundación de Alcorcón de Madrid

Había una vez una vaca que se llamaba Meche y vivía en el campo. Y un día vino una oveja que le pidió leche. Meche se la dio, y desde entonces la oveja venía todas las mañanas, hasta que un día la oveja se puso malita, vino el médico y le dijo que no tomara tanta leche.

Entonces, la vaca se puso a hacer el pino y se mareó. Por la tarde, de repente, en vez de leche le empezó a salir yogur, y fue corriendo a decírselo a la oveja.

Entonces, la oveja le dijo que si podía probarlo. Meche le dijo que sí, y al probarlo la oveja se curó.

Meche se alegró mucho y fueron felices y comieron perdices.

FIN

GANADOR CATEGORÍA B

Agustina y la rima

Amanda Andrieu Cercadillo

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Había una vez una niña que se llamaba Agustina. Agustina era una niña muy peculiar, dado que, cada vez que hablaba, rimaba todo lo que decía. Su mejor amigo era un niño llamado Gabriel. Un día, Agustina iba andando y se encontró con Gabriel.

—¡Hola, Agustina!

—Hola, Gabriel, que te gusta la miel con papel y un pincel.

—¿Qué tal? —preguntó Gabriel.

—Muy bien con OKAL. ¿Y tú? —dijo Agustina.

—Genial —contestó Gabriel.

—Bueno, Gabriel, me voy, corcel —dijo Agustina, despidiéndose con la mano.

—Adiós, Agustina —dijo mientras se iba.

Agustina se fue a su casa. Allí estaba su madre.

—Hola, Agustina —dijo su madre, dándole un abrazo.

—Hola mamá, esto... —Agustina se preocupó mucho porque nunca se había quedado en blanco con las rimas.

—¿Estás bien, Agustina? —dijo su madre, preocupada.

—Sí. Creo que me voy a dormir.

Agustina subió a su habitación y se acostó en su cama. Cuando se levantó, miró su despertador y vio que eran las cinco y treinta y tres minutos de la tarde. Bajó a pasear y se fue al centro comercial. Iba andando, pensando en sus cosas y se cayó en una fuente.

—¡Agustina! —gritó Gabriel, mientras iba corriendo a la fuente para ir a ayudarla.

Agustina salió de la fuente mientras él iba a por una toalla. Cuando Agustina se secó la ropa y el pelo, Gabriel y ella se fueron a un bar. Se sentaron en una mesa y escucharon las noticias de La Ser.

«Últimas noticias: ¡Una cabra se ha escapado del zoo! Y ahora... vamos con el tiempo...».

—¡Guau! ¡Se ha escapado una cabra! ¡Qué chulada!

—Vámonos de aquí. Estoy aburrida.

Gabriel y Agustina se fueron a un banco. De repente, Agustina notó algo en la espalda.

—¡Beee! —baló una cabra.

La cabra estaba comiéndole el pelo a Agustina.

—Agustina, no te muevas. Una cabra te está comiendo el pelo —dijo Gabriel—. ¿Qué le gusta a las cabras?

—El papel, la zanahorias, el césped... ¡Pero quítamela ya del pelo!

—dijo Agustina, medio llorando—. ¡No quiero quedarme calva!

Gabriel fue al supermercado y compró zanahorias y lechugas. Al instante vino, y Gabriel llevó la cabra a seguridad. Los dos salieron afuera, pero en seguida se dieron cuenta de que pasaba algo raro. El mundo se había vuelto blanco y negro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel asustado.

—No sé, tío. Pero es bastante raro que el mundo se haya vuelto blanco y negro. ¡Y nosotros! —decía, mientras se miraba las manos en gris y su pelo, babeado por una cabra, en blanco.

—Señora, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Gabriel a una señora.

—Alguien ha robado los colores.

—¿Quién? —dijo Agustina.

—Algunos lo conocen como R2. Es Robert Rinart. Está ahí —dijo la señora, señalando una torre muy alta llena de colores y rimas—. La única forma de devolver los colores es rimar y derrotarle rimando.

—Pues vamos. Yo no voy a perder mis superrimas por un tonto como ese —dijo Agustina, cogiendo de la mano a Gabriel y tirando de él con todas sus fuerzas.

Los dos niños subieron a la torre y se encontraron con una gran puerta de metal. Al lado había una llave.

—Hay que ser tonto para dejar una llave al lado de una puerta y, encima, por fuera —dijo Gabriel.

—¡Cállate, Gabriel! Ahora tenemos que conseguir abrir esta gran puerta —dijo Agustina, mirando a todos los sitios.

—¡Agustina! —dijo Gabriel (—¡Silencio! —susurró Agustina.). —Hay una llave justo ahí.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, Gabriel? ¡Qué despiste tienes!

—Pe...pero... —tartamudeo Gabriel.

—Venga, Gabriel, vamos a entrar —dijo Agustina, abriendo la puerta con la llave.

Cuando entraron, se encontraron con Robert Rimart.

—Hombre, ¿qué haces aquí, Agustina?

—¿Cómo sabes mi nombre, tío?

—Porque soy mago —dijo él mientras se reía.

—¡Tú lo que eres es tonto! Dame mis rimas y devuelve los colores —dijo Agustina.

—Pues sabes la única forma de devolver todo eso, ¿no?

—Claro que sí —contestó Agustina.

—Una batalla de rimas —bramaron los tres a la vez.

Hicieron la batalla y Agustina ganó. Todo el mundo volvió a la normalidad y Agustina volvió a rimar.

FIN

La historia de Rita Palomita

Ana Lagares Serrano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Érase una vez una niñita de ocho añitos llamada Rita Palomita. Siempre estaba sonriente y resplandeciente. Cualquier adulto que la viera no podía evitar sonreír. Aquella pequeña niñita alegraba a la ciudad. Aunque fueran días tristes, ella siempre sonreía. En el cole los niños no lo entendían.

—A lo mejor se ha blanqueado los dientes y quiere lucirlos —decían.

Pero a la pequeña Rita no le importaba lo que dijeran; ella nunca estaba triste ni enfadada. Ella siempre encontraba el lado positivo de las cosas. Los niños y niñas mucho le preguntaban, pues si había un truco para estar feliz, ellos también lo querían. Y lo intentaron, y lo intentaban, pero sus respuestas no entendían. Y la pequeña y adorable niñita de la sonrisita no conseguía explicar su felicidad de ninguna manera. Nadie sabía lo que le pasaba por aquella cabecita. Así pasaron los días, las semanas y los meses, y nadie la entendía.

Algunos niños, al no entender tal alegría, decían:

—Yo creo que se ha estirado la cara con cirugía y la boca se le ha quedado así.

—Pues yo creo que es una sonrisa postiza que se ha pegado con pegamento y no se la puede quitar.

Y le seguían preguntando, y seguían y seguían. Pero la pobre Rita dar explicaciones no podía.

Un día la ciudad estaba muy apagada, pocas eran las personas que sonreían, nadie sabía qué pasaba.

En el colegio lo mismo sucedía y, rápidamente, se dieron cuenta de que la pequeña Rita Palomita no había ido al cole aquel día. Una sola falta, nada cambiaba. «Se habrá puesto mala», pensaban. Pero la gente se preocupaba al pasar los días y las semanas, pues nadie sabía dónde se encontraba. Y fue entonces cuando admitieron que Rita no volvería.

La ciudad ya no era lo mismo sin la desaparecida. Todo seguía, pero ya nada apetecía. Los niños en el recreo ya nada hacían, se sentaban a esperar a que algún día volviera. Los adultos apenas sonreían. Todos echaban en falta a la pequeña Rita.

Empezaron a pasar los años, hasta que un día Rita Palomita apareció en su clase. La gente la reconoció al instante; a pesar de haber cambiado en los últimos años, su sonrisa no desaparecía. Traía algo en la mano. Era un sobre de color morado, nadie sabía lo que contenía. Rita, sin pensárselo dos veces, se subió a la tarima y empezó a decir:

—Durante todo este tiempo he estado pensando en vosotros, en las preguntas que me hicisteis y no supe contestar de forma que lo entenderais, pero ahora sí que lo sé. La verdadera respuesta a la felicidad es que no hay un motivo para sonreír, simplemente hay que sonreír por los demás, y, aunque no lo parezca, una sonrisa sin decir ni una palabra puede alegrar el día a alguien, ayudarle a seguir adelante.

Entonces Rita abrió el sobre que traía y le dio una sonrisa a cada uno de sus compañeros. Y, desde ese momento, la ciudad volvió a brillar como antes, con gente feliz por todas partes.

Hotel “El Hospital”

Paula Sinaí Martínez Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Luna y me han ingresado, de nuevo, en el *hotel* que utilizo para curarme: El Hospital.

Ubicado en pleno centro de la ciudad, dispone de todas las comodidades que uno pueda desear. Voy a explicaros como funciona este curioso *hotel*.

Al entrar al vestíbulo, no hay sofás cómodos, los recepcionistas no llevan pajarita y los clientes (pacientes) no sonríen ni están alegres, pero aun así ¡hay unas colas! Te entregan la pulsera del *todo incluido* para disfrutar más... —ejem...— *felizmente* de su estancia. En el *hotel*, aun así, todo el mundo quiere estar poco tiempo.

Posteriormente, te conducen a una acogedora sala de espera, provista de cómodas sillas que te dejan el trasero cuadrado, donde debes esperar a que te indiquen el lugar al que debes ir. Aparece entonces uno de los excelentes botones (¡celadores!) que te acompaña hasta tu habitación.

La habitación es amplia y luminosa, y dispone habitualmente de

dos camas, unas grandes ventanas con vistas magníficas y un baño que se adapta perfectamente a tus necesidades. No hay cortinas ni flores ni chocolates ni música. ¡Bueno, no se puede tener todo! No te entregan llave de la puerta, con lo que puede entrar quien quiera, aunque en realidad a nadie le apetece mucho entrar.

Dispones, de forma totalmente gratuita, de un pijama color azul (feo como él solo), esponjas y toallas que se repondrán cada día. ¡Apenas rascan!

Las deliciosas comidas son un placer para el paladar, además de sanas y nutritivas. Una de las empleadas te dará a elegir cada día el menú del día siguiente, a escoger entre tres platos, aunque nunca son pizzas ni tartas ni donuts.

El *hotel* dispone de un aula en el tercer piso para que los chicos y chicas en edad escolar puedan seguir sus estudios, una sala de ocio en cada planta; es eso, para estar ociosos —¡solo hay mesas y sillas!—, y una cafetería a disposición de todos: clientes y empleados. Sin embargo, no cuenta con piscina, spa ni solárium, así que al salir no estamos nada bronceados.

La habitación, como en todo buen hotel que se precie, la limpian, y la cama te la hacen (aunque no precisamente con sábanas de seda) un competente equipo de auxiliares y limpiadores.

Todo el personal es cercano y amable. En los bolsillos guardan jeringas y, en lugar de collares, llevan fonendoscopios. Pero, aparte de eso, tratarán de hacer su estancia lo más agradable posible.

Al salir, a pesar de todas las comodidades y atenciones, desearás no volver nunca a este *hotel*, aunque hay veces en las que no hay otra opción.

¡Sonríe, es mejor y más sano y, además, gratis!

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad

Nayara García Cárdenas

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Esta frase tan conocida, y tan repetida en nuestra cultura, más de una vez nos ha puesto en un aprieto.

Bueno, empezaré contando quién soy y por qué digo esto. Soy Yania, una chica de trece años, que hace siete tuvo una hermana pequeña a la que llamaron Laura a petición mía, ya que adoro la canción *Lady Laura* de Roberto Carlos. ¡Uppppps!, perdón, que me voy de tema. Laura, cuando éramos más pequeñas, era un lorito de repetición y, además, con dos añitos hablaba perfectamente claro y se la entendía claramente, lo que más de una vez nos puso en compromiso.

Un día, por ejemplo, montamos en el ascensor para subir a mi casa, que vivo en el piso diez, y se montó con nosotras una vecina ya mayor. La mujer, muy amable, coge del moflete a Laura, y le dice:

—¡Pero qué mona eres y que mayor estás ya, sin carrito de pasear!

A lo que mi hermana contesta:

—¡Y tú que vieja estás, que no puedes casi ni andar! Si quieres te dejo mi carrito, que yo ya soy mayor.

La cara de mi madre era un poema, y yo noté cómo me puse roja de vergüenza ajena. Menos mal que la vecina era mayor y, además de cojear, era también sorda.

Otro día, recuerdo que Laura tenía tres añitos, pues acababa de empezar el cole. Íbamos al mercado con mi madre, y mientras esperamos nuestro turno para ser atendidos, justo la señora de delante empieza a pedir una cosa y otra cosa y otra cosa... Y al cabo de un rato, Laura la sujeta del abrigo y le dice:

—¡No compre tanto, que no va a dejarnos nada y nos vamos a tener que ir a su casa a comer!

Nuevamente, la cara de mi madre, un poema, y el carnicero empezó a reírse, al igual que el resto de gente que estaba allí esperando para comprar. La verdad es que la mujer era una pesada y tardó un montón en hacer la compra, así que Laura se limitó a decir lo que todos pensábamos.

Otro aprieto que nos hizo pasar a mi padre y a mí fue un día en el ascensor con un vecino pesado que siempre tenía la costumbre de cogerla del carrillo, pellizcarlo y decirle:

—¡Qué maja!

Solo decía eso, pero, lo hacía una y otra vez, daba igual si la veía una vez o cincuenta en el mismo día, que siempre se lo hacía. Hasta que, una de las veces, Laura le pellizca en la pierna, que es donde ella le llegaba, y le dice:

—¡Qué pesado! Lo más gracioso es que puso voz de adulto ñoño cuando habla con un niño. Por suerte, el vecino se empezó a reír, y desde ese día saluda a mi hermana por su nombre y sin cogerla del carrillo.

Para vergüenza, la que pasamos en la residencia donde está la abuela de mi madre, es decir, nuestra bisabuela. Vamos un día de visita a verla y a pasar la mañana con ella, y todas las abuelitas de la residencia empiezan a darnos besos, pero no cualquiera beso, sino besos de esos que dan las abuelas, que te abrazan y te besuquean un montón de veces en la misma mejilla. Hasta que llega la señora Ana, se acerca a darme un beso y, acto seguido, se acerca a mi hermana. Ella le pone la mano en la tripa para frenar su trayectoria y le dice:

—¡Aquí huele a pedo y no he sido yo!

¡Qué bochorno nos hizo pasar! Mi madre se disculpó con la señora y, claro está, luego ya en el coche, de regreso a casa, riñó a Laura. Nos explicó que, como era mayor, tenía incontinencia y llevaba pañales como los niños, y mientras mi madre estaba toda seria regañándola, Laura dice:

—¡Sí, sí, si está claro que lleva pañales, pero yo te digo que se había hecho caca!

Mis padres no pudieron contenerse las ganas de reír, y empezamos todos a reír en el coche.

Podría contar mil anécdotas graciosas y comprometidas a causa de mi hermana, pero lo dejo para otro momento. Espero que hayáis disfrutado.

Un hospital divertido

Tarik Bohuabs

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Os voy a contar una historia en la que ocurren cosas divertidas.

Cada mes vengo al hospital para ponerme el tratamiento y, aunque no lo creáis, me gusta venir porque pasan cosas de risa. Hay muchas personas que vienen a visitarme: los doctores, los enfermeros, los payasos y las maestras.

Los primeros son unos señores que dicen que son doctores, pero yo no me lo creo porque hacen unas preguntas tontas como si hago caca, si he hecho pipí... ¡Vamos, como si estas fueran preguntas normales! Y, entonces, se marchan.

También vienen las maestras y traen portátiles que escriben solos. Si escribes 'to', te sale tonto, y si escribes 'hola' te sale adiós. ¡Esto es de locos!

Después, los payasos entran golpeándose con la pared y se creen que me hacen reír. ¡Qué payasos son!

Finalmente vienen las enfermeras con sus aparatos, y esos sí que nos hacen cosquillas.

¡Ah, se me olvidaba! Cuando entro al hospital me pegan una bomba y no puedo separarme de ella ni un momento, porque si no, empieza todo a pitar. ¡Eso sí que es divertido, porque todo el mundo empieza a correr!

Los exámenes para *ninja*

Jean Javier Ordoñez Quezada

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta historia se sitúa en un colegio especial, donde hacen exámenes para *ninja*. Son dos pruebas, y todos los examinados están muy impacientes...

Pichamaru (profesor): ¡NIÑOS! Se acabó la clase de *taiyucsu*, podéis dejar de pegaros.

Flora (alumna): Por fin, tengo la espalda cargada, voy a leer un libro.

Caguto (alumno): Flora es la chica más molona del mundo. Tiene que ser mía. Flora me regalas tu...

Flora: Como digas que te regale mi flor, te comes la sartén.

Pichamaru: Vale, ya he acabado contigo. Caguto, te toca hacer el examen.

Caguto: Por fin, ya era hora.

Pichamaru: Muy bien, tienes que hacer la multiplicación de cuerpos (*ninyucsu*).

Caguto: Okey, ya me he multiplicado.

Pichamaru: Esto no es una fotocopia de ti. Esto es un libro de sudoku. Tienes un cero patatero, por gracioso.

Caguto: Profe, ¿cuándo me dicen las notas?

Pichamaru: Ya te lo he dicho, un cero.

Caguto: Mieeeerda.

???? (persona extraña): Caguto, vas a morir.

Pichamaru: ¿Pero qué?

Caguto: ¿Pero yo qué te he hecho?

?????: El otro día me robaste una piruleta de menta.

Caguto: Es porque estaba hambriento y me puse en modo *Kyubi*.

?????: Muere...

Pichamaru: (La persona extraña le clavó un *kunay* en la espalda) ¡Ahhhhhhh! ¿Ves, Caguto, como no hay que robar? He parado el *kunay* con mi espalda.

Caguto: En realidad el *kunay* iba hacia este árbol, pero a los árboles también hay que salvarlos, que lo dimos en naturales.

Pichamaru: Maldito niño de las narices, por lo menos has aprendido la lección.

Caguto: ¿Qué lección?

Pichamaru: Mierda...

Al rato después, vencieron al malhechor y Caguto ganó el título de *ninja*.

Los exámenes para *chunin*.

Pichamaru: Muy bien, como todos habéis aprobado, tendréis que hacer un examen teórico. Así que, ¡preparaos para el examen de mañana!

EN EL DÍA DE MAÑANA

Examinador: Muy bien. Para tener la mente sana, tendréis que hacer un examen teórico, pero ¿por qué?, porque lo digo yo, ¿queréis pelea? Y tampoco quiero que me digáis la típica pregunta de ¿este examen nos servirá cuando seamos super *ninja*? Porque es que me lo como. Al principio tendréis un diez y se os irá restando por cada error. Al principio solo habrá nueve preguntas y cuando las terminéis, os diré la última. ¡EMPEZAD!

Caguto: Ya ha empezado el examen y ya tengo un diez, soy un máquina.

Saske: Profesor, tengo un problema.

Examinador: Espero que sea un problemón, porque no aceptaré preguntas tontas.

Saske: Problemón, este examen está en japonés.

Examinador: ¡Ahhhh, es verdad! ¿Alguien tiene también ese problema? ¿Todos? Vale, repartiré las copias en español. Cuando yo tenía vuestra edad, teníamos que aprender diez idiomas. Vale, como erais ciento sesenta personas y solo tengo ciento veinte, el resto... ¡quedáis suspendidos!!!

Se ha valorado mucho vuestra colaboración y... bla, bla, bla, y hasta el año que viene.

Saske: ¡Uff!, menos mal que me he hecho con uno de estos exámenes.

Caguto: Por fin, algo que se puede leer.

Saske: Primera pregunta: El *ninja* a sale de Torroja a unos 30 km por hora y el *ninja* b sale del país de la música a unos 65 km por hora. Al *ninja* a le castigaron por comer patatas fritas en la casa de su padre y al *ninja* b lo mataron por contradecir a Dios. ¿Cuántos kilómetros hacen? ¿De qué color es el oso? Justifica tu respuesta. ¿Qué?

Caguto: Mierda, la primera pregunta no la entiendo. ¿El nombre y la fecha, es que tengo que saberlo todo?

Saske: Segunda pregunta: Si dos piojos... ¡A la mierda, no me entero de nada, me tendré que copiar!

Sharinflan: Puedo copiar el movimiento que mi compañero hace. Mi mano se mueve sola. Pero, ¿qué?

Examinador: ¿Cómo? Haciendo garabatos en mi examen, te parece eso arte.

Saske: No, señor, ahora lo hago mejor. Pero ¿qué digo, si eso no es mío?

Examinador: Muy bien, como parece que ya habéis terminado las preguntas, diré la última pregunta. Si la contestáis mal, suspendéis, pero os podéis ir y tiraros por la ventana.

Después...

Examinador: Vale todos los que os quedáis aquí aprobáis.

FIN

La historia de Rigoberto II

Lucía Reyes Goñi

Unidad Educativa Hospitalaria Virgen del Camino de Pamplona

Érase una vez una niña llamada Laura que adoptó un lagarto, porque había tenido otro lagarto de pequeña y se le había muerto. También quería adoptar una cebra, pero no podía porque le daban alergia.

El primer lagarto que tuvo se llamaba Rigoberto I. Dormía con Laura todas las noches, también le chupaba los pies malolientes que tenía... Y, además... Rigoberto I era muy comilón. Le gustaba comer grillos socarrados, le gustaba comerse los lápices de Laura y, depende del color que era, el lápiz se convertía de ese color.

Siempre que Laura traía los exámenes a casa y sacaba ceros, le daba el examen y Rigoberto I se lo comía y eructaba letras minúsculas y números primos.

Un día, Rigoberto I se comió el cero más gordo de Laura, y le sentó mal. Se empezó a hinchar, se puso como una pelota y flotó hasta el techo, se reventó y cayó al suelo patas arriba, y murió.

Laura lloró, lloró y lloró. Laura lo enterró en una maceta y puso encima una cruz con su nombre: Rigoberto I.

Cuatro años después, Laura, viendo las fotos de cuando era pequeña en un álbum que le enseñó su madre, vio a Rigoberto I mordiendo la rueda del coche de su padre. A Laura le dio pena y tuvo una idea. Su idea era comprarse un lagarto por Internet. Le gustó un lagarto indio porque tenía la cara con forma de oreja y le resultaba gracioso. El lagarto costaba doscientos euros y era toda la paga de Laura de un año.

El lagarto vino en una caja con agujeros y una pegatina donde ponía: Frágil.

Cuando llegó el lagarto, los padres de Laura se asustaron por la cara de oreja que tenía. Fueron a la cocina y se subieron a la mesa. Laura les dijo que no pasaba nada, que era muy cariñoso y le gustaba meterse en zapatillas apestosas.

Laura se acordó de Rigoberto I, le cayeron tres lágrimas y decidió que el lagarto se llamaría Rigoberto II.

Una vez, Laura iba a darle de comer a Rigoberto II grillos vivos, pero uno se le escapó y no sabía dónde estaba. Cuando su madre la llamó a comer, se dio cuenta de que el grillo estaba en el plato de su madre, y lo tiraron por la ventana.

Rigoberto II se duchaba con Laura y se ponía su bañador de flores, y siempre le bailaba encima de los pies.

Rigoberto II se echó una novia en el barrio, una lagarta muy presumida. La lagarta puso cuarenta y ocho huevos. De los cuarenta y ocho, veinticuatro se fueron a casa de Rigoberto II y el resto con su madre, la lagarta.

Rigoberto II sigue vivo junto a su familia en un chalé y es feliz.

Romeo y Julieta... ¡Una historia appestosa!

Adrián Sánchez Felipe

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos familias enfrentadas, no por tierras ni posesiones, sino... ¡por un duelo de alta cocina!

La especialidad de la familia de Romeo eran las albóndigas caseras y la especialidad de la familia de Julieta, las morcillas de cebolla.

Un día, el rey le encargó a Romeo los ingredientes de las albóndigas caseras, y la reina, por otro lado, le encargó a Julieta los ingredientes de las morcillas con cebolla.

Sin esperarlo, Romeo y Julieta se encontraron en la tienda del tío Paco, el lugar donde se vendían los ingredientes secretos.

Allí se enamoraron perdidamente y celebraron por todo lo alto su amor con un gran festín de morcillas de cebolla y albóndigas caseras.

Después de aquello, Romeo y Julieta tenían un espantoso dolor de barriga, ¡y las ventosidades inundaron la habitación! No hubo más remedio que ir al hospital, ya que la parejita feliz tenía una indigestión!

Las familias enfrentadas acudieron al hospital a ver a sus hijos y, definitivamente, enterraron el tenedor de guerra y...

¡¡Colorín albondigado, esta morcilla se ha acabado!!

GANADOR CATEGORÍA C

La historia de Bender

María Carmona Hernández

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Bender y soy un chihuahua. Mis pasatiempos son buscarme la cola y olfatear traseros ajenos. Mido catorce centímetros y peso dos kilos con cien gramos. Vivo en casa con mi familia; bueno, mejor dicho, dejo que unos humanos habiten en mi casa, pero bajo mis normas, claro está.

Mi familia está compuesta por dos machos y dos hembras. El macho dominante soy yo, por supuesto (aunque también soy el más pequeño... pero bueno, dicen que las mejores esencias vienen en frascos pequeños). El macho más joven se llama Pepe, y lo tengo totalmente bajo control. Además, desde que le regalaron una máquina de ruedas a la que ellos llaman coche, no está mucho en casa. Un día, me quedé solo en casa con Pepe y unos amigos suyos. Decidí entrar a su habitáculo para explorar un poco y lo que vi allí me dejó estupefacto: había por lo menos tres gigantes (además de Pepe) con barba y melena larga, todos estaban riéndose, fumando algo (que hasta el momento es desconocido para mí) y escuchando música. Había un olor muy raro, y cuando salí de allí, me sentía mareado y confuso. Desde ese día no he vuelto a entrar en *la cueva de la confusión*.

El macho viejo (que debe tener por lo menos ocho años de perro) se llama Pepe también, pero en mi familia todos lo llaman papá. A papá le costó más, era el que llevaba los pantalones en casa, pero tras muchas batallas, ha sucumbido a mi poder. Recuerdo un día que yo estaba subido en mi sofá preferido, disfrutando de la tranquilidad, acurrucado en los mullidos cojines que fueran inventados por dioses, cuando papá se acercó a mí, y me levantó dispuesto a bajarme de mi sitio. «¡Cómo se atreve!», pensé. Y, naturalmente, le hice pagar por su osadía mordiendo su mano.

—¡Me cago en...! —exclamó papá.

Entonces se quitó la chancla (o como yo la llamo, *el zapato del diablo*) e intentó golpearme con ella. Mi astucia me permitió resguardarme bajo una mesa, por lo tanto no recibí casi ningún golpe. Después de este enfrentamiento, ha habido muchos más con el mismo resultado: yo corriendo como un poseso hacia un lugar seguro (pero en el fondo papá sabe quién manda...)

Además, después de estas bravas peleas, siempre viene a consolarme y darme cariñito María. María es la hembra cachorro de la familia, y también es mi humano favorito en todo el mundo. María es guapa y buena, y siempre tiene tiempo para jugar conmigo. María está enferma, porque está muy delgada y no quiere comer nada. En mi familia dicen que tiene algo llamado anorexia, y yo no sé qué significa eso exactamente, pero lo que sí sé es que se va a poner bien pronto, porque yo siempre la ayudo y me como toda la comida para darle buen ejemplo. Cuando María se va al colegio la echo mucho de menos, pero todos los días yo voy a su cuarto, deshago su cama y me restriego con su pijama. Cuando ella llega a casa y ve el panorama grita:

—¡Joder, Bender! ¿Otra vez? —Y sale corriendo detrás de mí; es un juegucito que tenemos ella y yo.

María me quiere y me respeta, tanto que incluso a veces me pone vestiditos y lazos (aunque yo sea un macho muy varonil).

Por último, está la hembra mayor, que se llama Nerea, pero se la conoce por el nombre de mamá. Mamá es buena también. Su misión en mi casa es alimentarme (y también al resto de mi familia), además de otras muchas labores que no voy a mencionar, porque no terminaría nunca. Un día, mientras mamá estaba haciendo la comida, me puso mi cuenco con pienso como todas las mañanas, pero ese día había algo diferente; había un exquisito olor por toda la casa. Yo sabía que mamá estaba cocinando algún tipo de manjar que pretendía ocultarme. Ante esta ofensa, decidí sentarme detrás de ella y mirarla fijamente para hacerle saber la maldad que estaba cometiendo. Finalmente, ante mi insistente mirada, cedió y me dio a probar el manjar que estaba cocinando. Que sabor, que textura, que delicia. Jamás en mi vida había probado semejante exquisitez. Ella lo llamó *borde de chuleta de cerdo*. Sin embargo, yo lo bauticé como *trozo de cielo bajado por los ángeles en bandeja de oro*.

Y esta es mi vida, mi casa y mi familia. Podrías llegar a pensar que desde el primer momento fui el líder que soy ahora, pero no. Me costó mucho trabajo (y muchas marcadas de territorio, ya me entendéis...) para llegar a ser el perro que soy hoy.

En realidad, soy un perrito muy afortunado. Tengo una buena casa, unos humanos que me quieren y obedecen (tanto que hasta recogen mi caca) y buena comida y agua todos los días. Además, puedo considerarme un perrito con suerte porque nunca he tenido lombrices.

Aquí me despido de vosotros lectores. Y recordar tratad bien a vuestras mascotas.

Relato basado en hechos reales.

Escapando de la cárcel blanca

Alba Parra González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Miré mis manos despellejadas por la quimio. Sí, hoy era el día, el día perfecto. Se podía oler en el ambiente de la habitación apestada de primeran. Exacto, queridos lectores, hoy era el día de la fuga, la escapada hacia la ansiada libertad. Aproveché el momento justo en el que la enfermera acudía con un carrito a curarme el hickman y mi madre había salido a tomarse una caña, para huir de esta situación desesperante en la que los días parecían no tener fin. A lo que iba. Con una estrategia medida, le pedí una toalla a la enfermera y, en el momento que entró en el baño, cerré la puerta y la trabé con el gotero (bombas incluidas). Confieso que me dio un poco de pena encerrarla, pero al instante recordé cuando me ponía el polaramine para las náuseas, que tanto sueño me daba.

Inmediatamente, le quité el freno a la cama y salí echando patas con carrito añadido. Mi primera parada (un alma caritativa como la mía tenía pensado rescatar a todos los adolescentes de hematología y oncología posibles) fue la habitación de al lado. Varias veces había oído cantar a una chica temas de Meghan Trainor. No lo hacía mal, la verdad, aunque a veces se trababa. No me extraña. La estúpida rubia

inglesa canta más rápido que lo que conduce un adolescente borracho un Ferrari por la autopista. Una muestra de mi innata simpatía (ya me iréis conociendo) son las críticas amables y sutiles a las divas del pop.

Abrí la puerta del cuarto de la joven cantante, la cual estaba como imaginaba: cantando *Lips are moving*. Lo mejor de todo fue su abuelo roncando a volumen —*noleacerquesunsonómetroquerevientaelsonómetroelhospital*—, fue uno de los momentos cumbres en la historia de mis partidas de risa.

—Oye, tú, ¿te vienes a cantar a la foca rubia al exterior?

—*I might be young, but ain't stupid, go away of this heeeeeell...** —me respondió.

—¡*Very good!!* «Anda, tira», pensé.

Y se subió a mi cama con su gotero por detrás. (Los goteros pueden ser un arma letal, como pudisteis comprobar al principio de esta historia).

—Me llamo Puri.

—Yo Clara —Nos presentamos sin besos ni estrechamiento de mano.

—¿Conoces a algún adolescente cercano que necesite nuestra ayuda? —Pilar me habló de uno, dos celdas más adelante.

Continuamos arrastrándonos por el vacío pasillo. Al abrir la puerta, descubrimos a otro compañero con la odiosa bandeja de la comida en su mesa y una imitación de Animals Maroon 5 procedente de la ducha, de lo que parecía su padre. Os puedo asegurar con total certeza que dicho adulto no compartía árbol genealógico con Meghan Trainor junior.

—Ven con nosotras, si no quieres que tu lengua se suicide al igual que tus oídos —le sugerí.

—¡Mi salvación! —exclamó Juan.

—Sí, sí... pero dejemos a un lado las cosas obvias y vámonos cagando leches.

—Voy.

—Eh, eh... Aquí las armas no se desaprovechan, coge la bandeja de la comida, la necesitaremos.

—Tú eres una experta, ¿verdad?

—¿Qué te pensabas? ¿Que me iba a fugar sin conocer cada extremo de este mundillo?

Clara me recomendó que lo dejara. —Es tonto —susurró, para que él no se enterase.

—¿Quién nos toca? —pregunté.

—Yo, cuando ingresé coincidí con un *gamer*,... muy friki...—dijo Juan.

—Vas a morir... —eso fue lo primero que oímos de Ismael; linfoma.

—El que muera serás tú, si no nos acompañas —Esta Clara tan simpática como siempre.

—¿A qué venís?

—A llevarte a tu casa, donde puedes enchufar la consola y no limitarte al ordenador —Yo, mostrándole lo que de verdad le interesa.

—¡Oh, mis dioses!

—Diosas, la mayoría no poseemos pene —justicia sexual por mi parte—. Bueno, Ismael, Clara y Juan, nos queda una penúltima parada.

—¿Piensa? —me preguntó Clara.

—Bastante —le contesté.

—En ese caso no sé quién es.

—Chicos, preparad las bandejas de comida, las necesitaremos para cruzar enfermería —Yo, dándomelas de líder, ¡que bonita que soy!

Pegamos un gran acelerón y doblamos la esquina mientras los chicos lanzaban los platos al servicio sanitario: enfermeras esquivando tapas de bandejas para no tragárselas; auxiliares escurriéndose el pelo para librarse inútilmente de la insípida sopa; mi más odiado enfermero se atragantó con un rebozado de pescado; a otro le salió un chichón más largo que la cola del paro, pues una bandeja eclosionó contra él...

No pude disfrutar más. En realidad, lo pasé mal por una maceta de papel inocentemente mojada por el caldo.

—Corramos a por ella.

Sin ya armas alimentarias, fuimos a por una más.

—*I never wanted to go, I never wanted anymore* —la gloriosa voz de Miriam.

—¡¡Si decido quedarme!! —A ver, si escuchas algo de la banda sonora de esta película, siendo Clara o yo, chillar es quedarse muuuuuuuy corta.

—¿Hola? —Ahí estaba ella ante la sorpresa.

—Estamos escapándonos, ¡vente!

—Gracias al cielo, Birdy en mi casa.

—Cada vez me caes mejor —Mi amorío incesante—, nos queda el inconsciente.

—Jose —nombraron al unísono.

—¿Lo conocéis todos?

—Consiguió sacar de quicio a Melli, con lo maja que es —Clara.

—Babea con una foto que le sacó a Patricia de AFACMUR —Ismael.

—Se puso a ver porno mientras Mariluz escuchaba sus pulmones —Miriam.

—Le tiró un estuche a José Blas —Juan.

—Bueno, eso no es tan malo... Yo le di con el libro de biología —Me miraron flipando en colores y sus derivados transparentes—. ¡¿Qué?! ¡Cuestionó lo muy amor que soy!

—Ahhhh, muy comprensible —Miriam la birdier.

—Soy un amor.

—Que síiiii, lo admitieron porque lo soy, y porque nadie se atrevió a contradecirme.

—Ahora que lo he escuchado, podemos ir por el guarreras *number one of the hospital*.

—Y bufón, que en una revisión me reí de la hostia que se dio contra una silla en la sala de espera —¡Ay, Miri! ¡Qué maja!

—Vale, vale, las risas cuando salgamos —Hay que reconocer la gracia cuando está presente.

Abrimos la puerta de la habitación de Jose, que nos miró con ojos obscenos.

—Jose, cacho guarro! —La empollona de Miri estaba ganando su territorio dominante, la vi como próxima domadora de este desecho social, la necesitaríamos.

—¿Libertad? Hecho, yo voy a donde esté mi caniche y Vanesa Romero.

—Pero antes de salir, lávate las manos —No querría que me pegara el sida.

—No problem, ¿veis? Si es que soy bilingüe y to'.

—Perdona, pero José Blas lo controla más que tú, mentiroso —le espetó Clara.

—Sí, la hostia, yo soy un pro.

—Un pro tocándote la flauta y estampándote contra el suelo —dijo Isma, que también tiene su gracia.

—También, también, soy un tío muy caritático.

—Carismático, anda vámonos —Yo lo corrijo TODO.

—¡A mí no me corrijas!

—Pues te quedas.

—Corrige, corrige.

Imaginaos un interminable pasillo con seis adolescentes y sus respectivas bombas a una velocidad supersónica. Fue como la feria que, por cierto, apenas catamos.

Nos cruzamos con las de la comida, las atropellamos a todas, equi-

paje incluido. Como notamos que nunca habían probado lo que nos servían, vomitaron más que nosotr@s con la quimio. Fue muy bonito, nos emocionamos. Una escupió ruedas que salieron rodando hasta un grupo de residentes.

Bajar las escaleras fue como una montaña rusa, atropellamos al hematólogo rubio que tanto odiamos algun@s. Solo salió herido él, nosotros, como rosas.

Del impulso que cogimos en las escaleras, medio hospital acabó por los suelos, incluido el cruasán de la cirujana que estaba saliendo de la cafetería.

—Jose, suelta eso, guarro, que ha estado en el suelo —le exigió Miriam, y le apartó el dulce que él gustoso mordía como Homer Simpson sus rosquillas.

—¿Pe’o qué haces? ¡Qué te’gohamb’e pijo ya! —se quejó él, aún con un pedazo en la boca—. Que tengo el intestino harto de la mierda bandejas que me dan: la carne la sacarán de las autopsias y la pasarán por la plancha, la sopa fijo que la cogen de las sondas que utilizan los viejos pa’ mear, te juro que un día vi a uno rebuscando en la basura del restaurante chino de la esquina (nuestro proveedor de hortalizas) y el tomate es la sangre tras ser analizada... te lo digo yo que llevo aquí más telediaros que to’os vosotros juntos, soy el Albert Espinosa de este hospital. ¡Me merezco sumisión! Clara, besa a tu señor.

—¡Anda y que te den!

—Déjalo Jose, si es que tienes madera de líder... —le recomendó Isma—, y de guarro consumado!!!

—¿Queréis dejar de hablar que nos la vamos a pegar?! —Se creen que puedo conducir una cama que ha sobrevivido a ** guerras mun-

diales, 5365 heridos de combate, 3746 tuberculosis, 2893 cánceres, 357 leucemias y otros 249 linfomas yo sola; deliran más que el freno que lleva esto.

—Pero si el objetivo es aplastar a todo aquel que no se aparte, y esos un muro no son, sino una guardia jurado y demás personas —Juan, devolviéndome la cordura.

—Ay, perdón, perdón, me estaba volviendo la humanidad.

Finalmente, logramos atropellar a todo quisqui y salir victoriosos por la puerta, sin muertes (nosotros estábamos vivos y, si las decenas de humanos a los que habíamos atropellado no lo estaban, ¡no era nuestra culpa!).

Lo siguiente que vimos fue un montón de banderas catalanas inundando las calles, y no, no era una manifestación, era Mas, acompañado por tanques, conquistando la ciudad.

De inmediato, cogí mi smartphone para llamar a una amiga.

—¡Ana! ¿Qué narices es esto? Ayer, cuando te telefoneé para contarte mi plan, no me dijiste que nos había conquistado Cataluña.

—¿Y yo que iba a saber? Si entre mi casa y la escuela camino mirando al suelo, y ya sabes que solo piso la calle para eso, y el suelo no tiene nacionalidad, el suelo es suelo.

Colgué y me quedé mirando a una adolescente haciendo *twerking* en la acera.

—Parece que hemos estado encerrad@s de más y las cosas han cambiado —contempló Ismael.

—Pero ¿la Vanesa sigue estando igual de buena, no? —apostilló Jose.

EL relato de Dorian Luis

Luis Sauquillo Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

«Esta increíble historia comenzó en un día normal, para qué vamos a engañarnos.

Había pájaros en el cielo, como cualquier otro día; buzos en el mar, como cualquier otro día; y como cualquier otro día, Daniel contemplaba todo este espectáculo desde el balcón de su piso (menos a los buzos, que estaban en el mar, ya que no disponía de una casa subacuática).

Había edificios normales en la ciudad normal de Mehartoafrijoles, México, en la que vivía nuestro protagonista, y sus habitantes, que también eran normales, eran además muy joviales y cariñosos.

Daniel Fernando Fernández de Danieles (treinta y pico, nacido en Amolasenchiladas, México, actualmente en paro, pelo negro, ojos azules y constitución normal, residía en Mehartoafrijoles con su hermana) vivía en un piso compartido, en la planta dieciséis de su edificio, que daba vistas a los hoteles que se situaban alrededor del centro de la ciudad.

Daniel miró el despertador. Eran las nueve, iba a despertar a su compañero de piso. Salió del balcón, y atravesando el salón llegó a la habitación de Iván, su compañero, cuya nacionalidad averiguareis diciéndoos que se pasaba el día durmiendo la siesta (que alargaba desde las tres de la tarde hasta las cuatro de la tarde del día siguiente), que no tenía trabajo y que le encantaba aplanarse en el sofá a ver telenovelas mexicanas (especialmente *La rosita de Guadalupe*) y a jugar al Call of Duty y al Minecraft. Efectivamente, era español de pura cepa y, además, un niño rata de cuarenta añazos.

Todo parecía que iba a transcurrir con normalidad aquel día, pero, de repente, aparecieron unos monos radioactivos del espacio que, armados con pistolas láser, comenzaron a disparar a los habitantes de la ciudad y a transformarlos en zombis-plátanos radioactivos. Solo Daniel Fernando Fernández de Danieles sabía como derrotarlos, así que se armó de valor y...».

Luis arrancó el folio a medio redactar de su máquina de escribir y lo convirtió en una bola arrugada con la mano. Colocó las manos en posición de tirar a canasta y encestó la bola en la papelera de su habitación, donde yacían otros muchos folios arrugados.

Dio un rodillazo a su escritorio (haciéndose mucho daño) y pegó un grito desesperante y agónico; se había pasado seis horas seguidas intentando escribir un relato de humor que debía entregar al día siguiente y siempre que parecía que ya lo tenía delante de sus ojos, escribía algo pésimo sobre robots *ninja* o sobre monos radioactivos que vienen del espacio.

Empezó a darse cabezazos en la mesa y a gemir por cada golpe, cuando su madre entró en la habitación y dijo:

—¿Qué estás haciendo con la puerta cerrada y lanzando gemidos: no te estarás...?

—No, mamá, simplemente es que quiero hacer un maldito relato y no me viene la inspiración.

—Está bien, te dejaré solo —dijo su madre, saliendo de la habitación. Y volviendo otra vez a abrir la puerta añadió: —Pajillas no, ¿vale?

—¡Ay, mamá, no digas esa palabra! —exclamó, lanzándole un cojín para que se callase.

Luis volvió a quedarse solo en su habitación, y, de repente, se le ocurrió un plan. Primero, iba a ir a la cocina a comerse unas chocolatinas. Después, iba a mentalizarse escuchando música épica de Two Steps From Hell. Luego, iba a ir a vomitar al servicio por haber comido tantas chocolatinas. Y, luego, tomaría de nuevo su máquina de escribir y elaborararía el mejor relato de humor de la historia!

Todo fue bien hasta llegar al último paso, en el que se quedó atascado nuevamente.

Abrió su portátil y se metió en *Yahoo respuestas* para encontrar temas sobre los que hacer su relato, pero no encontró más que basura que escribían los panchitos. Le dio un voto de confianza a la página presentando su problema, y lo único que le contestaron fue: «Pa que kieres hacer un relato de humor, jaja, saludos!»». Así que decidió meterse en *Yahoo respuestas España*, donde encontró más basura aún que en la de Latinoamérica.

Optó por meterse en Skype y pedirle a alguno de sus amigos que le ayudara con su relato. Abrió el chat de Chiqui, uno de sus mejores amigos, que tenía siempre ideas brillantes para todo. Chiqui estaba

jugando al Hello Kitty *on-line* en aquel momento, pero no vaciló en darle un par de consejos para su relato:

›Pon drogas, putas, y barcos —skypeó Chiqui por el chat—. ¿Sabes qué? Déjate el humor y céntrate en las putas y en los barcos.

›¿Tienes pensado ayudarme de verdad? —skypeó Luis.

›Vale, vale, era broma —tecleó Chiqui por el chat—. Si quieres te paso una página donde te enseñan a escribir relatos.

Esas palabras lograron hacer que Luis se emocionase y tuviera esperanza por unos instantes. Sin embargo, cuando abrió el enlace que le había mandado su amigo, solo vio a mujeres desnudas y muchas, muchas fotos de pies.

›Tienes unos gustos muy raros, Chiki —comentó Luis.

›Ups, enlace equivocado —corrigió Chiqui.

Una vez se metió en la página correcta. Luis comenzó a leer unos cuantos relatos de humor cuyos títulos le sonaban de algo y no sabía de qué. Empezó leyendo *El señor de los ajillos*, escrito por un tal Xxx_noscoper_xxX, pero decidió dejar de hacerlo cuando Frido Mochilón se aventuró a recorrer el bosque pasando por el tenebroso camino de *El atajo de la pata pa bajo*.

Sin embargo, sí que leyó íntegramente *Los juegos del gusanillo de después de cenar*, de un tal @Cuate1345, y una clara parodia de *Divergente* llamada Detergente, la cual le gustó más que el libro original.

Uno de los blogs de la página daba unos cuantos consejos para captar la inspiración a la hora de escribir un relato, y el primero de ellos era salir a la calle a dar un pequeño paseo y fijarse en las cosas que pasan a tu alrededor para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Al salir de la casa, Luis observó carteles en todas partes y pancartas por las paredes sobre las elecciones generales y cayó en la cuenta de lo pésimos que eran los candidatos de ese año. Se le ocurrió una idea, y era que podía hacer su relato sobre lo mal que va España, seguro que eso le gustaría a todo el mundo.

Volvió a entrar a su casa y le preguntó muy interesado a su padre cómo iba España:

—Muy fácil hijo, lo mal que va este país se puede observar cuando vas a los bancos, te f@#llan todo el ano recto sin vaselina ni nada y te cobran unas cantidades bestiales de dinero para quedárselo todo ellos —le dijo muy cabreado su padre—. ¿Alguna pregunta más?

Luis se dio cuenta de que ese tema no era gracioso, sino deprimente. Casi prefería hablar sobre barcos y putas, como le había aconsejado Chiqui, que sobre la crisis económica. Se echó a llorar desconsoladamente, lo había probado todo y ni siquiera tenía un tema preparado sobre el que hacer su relato. Las había pasado canutas intentando escribirlo y estaba a punto de rendirse. En ese momento, Luis tuvo una revelación, y es que, ¡ya lo tenía! Iba a escribir su relato sobre él mismo y narrar todas las peripecias que tuvo que sufrir para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Cogió de nuevo su máquina de escribir, y, esta vez sí, se dispuso a escribir el mejor y más sufrido relato de humor del mundo, pero antes, echaría un ojo a la página esa de pies de Chiqui.

Calambur

Laura Cecilia Hernández Bellón

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Observaba sus manos con una especie de admiración, manos delgadas y gráciles. Se movían por sí solas sobre las teclas del piano y pulsaban, traviesas, todas las teclas del ascensor, parando en cada piso. Esbozaban una sonrisa esquiva en cada abertura de las puertas metálicas (casualidad o suerte que nunca hubiese un botones en la cabina). Y las manos, después, estallaban en risa.

El piano seguía sonando, cantarín, canalizando las notas como si fuese un sistema de riego que llevase a las acequias. Le florecían girasoles en las manos y un matojo de yedra en la cabeza. Los dedos corrían, veloces, por la barandilla de hierro que había a la salida de Correos; emprendían carreras. Estaban ebrias de arte en las yemas de los dedos.

«¡Dong, dong!», los ascensores se abrían y su palma se escondía, la vuelta dada tras la espalda. Sudorosas, sofocadas, divertidas y a la vez con la tristeza de no haber encontrado a un incauto que subiese al ascensor y las admirase. Porque eran manos dignas de admirar. Con su piel blanca casi transparente, las venas azuladas y los lunares

que ubicaban constelaciones en los nudillos; unos con otros, a veces rojos, a veces morados, pero siempre sobresalientes como colinas en la piel tersa que formaba el tejido de su extremidad perfecta. Melancolía en las líneas de la palma escondida. El dorso miraba orgulloso su cuerpo y sonreía por dentro.

Precioso era cuando llovía y el agua se escurría por el pulgar, en forma de gotas uniformes, como si fuesen lágrimas y las derramase despacito; cuentagotas en su cuerpo. El dedo corazón era el más obscuro y siempre miraba al centro (en él no nacían estaciones). El resto de dedos eran curiosos, tímidos a su manera: se perdían en los confines de la piel, corrían por barandillas y jugaban como niños a parar ascensores.

¡Qué bonito es tener la mano de un crío y una primavera en la cabeza! Con la metáfora de una mano acabo de describir una infancia, y fíjese por dónde, me es indiferente; los girasoles ya no florecen más aunque salga el sol y los caracoles no hacen carreras por las falanges. Pero, aun así, la mano ríe. Los caracoles también, porque les hace gracia su inexistente existencial.

Calambur entre los pliegues de los dedos.

Clausuremos este día

Sara Gutiérrez Hernández

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

–¡Bon día, amor!

Me tapo los oídos, coloco la almohada a modo de antifaz y me convierto en un rollito de sábanas. «Todavía no».

–¡Tú, levanta! ¡Que llegamos tarde!

«Qué pesada es, con lo a gusto que estoy».

–¡Tía, va!

«Aguanta un poco más, ya se irá».

–Tienes el desayuno en la mesa.

Me activo y me levanto de un salto, impulsada por un muelle llamado gocheo. Llego a la cocina y retrocedo a la cama corriendo, arrastrando la manta que llevo a modo de capa.

La pesada regresa de nuevo. Aplasto mi cara contra la almohada.

«Quiero dormir», intento vocalizar.

—Me has mentido —emito un gemido a modo de queja.

—Es que solo funcionas con comida.

Abro los ojos y veo su posición en jarra, típica cuando está cansada de mí.

—Es que es el amor de mi vida —replico.

Ella pone los ojos en blanco. Me pongo alerta ante ese gesto.

—¡Vamos a llegar tarde!

Su grito me hace temblar, aunque tal vez sea el frío, pero sigue dando miedo. Le hago caso porque lo próximo que hará será no dirigirme la mirada y ni mi calentita cama compensaría esa tortura.

—¡Eres una plasta! —le suelto, mientras lanzo una almohada turbo en dirección a su cabeza. La esquivo muy hábilmente.

—Le dijo la sartén al cazo —Y sonrío.

—Hazme el desayuno —suplico.

—No —sentencia. Y se va tarareando una canción horrible. Era de esperar.

Después de ponerme los tejanos verdes, los grises, los vaqueros y decidir que al final ninguno, salí de casa en busca de Birdy con un vestido liso azul que reflejaba mis ganas de agua, verano y campamento. Y allí es donde llegaba tarde, a la reunión. La esperada acampada que ni mi sueño ni mi indecisión me va a arrebatar.

—¡Birdy! «Maldita sea, qué rápido anda».

Corro y corro, y solo cuando oigo a unos chicos silbar descaradamente, me percató de que llevo vestido y que probablemente no ha

sido buena idea la carrera. Me río de mí misma y se lo cuento a Birdy, cuando por fin la alcanzo.

—Es que vas volando, Bird —bromeo.

—No te metas con mi nombre, no tengo la culpa de ser hija de unos hippies —Intenta sonar molesta, pero sé que le gusta. La conozco bien, es mi mejor amiga, desde siempre: nos limpiábamos los mocos juntas.

—Yo lo agradezco, ya sé a quién acudir cuando quiero un buen colcón. A mi madre le encanta la plantación de tu padre, suerte que no sabe qué planta cultiva —Creo que no puedo reír más en menos tiempo.

Andamos en silencio, agarradas de la mano, y luego a un kilómetro de distancia, porque sudábamos. Nos comunicamos por miradas, sonrisas, muecas y años y años siendo compañeras. Cuando nos mudamos al piso juntas, supe que lo nuestro sería para siempre, porque solo ella aguantaría despertarme cada mañana.

No me entero de la reunión, pero me sé cada centímetro del que será mi nuevo objetivo de este verano. Un chico moreno de ojos verdes. Sonrisa embaucadora.

—¡Eh, trezizis! Sintoniza a la tierra —me susurra mi salvadora.

—No me pongas mote— me quejo.

—Tú me llamas pájaro, así que estoy autorizada —contraataca.

—Touché —Y vuelvo a mirarlo.

—Se llama Godofredo —lo dice tan seria que la creo y hago un gesto de vomitar que me hace parecer muy mala persona, pero a ella le hace gracia.

—Se llama Bob, pero es igual de horrible.

—Mi Bobby.

—No vuelvas a decir eso o te hago el vacío.

Sonrío.

—Mi Bobby.

—Qué poco te importa quedarte sin amigos —Me da la espalda y se larga.

—¡MI BOBBY! —grito, antes de ser consciente de lo que he hecho. Salgo corriendo en un intento de esconderme que acaba en caída de concurso y mil miradas clavadas en mí y en mi estupidez. Me arde la cara de vergüenza y las risas revientan mis oídos. Bobby, o sea, Bob, me está mirando con una ceja levantada que le da un toque muy seductor. «Deja de mirarle», me digo. Pero es que, es tan guapo. Una mano tira de mí para levantarme y me arrastra mientras me resbalo con mi propia baba.

—Siempre se lo carga todo —Birdy me regaña de nuevo.

—Creo que este verano tampoco ligo —lo digo de broma, pero creo que me duele.

Tras regresar a nuestra bastante desordenada morada, recoger las tiendas y los sacos y volver, de nuevo tarde, a reunirnos con el grupo, ya había recobrado mi orgullo y el torpe espectáculo que ofrecí hace unas horas era un recuerdo que le había sucedido a otra Eustaquia. Sí, me llamo así, mis padres se colocaban más que los de Birdy, parece ser. Me llaman Eu. Nunca digo mi nombre completo, ya recibo burlas por Eu. «Eo, eo», se ríen. «Eu», les recuerdo. Se les escapa la gracia.

Y así comienza otro verano al lado de mi mejor amiga y de toda esta gente, en especial Bob, que les gusta el campo casi tanto como a mí.

—¡Aaaaaaaah! —Un grupo de chicas gritan alocadas mientras una libélula vuela, tranquila, a su alrededor.

«Ridículo», me susurro.

Tengo el pelo descolocado y un calor sofocante. Me encanta la sensación de humedad que transmite el río junto al que caminamos. Somos un grupo numeroso, más de veinte personas caminando por medio de un bosque. Parecemos fuera de lugar, intrusos en la naturaleza. Aun así, los pájaros nos ofrecen un concierto como bienvenida que han callado esas chicas con sus gritos. La diversidad de olores forestales embriaga nuestros sentidos. Es una sensación única.

—Birdy —la llamo—. ¿Tú no cantas?

—Que te den, tía —Me empiezo a reír de mi propia broma—. ¿Y tú te haces llamar mi amiga?

Admito que soy un desastre de amiga, pero meterme con ella no es sino otro modo de demostrar mi cariño y confianza, y sé que ella lo sabe.

—Siempre a la góndola, Eu —comenta una compañera que camina a nuestro lado.

—Halagándola, idiota —El agradecimiento de Birdy es desternillante.

El camping en el que acampamos está vacío, y no es de extrañar; tenemos un prado lleno de vacas rumiando y creando un hedor de llorar. Sus cencerros callan al río, a los pájaros y a mis pensamientos

positivos. Diviso un toro. Es como ver al diablo entre ángeles blancos y bien alimentados.

—¿Qué narices? —Tal blasfemia en la voz de Bob es un deleite en mis oídos. Me giro y le sonrío.

—¿Qué divertido, eh? —No sé de dónde he sacado la valentía para dirigirme a esos preciosos ojos verdes sin que me falle la voz o las piernas.

— Muchísimo vaya —suspira. Hay treinta y tres grados y mis pelos están de punta.

—Encantado, soy Bob, tu Bobby. ¿Eres Eustaquia, no? —Sonríe y sé que por dentro está riéndose de mí.

—Eu, sí. Lo mismo digo. ¿Te gustan las vacas? —¿Y esa pregunta? Si hubiera hecho una lista de temas de conversación, ese estaría rodeado con bolígrafo rojo y destacado con NUNCA SACAR. Pero como soy una rebelde, lo he preguntado.

—En realidad, no mucho. Me resultan molestas, y eso que soy vegetariano.

Apenas proceso lo que me ha dicho cuando respondo:

—Yo me comería a ese toro —Cuando soy consciente, me ruborizo. Él me mira sorprendido. No puedo ser más estúpida.

—Me refiero a que es precioso, o sea, sí, que... — titubeo. Estoy quedando excesivamente mal. Él se ríe y mis colores faciales aumentan.

—Eres graciosa —dice. Entonces, me sonrío y se va. ¿Me ha dicho eso de verdad?

Nos agitamos de un lado para otro montando tiendas, recogiendo ramas y haciéndonos un hueco entre la maleza que nos rodea. Es por la noche cuando todos hemos terminado y los estómagos están rugiendo. Estoy saboreando en mis papilas el pollo que asaremos esta noche. Hemos tenido la brillante idea de bajar al pueblo antes de venir y comprar dos sabrosas aves que disfrutaré como nadie. Después de estar toda la tarde preparando el campamento, tengo un hambre atroz y un cansancio de anciana. Me acerco al círculo formado alrededor de la hoguera para ver cómo giran los pollos y cómo se quema su piel. Me derrito de deseo.

—¿Qué?! —exclamo. Voy a llorar.

—Sí, Eu, están podridos —me repite.

—¿Qué inteligentes, eh? —añade una chica que no conozco, pero que me cae mal porque tengo hambre.

—¿Cómo hemos comprado dos pollos podridos? No uno, encima los dos. ¿Somos idiotas? ¿Qué comemos ahora? —Estoy enfadada y asustada. Somos veinte personas sin comida en medio de la nada. En las películas esto acaba en canibalismo.

—Es el karma por comer seres vivos —bromea Bob.

Puede ser todo lo guapo que sea, pero casi le grito por bromear en un momento tan crítico. Mi mente echa humo y estoy casi segura de que mi nariz también.

—Tengo una lata de sardinas —añade un chico. Mi estómago da un vuelco. Decido que ese chico es mi nueva religión.

—Sí, claro, media sardina para cada uno. No comáis tanto, a ver si explotáis —Chica sarcástica, tiene razón.

—¿No hay setas por aquí? —pregunto. Parece que soy la única que piensa.

—Estamos en verano, no ha llovido desde abril. Si quieres buscar setas, mucha suerte —Zas. Puede que no piense tanto como me creo.

—¿Pescar en el río? —Me alegra saber que no soy la única que propone.

—Creo que no sois muy observadores, pero el río no lleva apenas agua, no hay peces que podamos pescar.

De repente todos empiezan a gritar y a decir sinsentidos e incoherencias a las que ni atiendo. Me siento en el suelo y se me congela, pero estoy tan cansada que no puedo ni levantarme. No sé cuándo terminan de discutir porque me dirijo a mi tienda y me acomodo en mi saco a intentar olvidarme de este pésimo día.

Sueño con mi conejo, aquel que creí que se escapó de mi casa y hace un par de años me enteré que fue mi comida de Navidad; y con aquel gato que adoraba de mi jardín, con el que pasaba mis ratos libres y que pisé sin querer: no volvió a respirar; y con mi hámster, al que rocié de colonia, se volvió rosa y murió. Me despierto sobresaltada y lo primero que escucho es a mi estómago, ¡cómo no!

—Ey, Eu —me susurra Birdy. Ella también está despierta.

—Dime.

—Me —Se ríe por lo bajo y me da miedo—. No, en serio. Dime algo.

—Algo.

—Gracias, tía, me quedo más tranquila.

Nos reímos y nos dormimos plácidamente de nuevo. Junto a ella, no importa que haya sido el peor comienzo de verano.

Un día cojo en el hospital

Adriana Rocío Vedia Aillón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta mañana me he despertado y, de repente, he visto a los enfermeros, a los médicos, a los celadores, a todos los que trabajan en el hospital a la pata coja. Y, ¿por qué?, me pregunté. Pues porque llevaban un solo zapato.

Vinieron a traerme el desayuno, como todas las mañanas, y la chica que lo trajo no paraba de saltar, así que, la comida de la bandeja no paraba de saltar también y el vaso de leche fue a parar encima de las tostadas y las tostadas acabaron en toda mi cara.

Luego vino una enfermera que, al igual que todos, venía con un solo zapato y, por tanto, también iba saltando. Traía una gasa para curarme, pero como era de esperar, con tanto salto, la gasa acabó en la cabeza de mi acompañante y la jeringuilla, que era para ella, acabó en mi brazo. ¡Por dios que dolor!

Por último, el médico vino a ver cómo estaba, no esperaba que él también viniera con un solo zapato, ya que pensaba que los médicos eran personas muy serias, pero al igual que todos, llevaba un solo zapato. No paraba de saltar, tan serio y tan ridículo al mismo tiempo.

Yo no daba crédito a todo lo que veía. Pues como era de esperar, el médico se tropezó con la bandeja del desayuno que estaba en el suelo. ¡Vaya un golpe! Y yo que creía que los médicos no se caían.

Con tanto lío, la historia acabó con el médico estampándose en la ventana y terminó ingresado en la cama de al lado mío.

Moraleja: «No te pongas un solo zapato, ¡ve descalzo!».

La partida de parchís

Irene Sánchez Leal

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio
Marañón de Madrid

La vida es como una partida de parchís. Todos tenemos un mismo planeta, con los mismos océanos y continentes. Cada uno de nosotros consta de cuatro fichas de un color y una vida que, en este caso, sería el dado. Ningún otro participante puede tocar nuestra ficha, pero sí puede influir en ella. Tuya es la decisión de qué ficha mover y para qué. No puedes controlar los obstáculos y pruebas que la vida te ofrece, pues cuando tiras el dado no puedes elegir el número que va a salir. Sin embargo, con cuatro fichas sobre el tablero puedes elegir qué ficha mover. Como en la vida, comerás, pero también serás comido. Como en la vida, bloquearás el paso, pero te bloquearán el paso.

Pero aun siendo así, la partida no termina hasta que todas tus fichas han logrado superar los obstáculos y están en casa. Podrás haber sido comido miles y millones de veces, pero cuando tu dado sacó un cinco, volvió a sacar ficha, y esta continuó su camino hasta casa.

Tuya es la decisión de la ficha, y por eso debes alegrarte por tus logros y aprender de tus errores. No puedes elegir el número, pero

sí la ficha a mover; piensa cada movimiento o juega a suerte. Es tu estrategia. Al fin y al cabo, de una forma u otra todos llegamos a casa y terminamos nuestra partida. Elige bien cómo quieres divertirte.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.
Hospital Universitario Nuestra Señora
del Perpetuo Socorro de Albacete.

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Unidad Educativa Hospitalaria
Virgen del Camino de Pamplona.

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón.
Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.
Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer.

Hospital General Universitario Reina Sofía.

Hospital General Universitario Santa Lucía. Cartagena.

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.

VALENCIA

Hospital Universitari y Politècnic La Fe.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016



IX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2016

Coordinadores:

Ana María Ferrer Mendoza
Juana María Sánchez García



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades

Promueve:

© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:




© Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra)
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en: 

Autores:

Marta Zafrilla Díaz (prólogo)
Alumnado (relatos)
Ángel Palomo (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2016 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-608-7835-3

Depósito Legal:

MU-472-2016

Este libro es el resultado de la selección de relatos del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria
y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Universidades

**Comité Organizador del IX Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaria: Juana María Sánchez García
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinadores docentes: Clara Navas López
Ana Jara García, Francisca Martínez Andreu y José Blas García Pérez
Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez
Coordinación institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Índice

Prólogo 13

CATEGORÍA A

01. Flipo con mis amigos 21

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Ilustración: María Moya

02. El payaso colorín 27

Óscar Prieto Gómez

Ilustración: Almudena Vázquez Rodríguez

03. Las 500 millas 31

Vicente Mártir Gallardo

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

04. La isla apestosa..... 35

María Rodríguez Giménez

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

05. Meche y la oveja..... 39

Irene Criado Santalla

Ilustración: Carmen Osete Henarejos

CATEGORÍA B

01. Agustina y la rima..... 45
Amanda Andrieu Cercadillo
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval
02. La historia de Rita Palomita 51
Ana Lagares Serrano
Ilustración: Loles Salas
03. Hotel "El Hospital" 57
Paula Sinaí Martínez Romero
Ilustración: Sioni López
04. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad 61
Nayara García Cárdenas
Ilustración: Pepe Marco
05. Un hospital divertido 67
Tarik Bohuabs
Ilustración: Doctora Creativa
06. Los exámenes para *ninja* 71
Jean Javier Ordóñez Quezada
Ilustración: Francesca Cristina Ureña
07. La historia de Rigoberto II..... 77
Lucia Reyes Goñi
Ilustración: Ramón Besonías
08. Romeo y Julieta...¡Una historia apastosa!..... 81
Adrián Sánchez Felipe
Ilustración: Álvaro Peña

CATEGORÍA C

01. La historia de Bender..... 87
María Carmona Hernández
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

02. Escapando de la cárcel blanca	93
Alba Parra González	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
03. El relato de Dorian Luis	103
Luis Sauquillo Martínez	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
04. Calambur.....	111
Laura Cecilia Hernández Bellón	
Ilustración: Elena Sol	
05. Clausuremos este día	115
Sara Gutiérrez Hernández	
Ilustración: Asís Pazo Espinosa	
06. Un día cojo en el hospital	125
Adriana Rocío Vedia Aillón	
Ilustración: Verónica Cámara	
07. La partida de parchís.....	129
Irene Sánchez Leal	
Ilustración: Garbiñe Larralde	
 Aula Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2016.....	 133
Agradecimientos	135

Prólogo

SONRISAS QUE CURAN

Marta Zafrilla Díaz

Los niños son los seres más libres que existen, porque tienen dentro de sus cabezas un animalillo inquieto y poderoso que no para de inventar y de vestirse de colores: la imaginación. Ofrécele a un niño cualquier objeto que para los adultos resulte insignificante (una canica, un soldadito de plástico, un lápiz, una pinza de colgar la ropa, un mechero roto) y él convertirá ese mínimo utensilio en unas alas gigantescas, con las que remontará el vuelo y viajará hacia el Reino de la Fantasía.

¿No os habéis fijado? ¿De verdad que no? ¿Nunca habéis observado a un niño o a una niña mientras juega sobre la alfombra, ajeno a cuanto lo rodea, convertido en un héroe, en un dragón volador, en una reina medieval o en una guerrera galáctica?

Miradlos, miradlos ahora. Detened la vista en ellos. Han cogido las piezas de madera y están construyendo cosas. Vosotros pensáis que se trata de un montón de piezas amontonadas en un equilibrio inestable, pero os equivocáis: es el palacio de la Reina de las Nieves o de Frozen, es el castillo del Mago Tenebroso, es el Camelot del Rey Arturo. Y donde

vuestros ojos no ven sino hilos de alfombra ellos observan ejércitos en formación, ríos caudalosos sobre los que tender puentes, caballos piafando, humo de las hogueras, princesas de cabellos dorados que se asoman a ventanas, casitas de chocolate que se esconden en lo más frondoso del bosque, enanitos que buscan diamantes en su mina.

Pero hay niños que, durante un tiempo, no pueden estar en sus casas y no disponen de alfombras sobre las que tumbarse y en las que construir mundos de madera. Son niños que tienen las alas heridas y que necesitan ser curados. Pero eso no cambia su universo de fantasía y de luz interior. Todos los colores del arco iris, todos los juegos posibles o imposibles, todos los animales reales o inventados están en el interior de sus cabezas. Y para conseguir que salgan de allí disponen de muchos caminos: uno de ellos es la escritura.

En este libro que hoy presentamos tenemos buena muestra de cómo, utilizando la imaginación y el humor, los relatos de estos jóvenes escritores se llenan de vacas generosas, payasos que reparten ilusión, fugas cinematográficas, niñas que siempre sonríen, relatos mexicanos, hoteles que sanan, escarabajos moteros, anécdotas de la hermana pequeña, islas apestosas, situaciones chocantes de hospital, chicas dormilonas, personal sanitario que solo lleva un zapato, curiosos exámenes para convertirse en *ninja*, niñas que le tienen alergia a las cebras y tienen que conformarse con adoptar un lagarto, metáforas sobre la vida como un juego de parchís, familias enfrentadas por motivos culinarios, amigos chistosos de Valentina, muchachas que hablan con rimas o perros que nos cuentan su particular historia.

Todas las personas que han escrito en este libro se han fabricado una armadura de humor para luchar contra la tristeza, un traje espacial con el que viajar hasta Marte, una escafandra para bucear por

el fondo marino. Con sus palabras nos convencen de que cuando las sonrisas crecen en el rostro y en el cerebro los seres humanos pueden llegar a ser invencibles. Muchas gracias por esta enseñanza y muchas gracias también por los buenos ratos que nos habéis hecho pasar con vuestras historias.

IX Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

En Murcia, 9 de marzo de 2016 se reúne el jurado del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña. Juana M^a Sánchez García

Vocales: Dña. Lary León Molina

Dña. Concha Martínez Miralles

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Francisca Martínez Andreu

D. Luis Francisco Martínez Conesa

D. Lorenzo Hernández Pallarés

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido sesenta y seis relatos, procedentes de dieciséis Aulas Hospitalarias, de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Madrid, Región de Murcia, Comunidad Foral de Navarra y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A (de 6 a 9 años)** al relato “Flipo con mis amigos” de Saray Sakira El Hamdi Rubiano, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría B (de 10 a 13 años)** al relato “Agustina y la rima” de Amanda Andrieu Cercadillo, alumna del Aula Hospitalaria del CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid.

- **Premio para la Categoría C (de 14 a 17 años)** al relato “La historia de Bender” de María Carmona Hernández, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

A su vez, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros diecisiete relatos que serán publicados, junto con los tres ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2016”.

El tema de este año del Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” es el HUMOR. Y, realmente, ¡qué divertidos los relatos presentados! La sonrisa y las risas han estado presentes durante la lectura y las deliberaciones del jurado.

Todos los textos han acudido puntuales y llenos de humor y sentimientos a una convocatoria que un día, hace ya nueve años, pusieron en marcha los profesores de las Aulas Hospitalarias de la Región de Murcia: el certamen “En mi verso soy libre”.

Payasos que pierden la nariz pero no la gracia, vacas que hacen el pino, escarabajos moteros, una isla apestosa, lagartos que se tragan los exámenes suspensos, ratones que vuelan, un hospital encantado o un hospital sin spa. Hay escapadas gloriosas de jóvenes enfermos, y hasta investigaciones profundas sobre abuelas que hacen comer. Los relatos se apoyan en la imaginación, en anécdotas de clase, en situaciones cotidianas o maravillosas, en recuerdos de infancia. Y tras muchos de estos cuentos de humor, la enfermedad, el miedo, las jeringuillas, los médicos, las enfermeras, los compañeros de habitación, las maestras del hospital, los libros...

Murcia, 9 de marzo de 2016

GANADOR CATEGORÍA A

Flipo con mis amigos

Saray Shakira El Hamdi Rubiano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Todo en la vida se hace más fácil cuando tienes amigos como los míos: Ainhoa, Alejandro, Emmanuel, Santiago, Ismael... Solo pronunciar sus nombres, me causa risa al recordar sus locuras.

¡Qué tal la de Ainoa! El otro día estábamos en clase y llegó gritando:

—¡Me atracaron, profesora, me atracaron!

La profesora, preocupada, corre hacia ella y le pregunta:

—¿Qué te han hecho?

Y ella responde:

—Me robaron los deberes —Ja, ja, ja. ¡Qué locura de amiga!

Y qué decir de Emmanuel. Recuerdo cuando la profesora le preguntó:

—¿Cuál es el masculino de oca?

Y él respondió:

—El parchís.

Todos reíamos sin parar, menos la maestra, que, con cara muy seria, le dice:

—Te daré otra oportunidad con otra pregunta. Dime una palabra que empiece por D.

Emmanuel, muy seguro, responde:

—Ayer.

La profesora dice:

—Pero ayer empieza por A.

Emmanuel responde:

—Es que, ayer fue domingo.

La risa fue tanta que nos castigaron a todo sin recreo; un castigo merecido porque, con estos locos de mis amigos, es difícil evitar reír.

Otro día, en clase hablábamos de lo que queríamos ser de mayores. Ainhoa dijo:

—Yo seré una gran abogada.

Alejandro:

—Yo seré un gran cirujano.

Ismael:

—Pues yo seré bombero.

Santiago:

—Yo seré futbolista.

Y Emmanuel dijo:

—Yo seré veterinario, porque me gustan muchos los animales.

A la profesora le pareció muy interesante este tema y dijo:

—¡Qué bien! A ver, Emmanuel, ya que te gustan tanto los animales, dime cinco animales de África.

Emmanuel responde:

—Tres elefantes y dos jirafas.

Todos nos aguantamos la risa, pero la seriedad duró poco, porque la profesora dijo:

—Veo que estás muy gracioso, así que te voy a hacer otra pregunta. Dime tres animales cuadrúpedos.

Y él responde:

—Un perro, un gato, y dos gallinas —Ja, ja, ja. Pues otra vez castigados porque todos nos reímos sin parar. Y así cada día, una cosa tras otra.

Nos hicieron un examen y la profesora dijo:

—Ismael, te has copiado del examen de Alejandro.

A lo que Ismael contesta:

—¿Por qué lo dice, profesora?

—Porque en la tercera pregunta, él respondió: «No lo sé». Y tú respondiste: «yo tampoco» —Jajajá.

Para terminar a carcajadas, mi madre se estaba aplicando una crema en la cara con los ojos cerrados. Y mi padre le pregunta:

—¿Por qué cierras los ojos?

Ella responde:

—Porque dice: «Nivea».

Por último, soy Valentina, y me levanto cada mañana con toda la energía del mundo para ir al cole, disfrutar, reír, pero también para estudiar mucho para llegar a ser una gran pediatra, y así ayudar a que muchos loquillos, como mis amigos y yo, tengan la oportunidad de reír cada día.

FIN

El payaso Colorín

Oscar Prieto Gómez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Érase una vez un payaso que se llamaba Colorín, y que se dedicaba a alegrar a los niños y niñas que estaban ingresados en el hospital. Les contaba chistes, les regalaba globos y les hacía malabares.

Era tan bueno y se hizo tan famoso que un día lo llamaron de un circo muy importante que vino a su ciudad, Albacete. En el circo tenía que hacer malabares subido en un elefante, y tuvo tan mala suerte que se cayó y se rompió su gran nariz.

Lo llevaron al hospital, al mismo hospital donde él alegraba a los niños enfermos. Colorín estaba muy triste porque pensaba: «¿Quién va ahora a hacer reír a los niños?».

Un niño que estaba ingresado desde hacía tiempo en el hospital, y que se llamaba Óscar, se enteró de lo que había pasado, y tuvo una gran idea: llamó a todos los niños y niñas que estaban en el hospital, se disfrazaron todos de payasos, y fueron a su habitación a contarle chistes, a regalarle globos y a hacer malabares. Colorín se puso muy contento, y más cuando al día siguiente los médicos acudieron con la gran noticia de que había una nariz nueva para él, roja, grande y brillante.

A partir de ese momento, Colorín no volvió al circo y se dedicó siempre a sus niños y niñas del hospital, y fue llamado Colorín el de la nariz colorada. Y este cuento, más que ningún otro, debe acabar con las palabras: ¡Colorín colorado, este cuento se ha acabado!

Las 500 millas

Vicente Mártir Gallardo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitari i Politècnic La Fe de Valencia

En la ciudad de Valencia había una carrera de escarabajos moteros. Era muy difícil y peligrosa.

Se celebraba en verano, bajo un sol abrasador. Las temperaturas eran tan altas que podían llegar a los cincuenta grados.

Los escaraparticipantes se llamaban:

1. EscaraRossi.
2. EscaraMarc.
3. EscaraLoren.

Todos estaban dispuestos a ganar la carrera, pero solo uno podía ganar.

Los motores de los escaramoteros empezaron a rugir y la carrera empezó con tensión.

El calor era tan intenso que EscaraRossi empezó a sudar y su casco se llenó de sudor. Parecía que llevaba una pecera en lugar de un

casco. No podía respirar y EscaraMarc, justo en ese momento, le iba a adelantar.

EscaraRossi apoyó su pata en el asfalto y rápidamente la levantó, ya que el asfalto abrasaba. Y al levantar la pata del asfalto le dio una patada a EscaraMarc que se cayó al asfalto abrasador. ¡¡Parecía una barbacoa en toda regla!!

EscaraRossi se quedó pegado al asfalto y EscaraMarc, que estaba achicharrándose por el suelo, se enfadó con él.

Mientras tanto, EscaraLoren los miraba extrañado y pensaba:

«¡Se están pegando una comilona y a mí no me ha invitado nadie!».

Pasado un mes, EscaraRossi pudo explicarle a EscaraMarc y a EscaraLoren lo que había sucedido, y volvieron a ser amigos por muchas millas más.

La isla apestosa

María Rodríguez Giménez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Había una vez una isla llena de muchos y preciosos animales:

- Un león o dos.
- Una cebrá o dos.
- Un tigre o dos.
- Un oso o dos.
- Un elefante o dos.
- Una jirafa o dos.
- Un rinoceronte o dos.
- Un camello o dos.
- Un mono o dos...

Y todos aquellos que quieras meter.

Un día vino un malvado monstruo que los asustó mucho con sus fuertes rugidos. Todos los animales se escondieron por todos los escondites de la isla para que no los vieran.

Como tenían mucho miedo, pensaron que tenían que encontrar la forma de que el monstruo se fuera y los dejara vivir en paz en su preciosa isla.

¿Sabéis lo que decidieron? ¡ja, ja!

Que todos, a la misma hora y en distintos puntos de la isla, se tirarían un gran y apestoso peo.

Y así lo hicieron. Y, claro, cuando el monstruo olió ese olor insoporable no tuvo más remedio que salir corriendo.

Todos los animales se quedaron tranquilos en su isla, pero decidieron que a partir de entonces la llamarían LA ISLA APESTOSA.

Meche y la oveja

Irene Criado Santalla

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Fundación de Alcorcón de Madrid

Había una vez una vaca que se llamaba Meche y vivía en el campo. Y un día vino una oveja que le pidió leche. Meche se la dio, y desde entonces la oveja venía todas las mañanas, hasta que un día la oveja se puso malita, vino el médico y le dijo que no tomara tanta leche.

Entonces, la vaca se puso a hacer el pino y se mareó. Por la tarde, de repente, en vez de leche le empezó a salir yogur, y fue corriendo a decírselo a la oveja.

Entonces, la oveja le dijo que si podía probarlo. Meche le dijo que sí, y al probarlo la oveja se curó.

Meche se alegró mucho y fueron felices y comieron perdices.

FIN

GANADOR CATEGORÍA B

Agustina y la rima

Amanda Andrieu Cercadillo

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Había una vez una niña que se llamaba Agustina. Agustina era una niña muy peculiar, dado que, cada vez que hablaba, rimaba todo lo que decía. Su mejor amigo era un niño llamado Gabriel. Un día, Agustina iba andando y se encontró con Gabriel.

—¡Hola, Agustina!

—Hola, Gabriel, que te gusta la miel con papel y un pincel.

—¿Qué tal? —preguntó Gabriel.

—Muy bien con OKAL. ¿Y tú? —dijo Agustina.

—Genial —contestó Gabriel.

—Bueno, Gabriel, me voy, corcel —dijo Agustina, despidiéndose con la mano.

—Adiós, Agustina —dijo mientras se iba.

Agustina se fue a su casa. Allí estaba su madre.

—Hola, Agustina —dijo su madre, dándole un abrazo.

—Hola mamá, esto... —Agustina se preocupó mucho porque nunca se había quedado en blanco con las rimas.

—¿Estás bien, Agustina? —dijo su madre, preocupada.

—Sí. Creo que me voy a dormir.

Agustina subió a su habitación y se acostó en su cama. Cuando se levantó, miró su despertador y vio que eran las cinco y treinta y tres minutos de la tarde. Bajó a pasear y se fue al centro comercial. Iba andando, pensando en sus cosas y se cayó en una fuente.

—¡Agustina! —gritó Gabriel, mientras iba corriendo a la fuente para ir a ayudarla.

Agustina salió de la fuente mientras él iba a por una toalla. Cuando Agustina se secó la ropa y el pelo, Gabriel y ella se fueron a un bar. Se sentaron en una mesa y escucharon las noticias de La Ser.

«Últimas noticias: ¡Una cabra se ha escapado del zoo! Y ahora... vamos con el tiempo...».

—¡Guau! ¡Se ha escapado una cabra! ¡Qué chulada!

—Vámonos de aquí. Estoy aburrida.

Gabriel y Agustina se fueron a un banco. De repente, Agustina notó algo en la espalda.

—¡Beee! —baló una cabra.

La cabra estaba comiéndole el pelo a Agustina.

—Agustina, no te muevas. Una cabra te está comiendo el pelo —dijo Gabriel—. ¿Qué le gusta a las cabras?

—El papel, la zanahorias, el césped... ¡Pero quítamela ya del pelo!

—dijo Agustina, medio llorando—. ¡No quiero quedarme calva!

Gabriel fue al supermercado y compró zanahorias y lechugas. Al instante vino, y Gabriel llevó la cabra a seguridad. Los dos salieron afuera, pero en seguida se dieron cuenta de que pasaba algo raro. El mundo se había vuelto blanco y negro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel asustado.

—No sé, tío. Pero es bastante raro que el mundo se haya vuelto blanco y negro. ¡Y nosotros! —decía, mientras se miraba las manos en gris y su pelo, babeado por una cabra, en blanco.

—Señora, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Gabriel a una señora.

—Alguien ha robado los colores.

—¿Quién? —dijo Agustina.

—Algunos lo conocen como R2. Es Robert Rinart. Está ahí —dijo la señora, señalando una torre muy alta llena de colores y rimas—. La única forma de devolver los colores es rimar y derrotarle rimando.

—Pues vamos. Yo no voy a perder mis superrimas por un tonto como ese —dijo Agustina, cogiendo de la mano a Gabriel y tirando de él con todas sus fuerzas.

Los dos niños subieron a la torre y se encontraron con una gran puerta de metal. Al lado había una llave.

—Hay que ser tonto para dejar una llave al lado de una puerta y, encima, por fuera —dijo Gabriel.

—¡Cállate, Gabriel! Ahora tenemos que conseguir abrir esta gran puerta —dijo Agustina, mirando a todos los sitios.

—¡Agustina! —dijo Gabriel (—¡Silencio! —susurró Agustina.). —Hay una llave justo ahí.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, Gabriel? ¡Qué despiste tienes!

—Pe...pero... —tartamudeo Gabriel.

—Venga, Gabriel, vamos a entrar —dijo Agustina, abriendo la puerta con la llave.

Cuando entraron, se encontraron con Robert Rimart.

—Hombre, ¿qué haces aquí, Agustina?

—¿Cómo sabes mi nombre, tío?

—Porque soy mago —dijo él mientras se reía.

—¡Tú lo que eres es tonto! Dame mis rimas y devuelve los colores —dijo Agustina.

—Pues sabes la única forma de devolver todo eso, ¿no?

—Claro que sí —contestó Agustina.

—Una batalla de rimas —bramaron los tres a la vez.

Hicieron la batalla y Agustina ganó. Todo el mundo volvió a la normalidad y Agustina volvió a rimar.

FIN

La historia de Rita Palomita

Ana Lagares Serrano

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Érase una vez una niñita de ocho añitos llamada Rita Palomita. Siempre estaba sonriente y resplandeciente. Cualquier adulto que la viera no podía evitar sonreír. Aquella pequeña niñita alegraba a la ciudad. Aunque fueran días tristes, ella siempre sonreía. En el cole los niños no lo entendían.

—A lo mejor se ha blanqueado los dientes y quiere lucirlos —decían.

Pero a la pequeña Rita no le importaba lo que dijeran; ella nunca estaba triste ni enfadada. Ella siempre encontraba el lado positivo de las cosas. Los niños y niñas mucho le preguntaban, pues si había un truco para estar feliz, ellos también lo querían. Y lo intentaron, y lo intentaban, pero sus respuestas no entendían. Y la pequeña y adorable niñita de la sonrisita no conseguía explicar su felicidad de ninguna manera. Nadie sabía lo que le pasaba por aquella cabecita. Así pasaron los días, las semanas y los meses, y nadie la entendía.

Algunos niños, al no entender tal alegría, decían:

—Yo creo que se ha estirado la cara con cirugía y la boca se le ha quedado así.

—Pues yo creo que es una sonrisa postiza que se ha pegado con pegamento y no se la puede quitar.

Y le seguían preguntando, y seguían y seguían. Pero la pobre Rita dar explicaciones no podía.

Un día la ciudad estaba muy apagada, pocas eran las personas que sonreían, nadie sabía qué pasaba.

En el colegio lo mismo sucedía y, rápidamente, se dieron cuenta de que la pequeña Rita Palomita no había ido al cole aquel día. Una sola falta, nada cambiaba. «Se habrá puesto mala», pensaban. Pero la gente se preocupaba al pasar los días y las semanas, pues nadie sabía dónde se encontraba. Y fue entonces cuando admitieron que Rita no volvería.

La ciudad ya no era lo mismo sin la desaparecida. Todo seguía, pero ya nada apetecía. Los niños en el recreo ya nada hacían, se sentaban a esperar a que algún día volviera. Los adultos apenas sonreían. Todos echaban en falta a la pequeña Rita.

Empezaron a pasar los años, hasta que un día Rita Palomita apareció en su clase. La gente la reconoció al instante; a pesar de haber cambiado en los últimos años, su sonrisa no desaparecía. Traía algo en la mano. Era un sobre de color morado, nadie sabía lo que contenía. Rita, sin pensárselo dos veces, se subió a la tarima y empezó a decir:

—Durante todo este tiempo he estado pensando en vosotros, en las preguntas que me hicisteis y no supe contestar de forma que lo entenderais, pero ahora sí que lo sé. La verdadera respuesta a la felicidad es que no hay un motivo para sonreír, simplemente hay que sonreír por los demás, y, aunque no lo parezca, una sonrisa sin decir ni una palabra puede alegrar el día a alguien, ayudarle a seguir adelante.

Entonces Rita abrió el sobre que traía y le dio una sonrisa a cada uno de sus compañeros. Y, desde ese momento, la ciudad volvió a brillar como antes, con gente feliz por todas partes.

Hotel “El Hospital”

Paula Sinaí Martínez Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Luna y me han ingresado, de nuevo, en el *hotel* que utilizo para curarme: El Hospital.

Ubicado en pleno centro de la ciudad, dispone de todas las comodidades que uno pueda desear. Voy a explicaros como funciona este curioso *hotel*.

Al entrar al vestíbulo, no hay sofás cómodos, los recepcionistas no llevan pajarita y los clientes (pacientes) no sonríen ni están alegres, pero aun así ¡hay unas colas! Te entregan la pulsera del *todo incluido* para disfrutar más... —ejem...— *felizmente* de su estancia. En el *hotel*, aun así, todo el mundo quiere estar poco tiempo.

Posteriormente, te conducen a una acogedora sala de espera, provista de cómodas sillas que te dejan el trasero cuadrado, donde debes esperar a que te indiquen el lugar al que debes ir. Aparece entonces uno de los excelentes botones (¡celadores!) que te acompaña hasta tu habitación.

La habitación es amplia y luminosa, y dispone habitualmente de

dos camas, unas grandes ventanas con vistas magníficas y un baño que se adapta perfectamente a tus necesidades. No hay cortinas ni flores ni chocolates ni música. ¡Bueno, no se puede tener todo! No te entregan llave de la puerta, con lo que puede entrar quien quiera, aunque en realidad a nadie le apetece mucho entrar.

Dispones, de forma totalmente gratuita, de un pijama color azul (feo como él solo), esponjas y toallas que se repondrán cada día. ¡Apenas rascan!

Las deliciosas comidas son un placer para el paladar, además de sanas y nutritivas. Una de las empleadas te dará a elegir cada día el menú del día siguiente, a escoger entre tres platos, aunque nunca son pizzas ni tartas ni donuts.

El *hotel* dispone de un aula en el tercer piso para que los chicos y chicas en edad escolar puedan seguir sus estudios, una sala de ocio en cada planta; es eso, para estar ociosos —¡solo hay mesas y sillas!—, y una cafetería a disposición de todos: clientes y empleados. Sin embargo, no cuenta con piscina, spa ni solárium, así que al salir no estamos nada bronceados.

La habitación, como en todo buen hotel que se precie, la limpian, y la cama te la hacen (aunque no precisamente con sábanas de seda) un competente equipo de auxiliares y limpiadores.

Todo el personal es cercano y amable. En los bolsillos guardan jeringas y, en lugar de collares, llevan fonendoscopios. Pero, aparte de eso, tratarán de hacer su estancia lo más agradable posible.

Al salir, a pesar de todas las comodidades y atenciones, desearás no volver nunca a este *hotel*, aunque hay veces en las que no hay otra opción.

¡Sonríe, es mejor y más sano y, además, gratis!

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad

Nayara García Cárdenas

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

Esta frase tan conocida, y tan repetida en nuestra cultura, más de una vez nos ha puesto en un aprieto.

Bueno, empezaré contando quién soy y por qué digo esto. Soy Yania, una chica de trece años, que hace siete tuvo una hermana pequeña a la que llamaron Laura a petición mía, ya que adoro la canción *Lady Laura* de Roberto Carlos. ¡Uppppps!, perdón, que me voy de tema. Laura, cuando éramos más pequeñas, era un lorito de repetición y, además, con dos añitos hablaba perfectamente claro y se la entendía claramente, lo que más de una vez nos puso en compromiso.

Un día, por ejemplo, montamos en el ascensor para subir a mi casa, que vivo en el piso diez, y se montó con nosotras una vecina ya mayor. La mujer, muy amable, coge del moflete a Laura, y le dice:

—¡Pero qué mona eres y que mayor estás ya, sin carrito de pasear!

A lo que mi hermana contesta:

—¡Y tú que vieja estás, que no puedes casi ni andar! Si quieres te dejo mi carrito, que yo ya soy mayor.

La cara de mi madre era un poema, y yo noté cómo me puse roja de vergüenza ajena. Menos mal que la vecina era mayor y, además de cojear, era también sorda.

Otro día, recuerdo que Laura tenía tres añitos, pues acababa de empezar el cole. Íbamos al mercado con mi madre, y mientras esperamos nuestro turno para ser atendidos, justo la señora de delante empieza a pedir una cosa y otra cosa y otra cosa... Y al cabo de un rato, Laura la sujeta del abrigo y le dice:

—¡No compre tanto, que no va a dejarnos nada y nos vamos a tener que ir a su casa a comer!

Nuevamente, la cara de mi madre, un poema, y el carnicero empezó a reírse, al igual que el resto de gente que estaba allí esperando para comprar. La verdad es que la mujer era una pesada y tardó un montón en hacer la compra, así que Laura se limitó a decir lo que todos pensábamos.

Otro aprieto que nos hizo pasar a mi padre y a mí fue un día en el ascensor con un vecino pesado que siempre tenía la costumbre de cogerla del carrillo, pellizcarlo y decirle:

—¡Qué maja!

Solo decía eso, pero, lo hacía una y otra vez, daba igual si la veía una vez o cincuenta en el mismo día, que siempre se lo hacía. Hasta que, una de las veces, Laura le pellizca en la pierna, que es donde ella le llegaba, y le dice:

—¡Qué pesado! Lo más gracioso es que puso voz de adulto ñoño cuando habla con un niño. Por suerte, el vecino se empezó a reír, y desde ese día saluda a mi hermana por su nombre y sin cogerla del carrillo.

Para vergüenza, la que pasamos en la residencia donde está la abuela de mi madre, es decir, nuestra bisabuela. Vamos un día de visita a verla y a pasar la mañana con ella, y todas las abuelitas de la residencia empiezan a darnos besos, pero no cualquiera beso, sino besos de esos que dan las abuelas, que te abrazan y te besuquean un montón de veces en la misma mejilla. Hasta que llega la señora Ana, se acerca a darme un beso y, acto seguido, se acerca a mi hermana. Ella le pone la mano en la tripa para frenar su trayectoria y le dice:

—¡Aquí huele a pedo y no he sido yo!

¡Qué bochorno nos hizo pasar! Mi madre se disculpó con la señora y, claro está, luego ya en el coche, de regreso a casa, riñó a Laura. Nos explicó que, como era mayor, tenía incontinencia y llevaba pañales como los niños, y mientras mi madre estaba toda seria regañándola, Laura dice:

—¡Sí, sí, si está claro que lleva pañales, pero yo te digo que se había hecho caca!

Mis padres no pudieron contenerse las ganas de reír, y empezamos todos a reír en el coche.

Podría contar mil anécdotas graciosas y comprometidas a causa de mi hermana, pero lo dejo para otro momento. Espero que hayáis disfrutado.

Un hospital divertido

Tarik Bohuabs

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Os voy a contar una historia en la que ocurren cosas divertidas.

Cada mes vengo al hospital para ponerme el tratamiento y, aunque no lo creáis, me gusta venir porque pasan cosas de risa. Hay muchas personas que vienen a visitarme: los doctores, los enfermeros, los payasos y las maestras.

Los primeros son unos señores que dicen que son doctores, pero yo no me lo creo porque hacen unas preguntas tontas como si hago caca, si he hecho pipí... ¡Vamos, como si estas fueran preguntas normales! Y, entonces, se marchan.

También vienen las maestras y traen portátiles que escriben solos. Si escribes 'to', te sale tonto, y si escribes 'hola' te sale adiós. ¡Esto es de locos!

Después, los payasos entran golpeándose con la pared y se creen que me hacen reír. ¡Qué payasos son!

Finalmente vienen las enfermeras con sus aparatos, y esos sí que nos hacen cosquillas.

¡Ah, se me olvidaba! Cuando entro al hospital me pegan una bomba y no puedo separarme de ella ni un momento, porque si no, empieza todo a pitar. ¡Eso sí que es divertido, porque todo el mundo empieza a correr!

Los exámenes para *ninja*

Jean Javier Ordoñez Quezada

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta historia se sitúa en un colegio especial, donde hacen exámenes para *ninja*. Son dos pruebas, y todos los examinados están muy impacientes...

Pichamaru (profesor): ¡NIÑOS! Se acabó la clase de *taiyucsu*, podéis dejar de pegaros.

Flora (alumna): Por fin, tengo la espalda cargada, voy a leer un libro.

Caguto (alumno): Flora es la chica más molona del mundo. Tiene que ser mía. Flora me regalas tu...

Flora: Como digas que te regale mi flor, te comes la sartén.

Pichamaru: Vale, ya he acabado contigo. Caguto, te toca hacer el examen.

Caguto: Por fin, ya era hora.

Pichamaru: Muy bien, tienes que hacer la multiplicación de cuerpos (*ninyucsu*).

Caguto: Okey, ya me he multiplicado.

Pichamaru: Esto no es una fotocopia de ti. Esto es un libro de sudoku. Tienes un cero patatero, por gracioso.

Caguto: Profe, ¿cuándo me dicen las notas?

Pichamaru: Ya te lo he dicho, un cero.

Caguto: Mieeeerda.

???? (persona extraña): Caguto, vas a morir.

Pichamaru: ¿Pero qué?

Caguto: ¿Pero yo qué te he hecho?

?????: El otro día me robaste una piruleta de menta.

Caguto: Es porque estaba hambriento y me puse en modo *Kyubi*.

?????: Muere...

Pichamaru: (La persona extraña le clavó un *kunay* en la espalda) ¡Ahhhhhhh! ¿Ves, Caguto, como no hay que robar? He parado el *kunay* con mi espalda.

Caguto: En realidad el *kunay* iba hacia este árbol, pero a los árboles también hay que salvarlos, que lo dimos en naturales.

Pichamaru: Maldito niño de las narices, por lo menos has aprendido la lección.

Caguto: ¿Qué lección?

Pichamaru: Mierda...

Al rato después, vencieron al malhechor y Caguto ganó el título de *ninja*.

Los exámenes para *chunin*.

Pichamaru: Muy bien, como todos habéis aprobado, tendréis que hacer un examen teórico. Así que, ¡preparaos para el examen de mañana!

EN EL DÍA DE MAÑANA

Examinador: Muy bien. Para tener la mente sana, tendréis que hacer un examen teórico, pero ¿por qué?, porque lo digo yo, ¿queréis pelea? Y tampoco quiero que me digáis la típica pregunta de ¿este examen nos servirá cuando seamos super *ninja*? Porque es que me lo como. Al principio tendréis un diez y se os irá restando por cada error. Al principio solo habrá nueve preguntas y cuando las terminéis, os diré la última. ¡EMPEZAD!

Caguto: Ya ha empezado el examen y ya tengo un diez, soy un máquina.

Saske: Profesor, tengo un problema.

Examinador: Espero que sea un problemón, porque no aceptaré preguntas tontas.

Saske: Problemón, este examen está en japonés.

Examinador: ¡Ahhhh, es verdad! ¿Alguien tiene también ese problema? ¿Todos? Vale, repartiré las copias en español. Cuando yo tenía vuestra edad, teníamos que aprender diez idiomas. Vale, como erais ciento sesenta personas y solo tengo ciento veinte, el resto... ¡quedáis suspendidos!!!

Se ha valorado mucho vuestra colaboración y... bla, bla, bla, y hasta el año que viene.

Saske: ¡Uff!, menos mal que me he hecho con uno de estos exámenes.

Caguto: Por fin, algo que se puede leer.

Saske: Primera pregunta: El *ninja* a sale de Torroja a unos 30 km por hora y el *ninja* b sale del país de la música a unos 65 km por hora. Al *ninja* a le castigaron por comer patatas fritas en la casa de su padre y al *ninja* b lo mataron por contradecir a Dios. ¿Cuántos kilómetros hacen? ¿De qué color es el oso? Justifica tu respuesta. ¿Qué?

Caguto: Mierda, la primera pregunta no la entiendo. ¿El nombre y la fecha, es que tengo que saberlo todo?

Saske: Segunda pregunta: Si dos piojos... ¡A la mierda, no me entero de nada, me tendré que copiar!

Sharinflan: Puedo copiar el movimiento que mi compañero hace. Mi mano se mueve sola. Pero, ¿qué?

Examinador: ¿Cómo? Haciendo garabatos en mi examen, te parece eso arte.

Saske: No, señor, ahora lo hago mejor. Pero ¿qué digo, si eso no es mío?

Examinador: Muy bien, como parece que ya habéis terminado las preguntas, diré la última pregunta. Si la contestáis mal, suspendéis, pero os podéis ir y tiraros por la ventana.

Después...

Examinador: Vale todos los que os quedáis aquí aprobáis.

FIN

La historia de Rigoberto II

Lucía Reyes Goñi

Unidad Educativa Hospitalaria Virgen del Camino de Pamplona

Érase una vez una niña llamada Laura que adoptó un lagarto, porque había tenido otro lagarto de pequeña y se le había muerto. También quería adoptar una cebra, pero no podía porque le daban alergia.

El primer lagarto que tuvo se llamaba Rigoberto I. Dormía con Laura todas las noches, también le chupaba los pies malolientes que tenía... Y, además... Rigoberto I era muy comilón. Le gustaba comer grillos socarrados, le gustaba comerse los lápices de Laura y, depende del color que era, el lápiz se convertía de ese color.

Siempre que Laura traía los exámenes a casa y sacaba ceros, le daba el examen y Rigoberto I se lo comía y eructaba letras minúsculas y números primos.

Un día, Rigoberto I se comió el cero más gordo de Laura, y le sentó mal. Se empezó a hinchar, se puso como una pelota y flotó hasta el techo, se reventó y cayó al suelo patas arriba, y murió.

Laura lloró, lloró y lloró. Laura lo enterró en una maceta y puso encima una cruz con su nombre: Rigoberto I.

Cuatro años después, Laura, viendo las fotos de cuando era pequeña en un álbum que le enseñó su madre, vio a Rigoberto I mordiendo la rueda del coche de su padre. A Laura le dio pena y tuvo una idea. Su idea era comprarse un lagarto por Internet. Le gustó un lagarto indio porque tenía la cara con forma de oreja y le resultaba gracioso. El lagarto costaba doscientos euros y era toda la paga de Laura de un año.

El lagarto vino en una caja con agujeros y una pegatina donde ponía: Frágil.

Cuando llegó el lagarto, los padres de Laura se asustaron por la cara de oreja que tenía. Fueron a la cocina y se subieron a la mesa. Laura les dijo que no pasaba nada, que era muy cariñoso y le gustaba meterse en zapatillas apestosas.

Laura se acordó de Rigoberto I, le cayeron tres lágrimas y decidió que el lagarto se llamaría Rigoberto II.

Una vez, Laura iba a darle de comer a Rigoberto II grillos vivos, pero uno se le escapó y no sabía dónde estaba. Cuando su madre la llamó a comer, se dio cuenta de que el grillo estaba en el plato de su madre, y lo tiraron por la ventana.

Rigoberto II se duchaba con Laura y se ponía su bañador de flores, y siempre le bailaba encima de los pies.

Rigoberto II se echó una novia en el barrio, una lagarta muy presumida. La lagarta puso cuarenta y ocho huevos. De los cuarenta y ocho, veinticuatro se fueron a casa de Rigoberto II y el resto con su madre, la lagarta.

Rigoberto II sigue vivo junto a su familia en un chalé y es feliz.

Romeo y Julieta... ¡Una historia appestosa!

Adrián Sánchez Felipe

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos familias enfrentadas, no por tierras ni posesiones, sino... ¡por un duelo de alta cocina!

La especialidad de la familia de Romeo eran las albóndigas caseras y la especialidad de la familia de Julieta, las morcillas de cebolla.

Un día, el rey le encargó a Romeo los ingredientes de las albóndigas caseras, y la reina, por otro lado, le encargó a Julieta los ingredientes de las morcillas con cebolla.

Sin esperarlo, Romeo y Julieta se encontraron en la tienda del tío Paco, el lugar donde se vendían los ingredientes secretos.

Allí se enamoraron perdidamente y celebraron por todo lo alto su amor con un gran festín de morcillas de cebolla y albóndigas caseras.

Después de aquello, Romeo y Julieta tenían un espantoso dolor de barriga, ¡y las ventosidades inundaron la habitación! No hubo más remedio que ir al hospital, ya que la parejita feliz tenía una indigestión!

Las familias enfrentadas acudieron al hospital a ver a sus hijos y, definitivamente, enterraron el tenedor de guerra y...

¡¡Colorín albondigado, esta morcilla se ha acabado!!

GANADOR CATEGORÍA C

La historia de Bender

María Carmona Hernández

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hola, me llamo Bender y soy un chihuahua. Mis pasatiempos son buscarme la cola y olfatear traseros ajenos. Mido catorce centímetros y peso dos kilos con cien gramos. Vivo en casa con mi familia; bueno, mejor dicho, dejo que unos humanos habiten en mi casa, pero bajo mis normas, claro está.

Mi familia está compuesta por dos machos y dos hembras. El macho dominante soy yo, por supuesto (aunque también soy el más pequeño... pero bueno, dicen que las mejores esencias vienen en frascos pequeños). El macho más joven se llama Pepe, y lo tengo totalmente bajo control. Además, desde que le regalaron una máquina de ruedas a la que ellos llaman coche, no está mucho en casa. Un día, me quedé solo en casa con Pepe y unos amigos suyos. Decidí entrar a su habitáculo para explorar un poco y lo que vi allí me dejó estupefacto: había por lo menos tres gigantes (además de Pepe) con barba y melena larga, todos estaban riéndose, fumando algo (que hasta el momento es desconocido para mí) y escuchando música. Había un olor muy raro, y cuando salí de allí, me sentía mareado y confuso. Desde ese día no he vuelto a entrar en *la cueva de la confusión*.

El macho viejo (que debe tener por lo menos ocho años de perro) se llama Pepe también, pero en mi familia todos lo llaman papá. A papá le costó más, era el que llevaba los pantalones en casa, pero tras muchas batallas, ha sucumbido a mi poder. Recuerdo un día que yo estaba subido en mi sofá preferido, disfrutando de la tranquilidad, acurrucado en los mullidos cojines que fueran inventados por dioses, cuando papá se acercó a mí, y me levantó dispuesto a bajarme de mi sitio. «¡Cómo se atreve!», pensé. Y, naturalmente, le hice pagar por su osadía mordiendo su mano.

—¡Me cago en...! —exclamó papá.

Entonces se quitó la chancla (o como yo la llamo, *el zapato del diablo*) e intentó golpearme con ella. Mi astucia me permitió resguardarme bajo una mesa, por lo tanto no recibí casi ningún golpe. Después de este enfrentamiento, ha habido muchos más con el mismo resultado: yo corriendo como un poseso hacia un lugar seguro (pero en el fondo papá sabe quién manda...)

Además, después de estas bravas peleas, siempre viene a consolarme y darme cariñito María. María es la hembra cachorro de la familia, y también es mi humano favorito en todo el mundo. María es guapa y buena, y siempre tiene tiempo para jugar conmigo. María está enferma, porque está muy delgada y no quiere comer nada. En mi familia dicen que tiene algo llamado anorexia, y yo no sé qué significa eso exactamente, pero lo que sí sé es que se va a poner bien pronto, porque yo siempre la ayudo y me como toda la comida para darle buen ejemplo. Cuando María se va al colegio la echo mucho de menos, pero todos los días yo voy a su cuarto, deshago su cama y me restriego con su pijama. Cuando ella llega a casa y ve el panorama grita:

—¡Joder, Bender! ¿Otra vez? —Y sale corriendo detrás de mí; es un juegucito que tenemos ella y yo.

María me quiere y me respeta, tanto que incluso a veces me pone vestiditos y lazos (aunque yo sea un macho muy varonil).

Por último, está la hembra mayor, que se llama Nerea, pero se la conoce por el nombre de mamá. Mamá es buena también. Su misión en mi casa es alimentarme (y también al resto de mi familia), además de otras muchas labores que no voy a mencionar, porque no terminaría nunca. Un día, mientras mamá estaba haciendo la comida, me puso mi cuenco con pienso como todas las mañanas, pero ese día había algo diferente; había un exquisito olor por toda la casa. Yo sabía que mamá estaba cocinando algún tipo de manjar que pretendía ocultarme. Ante esta ofensa, decidí sentarme detrás de ella y mirarla fijamente para hacerle saber la maldad que estaba cometiendo. Finalmente, ante mi insistente mirada, cedió y me dio a probar el manjar que estaba cocinando. Que sabor, que textura, que delicia. Jamás en mi vida había probado semejante exquisitez. Ella lo llamó *borde de chuleta de cerdo*. Sin embargo, yo lo bauticé como *trozo de cielo bajado por los ángeles en bandeja de oro*.

Y esta es mi vida, mi casa y mi familia. Podrías llegar a pensar que desde el primer momento fui el líder que soy ahora, pero no. Me costó mucho trabajo (y muchas marcadas de territorio, ya me entendéis...) para llegar a ser el perro que soy hoy.

En realidad, soy un perrito muy afortunado. Tengo una buena casa, unos humanos que me quieren y obedecen (tanto que hasta recogen mi caca) y buena comida y agua todos los días. Además, puedo considerarme un perrito con suerte porque nunca he tenido lombrices.

Aquí me despido de vosotros lectores. Y recordar tratad bien a vuestras mascotas.

Relato basado en hechos reales.

Escapando de la cárcel blanca

Alba Parra González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Miré mis manos despellejadas por la quimio. Sí, hoy era el día, el día perfecto. Se podía oler en el ambiente de la habitación apestada de primeran. Exacto, queridos lectores, hoy era el día de la fuga, la escapada hacia la ansiada libertad. Aproveché el momento justo en el que la enfermera acudía con un carrito a curarme el hickman y mi madre había salido a tomarse una caña, para huir de esta situación desesperante en la que los días parecían no tener fin. A lo que iba. Con una estrategia medida, le pedí una toalla a la enfermera y, en el momento que entró en el baño, cerré la puerta y la trabé con el gotero (bombas incluidas). Confieso que me dio un poco de pena encerrarla, pero al instante recordé cuando me ponía el polaramine para las náuseas, que tanto sueño me daba.

Inmediatamente, le quité el freno a la cama y salí echando patas con carrito añadido. Mi primera parada (un alma caritativa como la mía tenía pensado rescatar a todos los adolescentes de hematología y oncología posibles) fue la habitación de al lado. Varias veces había oído cantar a una chica temas de Meghan Trainor. No lo hacía mal, la verdad, aunque a veces se trababa. No me extraña. La estúpida rubia

inglesa canta más rápido que lo que conduce un adolescente borracho un Ferrari por la autopista. Una muestra de mi innata simpatía (ya me iréis conociendo) son las críticas amables y sutiles a las divas del pop.

Abrí la puerta del cuarto de la joven cantante, la cual estaba como imaginaba: cantando *Lips are moving*. Lo mejor de todo fue su abuelo roncando a volumen —*noleacerquesunsonómetroquerevientaelsonómetroelhospital*—, fue uno de los momentos cumbres en la historia de mis partidas de risa.

—Oye, tú, ¿te vienes a cantar a la foca rubia al exterior?

—*I might be young, but ain't stupid, go away of this heeeeeell...** —me respondió.

—¡*Very good!!* «Anda, tira», pensé.

Y se subió a mi cama con su gotero por detrás. (Los goteros pueden ser un arma letal, como pudisteis comprobar al principio de esta historia).

—Me llamo Puri.

—Yo Clara —Nos presentamos sin besos ni estrechamiento de mano.

—¿Conoces a algún adolescente cercano que necesite nuestra ayuda? —Pilar me habló de uno, dos celdas más adelante.

Continuamos arrastrándonos por el vacío pasillo. Al abrir la puerta, descubrimos a otro compañero con la odiosa bandeja de la comida en su mesa y una imitación de Animals Maroon 5 procedente de la ducha, de lo que parecía su padre. Os puedo asegurar con total certeza que dicho adulto no compartía árbol genealógico con Meghan Trainor junior.

—Ven con nosotras, si no quieres que tu lengua se suicide al igual que tus oídos —le sugerí.

—¡Mi salvación! —exclamó Juan.

—Sí, sí... pero dejemos a un lado las cosas obvias y vámonos cagando leches.

—Voy.

—Eh, eh... Aquí las armas no se desaprovechan, coge la bandeja de la comida, la necesitaremos.

—Tú eres una experta, ¿verdad?

—¿Qué te pensabas? ¿Que me iba a fugar sin conocer cada extremo de este mundillo?

Clara me recomendó que lo dejara. —Es tonto —susurró, para que él no se enterase.

—¿Quién nos toca? —pregunté.

—Yo, cuando ingresé coincidí con un *gamer*,... muy friki...—dijo Juan.

—Vas a morir... —eso fue lo primero que oímos de Ismael; linfoma.

—El que muera serás tú, si no nos acompañas —Esta Clara tan simpática como siempre.

—¿A qué venís?

—A llevarte a tu casa, donde puedes enchufar la consola y no limitarte al ordenador —Yo, mostrándole lo que de verdad le interesa.

—¡Oh, mis dioses!

—Diosas, la mayoría no poseemos pene —justicia sexual por mi parte—. Bueno, Ismael, Clara y Juan, nos queda una penúltima parada.

—¿Piensa? —me preguntó Clara.

—Bastante —le contesté.

—En ese caso no sé quién es.

—Chicos, preparad las bandejas de comida, las necesitaremos para cruzar enfermería —Yo, dándomelas de líder, ¡que bonita que soy!

Pegamos un gran acelerón y doblamos la esquina mientras los chicos lanzaban los platos al servicio sanitario: enfermeras esquivando tapas de bandejas para no tragárselas; auxiliares escurriéndose el pelo para librarse inútilmente de la insípida sopa; mi más odiado enfermero se atragantó con un rebozado de pescado; a otro le salió un chichón más largo que la cola del paro, pues una bandeja eclosionó contra él...

No pude disfrutar más. En realidad, lo pasé mal por una maceta de papel inocentemente mojada por el caldo.

—Corramos a por ella.

Sin ya armas alimentarias, fuimos a por una más.

—*I never wanted to go, I never wanted anymore* —la gloriosa voz de Miriam.

—¡¡Si decido quedarme!! —A ver, si escuchas algo de la banda sonora de esta película, siendo Clara o yo, chillar es quedarse muuuuuuuy corta.

—¿Hola? —Ahí estaba ella ante la sorpresa.

—Estamos escapándonos, ¡vente!

—Gracias al cielo, Birdy en mi casa.

—Cada vez me caes mejor —Mi amorío incesante—, nos queda el inconsciente.

—Jose —nombraron al unísono.

—¿Lo conocéis todos?

—Consiguió sacar de quicio a Melli, con lo maja que es —Clara.

—Babea con una foto que le sacó a Patricia de AFACMUR —Ismael.

—Se puso a ver porno mientras Mariluz escuchaba sus pulmones —Miriam.

—Le tiró un estuche a José Blas —Juan.

—Bueno, eso no es tan malo... Yo le di con el libro de biología —Me miraron flipando en colores y sus derivados transparentes—. ¡¿Qué?! ¡Cuestionó lo muy amor que soy!

—Ahhhh, muy comprensible —Miriam la birdier.

—Soy un amor.

—Que síiiii, lo admitieron porque lo soy, y porque nadie se atrevió a contradecirme.

—Ahora que lo he escuchado, podemos ir por el guarreras *number one of the hospital*.

—Y bufón, que en una revisión me reí de la hostia que se dio contra una silla en la sala de espera —¡Ay, Miri! ¡Qué maja!

—Vale, vale, las risas cuando salgamos —Hay que reconocer la gracia cuando está presente.

Abrimos la puerta de la habitación de Jose, que nos miró con ojos obscenos.

—Jose, cacho guarro! —La empollona de Miri estaba ganando su territorio dominante, la vi como próxima domadora de este desecho social, la necesitaríamos.

—¿Libertad? Hecho, yo voy a donde esté mi caniche y Vanesa Romero.

—Pero antes de salir, lávate las manos —No querría que me pegara el sida.

—No problem, ¿veis? Si es que soy bilingüe y to'.

—Perdona, pero José Blas lo controla más que tú, mentiroso —le espetó Clara.

—Sí, la hostia, yo soy un pro.

—Un pro tocándote la flauta y estampándote contra el suelo —dijo Isma, que también tiene su gracia.

—También, también, soy un tío muy caritático.

—Carismático, anda vámonos —Yo lo corrijo TODO.

—¡A mí no me corrijas!

—Pues te quedas.

—Corrige, corrige.

Imaginaos un interminable pasillo con seis adolescentes y sus respectivas bombas a una velocidad supersónica. Fue como la feria que, por cierto, apenas catamos.

Nos cruzamos con las de la comida, las atropellamos a todas, equi-

paje incluido. Como notamos que nunca habían probado lo que nos servían, vomitaron más que nosotr@s con la quimio. Fue muy bonito, nos emocionamos. Una escupió ruedas que salieron rodando hasta un grupo de residentes.

Bajar las escaleras fue como una montaña rusa, atropellamos al hematólogo rubio que tanto odiamos algun@s. Solo salió herido él, nosotros, como rosas.

Del impulso que cogimos en las escaleras, medio hospital acabó por los suelos, incluido el cruasán de la cirujana que estaba saliendo de la cafetería.

—Jose, suelta eso, guarro, que ha estado en el suelo —le exigió Miriam, y le apartó el dulce que él gustoso mordía como Homer Simpson sus rosquillas.

—¿Pe’o qué haces? ¡Qué te’gohamb’e pijo ya! —se quejó él, aún con un pedazo en la boca—. Que tengo el intestino harto de la mierda bandejas que me dan: la carne la sacarán de las autopsias y la pasarán por la plancha, la sopa fijo que la cogen de las sondas que utilizan los viejos pa’ mear, te juro que un día vi a uno rebuscando en la basura del restaurante chino de la esquina (nuestro proveedor de hortalizas) y el tomate es la sangre tras ser analizada... te lo digo yo que llevo aquí más telediaros que to’os vosotros juntos, soy el Albert Espinosa de este hospital. ¡Me merezco sumisión! Clara, besa a tu señor.

—¡Anda y que te den!

—Déjalo Jose, si es que tienes madera de líder... —le recomendó Isma—, y de guarro consumado!!!

—¿Queréis dejar de hablar que nos la vamos a pegar?! —Se creen que puedo conducir una cama que ha sobrevivido a ** guerras mun-

diales, 5365 heridos de combate, 3746 tuberculosis, 2893 cánceres, 357 leucemias y otros 249 linfomas yo sola; deliran más que el freno que lleva esto.

—Pero si el objetivo es aplastar a todo aquel que no se aparte, y esos un muro no son, sino una guardia jurado y demás personas —Juan, devolviéndome la cordura.

—Ay, perdón, perdón, me estaba volviendo la humanidad.

Finalmente, logramos atropellar a todo quisqui y salir victoriosos por la puerta, sin muertes (nosotros estábamos vivos y, si las decenas de humanos a los que habíamos atropellado no lo estaban, ¡no era nuestra culpa!).

Lo siguiente que vimos fue un montón de banderas catalanas inundando las calles, y no, no era una manifestación, era Mas, acompañado por tanques, conquistando la ciudad.

De inmediato, cogí mi smartphone para llamar a una amiga.

—¡Ana! ¿Qué narices es esto? Ayer, cuando te telefoneé para contarte mi plan, no me dijiste que nos había conquistado Cataluña.

—¿Y yo que iba a saber? Si entre mi casa y la escuela camino mirando al suelo, y ya sabes que solo piso la calle para eso, y el suelo no tiene nacionalidad, el suelo es suelo.

Colgué y me quedé mirando a una adolescente haciendo *twerking* en la acera.

—Parece que hemos estado encerrad@s de más y las cosas han cambiado —contempló Ismael.

—Pero ¿la Vanesa sigue estando igual de buena, no? —apostilló Jose.

EL relato de Dorian Luis

Luis Sauquillo Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

«Esta increíble historia comenzó en un día normal, para qué vamos a engañarnos.

Había pájaros en el cielo, como cualquier otro día; buzos en el mar, como cualquier otro día; y como cualquier otro día, Daniel contemplaba todo este espectáculo desde el balcón de su piso (menos a los buzos, que estaban en el mar, ya que no disponía de una casa subacuática).

Había edificios normales en la ciudad normal de Mehartoafrijoles, México, en la que vivía nuestro protagonista, y sus habitantes, que también eran normales, eran además muy joviales y cariñosos.

Daniel Fernando Fernández de Danieles (treinta y pico, nacido en Amolasenchiladas, México, actualmente en paro, pelo negro, ojos azules y constitución normal, residía en Mehartoafrijoles con su hermana) vivía en un piso compartido, en la planta dieciséis de su edificio, que daba vistas a los hoteles que se situaban alrededor del centro de la ciudad.

Daniel miró el despertador. Eran las nueve, iba a despertar a su compañero de piso. Salió del balcón, y atravesando el salón llegó a la habitación de Iván, su compañero, cuya nacionalidad averiguareis diciéndoos que se pasaba el día durmiendo la siesta (que alargaba desde las tres de la tarde hasta las cuatro de la tarde del día siguiente), que no tenía trabajo y que le encantaba aplanarse en el sofá a ver telenovelas mexicanas (especialmente *La rosita de Guadalupe*) y a jugar al Call of Duty y al Minecraft. Efectivamente, era español de pura cepa y, además, un niño rata de cuarenta añazos.

Todo parecía que iba a transcurrir con normalidad aquel día, pero, de repente, aparecieron unos monos radioactivos del espacio que, armados con pistolas láser, comenzaron a disparar a los habitantes de la ciudad y a transformarlos en zombis-plátanos radioactivos. Solo Daniel Fernando Fernández de Danieles sabía como derrotarlos, así que se armó de valor y...».

Luis arrancó el folio a medio redactar de su máquina de escribir y lo convirtió en una bola arrugada con la mano. Colocó las manos en posición de tirar a canasta y encestó la bola en la papelera de su habitación, donde yacían otros muchos folios arrugados.

Dio un rodillazo a su escritorio (haciéndose mucho daño) y pegó un grito desesperante y agónico; se había pasado seis horas seguidas intentando escribir un relato de humor que debía entregar al día siguiente y siempre que parecía que ya lo tenía delante de sus ojos, escribía algo pésimo sobre robots *ninja* o sobre monos radioactivos que vienen del espacio.

Empezó a darse cabezazos en la mesa y a gemir por cada golpe, cuando su madre entró en la habitación y dijo:

—¿Qué estás haciendo con la puerta cerrada y lanzando gemidos: no te estarás...?

—No, mamá, simplemente es que quiero hacer un maldito relato y no me viene la inspiración.

—Está bien, te dejaré solo —dijo su madre, saliendo de la habitación. Y volviendo otra vez a abrir la puerta añadió: —Pajillas no, ¿vale?

—¡Ay, mamá, no digas esa palabra! —exclamó, lanzándole un cojín para que se callase.

Luis volvió a quedarse solo en su habitación, y, de repente, se le ocurrió un plan. Primero, iba a ir a la cocina a comerse unas chocolatinas. Después, iba a mentalizarse escuchando música épica de Two Steps From Hell. Luego, iba a ir a vomitar al servicio por haber comido tantas chocolatinas. Y, luego, tomaría de nuevo su máquina de escribir y elaboraría el mejor relato de humor de la historia!

Todo fue bien hasta llegar al último paso, en el que se quedó atascado nuevamente.

Abrió su portátil y se metió en *Yahoo respuestas* para encontrar temas sobre los que hacer su relato, pero no encontró más que basura que escribían los panchitos. Le dio un voto de confianza a la página presentando su problema, y lo único que le contestaron fue: «Pa que kieres hacer un relato de humor, jaja, saludos!»». Así que decidió meterse en *Yahoo respuestas España*, donde encontró más basura aún que en la de Latinoamérica.

Optó por meterse en Skype y pedirle a alguno de sus amigos que le ayudara con su relato. Abrió el chat de Chiqui, uno de sus mejores amigos, que tenía siempre ideas brillantes para todo. Chiqui estaba

jugando al Hello Kitty *on-line* en aquel momento, pero no vaciló en darle un par de consejos para su relato:

>Pon drogas, putas, y barcos —skypeó Chiqui por el chat—. ¿Sabes qué? Déjate el humor y céntrate en las putas y en los barcos.

>¿Tienes pensado ayudarme de verdad? —skypeó Luis.

>Vale, vale, era broma —tecleó Chiqui por el chat—. Si quieres te paso una página donde te enseñan a escribir relatos.

Esas palabras lograron hacer que Luis se emocionase y tuviera esperanza por unos instantes. Sin embargo, cuando abrió el enlace que le había mandado su amigo, solo vio a mujeres desnudas y muchas, muchas fotos de pies.

>Tienes unos gustos muy raros, Chiki —comentó Luis.

>Ups, enlace equivocado —corrigió Chiqui.

Una vez se metió en la página correcta. Luis comenzó a leer unos cuantos relatos de humor cuyos títulos le sonaban de algo y no sabía de qué. Empezó leyendo *El señor de los ajillos*, escrito por un tal Xxx_noscoper_xxX, pero decidió dejar de hacerlo cuando Frido Mochilón se aventuró a recorrer el bosque pasando por el tenebroso camino de *El atajo de la pata pa bajo*.

Sin embargo, sí que leyó íntegramente *Los juegos del gusanillo de después de cenar*, de un tal @Cuate1345, y una clara parodia de *Divergente* llamada Detergente, la cual le gustó más que el libro original.

Uno de los blogs de la página daba unos cuantos consejos para captar la inspiración a la hora de escribir un relato, y el primero de ellos era salir a la calle a dar un pequeño paseo y fijarse en las cosas que pasan a tu alrededor para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Al salir de la casa, Luis observó carteles en todas partes y pancartas por las paredes sobre las elecciones generales y cayó en la cuenta de lo pésimos que eran los candidatos de ese año. Se le ocurrió una idea, y era que podía hacer su relato sobre lo mal que va España, seguro que eso le gustaría a todo el mundo.

Volvió a entrar a su casa y le preguntó muy interesado a su padre cómo iba España:

—Muy fácil hijo, lo mal que va este país se puede observar cuando vas a los bancos, te f@#llan todo el ano recto sin vaselina ni nada y te cobran unas cantidades bestiales de dinero para quedárselo todo ellos —le dijo muy cabreado su padre—. ¿Alguna pregunta más?

Luis se dio cuenta de que ese tema no era gracioso, sino deprimente. Casi prefería hablar sobre barcos y putas, como le había aconsejado Chiqui, que sobre la crisis económica. Se echó a llorar desconsoladamente, lo había probado todo y ni siquiera tenía un tema preparado sobre el que hacer su relato. Las había pasado canutas intentando escribirlo y estaba a punto de rendirse. En ese momento, Luis tuvo una revelación, y es que, ¡ya lo tenía! Iba a escribir su relato sobre él mismo y narrar todas las peripecias que tuvo que sufrir para buscar un tema sobre el que hacerlo.

Cogió de nuevo su máquina de escribir, y, esta vez sí, se dispuso a escribir el mejor y más sufrido relato de humor del mundo, pero antes, echaría un ojo a la página esa de pies de Chiqui.

Calambur

Laura Cecilia Hernández Bellón

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Observaba sus manos con una especie de admiración, manos delgadas y gráciles. Se movían por sí solas sobre las teclas del piano y pulsaban, traviesas, todas las teclas del ascensor, parando en cada piso. Esbozaban una sonrisa esquiva en cada abertura de las puertas metálicas (casualidad o suerte que nunca hubiese un botones en la cabina). Y las manos, después, estallaban en risa.

El piano seguía sonando, cantarín, canalizando las notas como si fuese un sistema de riego que llevase a las acequias. Le florecían girasoles en las manos y un matojo de yedra en la cabeza. Los dedos corrían, veloces, por la barandilla de hierro que había a la salida de Correos; emprendían carreras. Estaban ebrias de arte en las yemas de los dedos.

«¡Dong, dong!», los ascensores se abrían y su palma se escondía, la vuelta dada tras la espalda. Sudorosas, sofocadas, divertidas y a la vez con la tristeza de no haber encontrado a un incauto que subiese al ascensor y las admirase. Porque eran manos dignas de admirar. Con su piel blanca casi transparente, las venas azuladas y los lunares

que ubicaban constelaciones en los nudillos; unos con otros, a veces rojos, a veces morados, pero siempre sobresalientes como colinas en la piel tersa que formaba el tejido de su extremidad perfecta. Melancolía en las líneas de la palma escondida. El dorso miraba orgulloso su cuerpo y sonreía por dentro.

Precioso era cuando llovía y el agua se escurría por el pulgar, en forma de gotas uniformes, como si fuesen lágrimas y las derramase despacito; cuentagotas en su cuerpo. El dedo corazón era el más obscuro y siempre miraba al centro (en él no nacían estaciones). El resto de dedos eran curiosos, tímidos a su manera: se perdían en los confines de la piel, corrían por barandillas y jugaban como niños a parar ascensores.

¡Qué bonito es tener la mano de un crío y una primavera en la cabeza! Con la metáfora de una mano acabo de describir una infancia, y fíjese por dónde, me es indiferente; los girasoles ya no florecen más aunque salga el sol y los caracoles no hacen carreras por las falanges. Pero, aun así, la mano ríe. Los caracoles también, porque les hace gracia su inexistente existencial.

Calambur entre los pliegues de los dedos.

Clausuremos este día

Sara Gutiérrez Hernández

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

–¡Bon día, amor!

Me tapo los oídos, coloco la almohada a modo de antifaz y me convierto en un rollito de sábanas. «Todavía no».

–¡Tú, levanta! ¡Que llegamos tarde!

«Qué pesada es, con lo a gusto que estoy».

–¡Tía, va!

«Aguanta un poco más, ya se irá».

–Tienes el desayuno en la mesa.

Me activo y me levanto de un salto, impulsada por un muelle llamado gocheo. Llego a la cocina y retrocedo a la cama corriendo, arrastrando la manta que llevo a modo de capa.

La pesada regresa de nuevo. Aplasto mi cara contra la almohada.

«Quiero dormir», intento vocalizar.

—Me has mentido —emito un gemido a modo de queja.

—Es que solo funcionas con comida.

Abro los ojos y veo su posición en jarra, típica cuando está cansada de mí.

—Es que es el amor de mi vida —replico.

Ella pone los ojos en blanco. Me pongo alerta ante ese gesto.

—¡Vamos a llegar tarde!

Su grito me hace temblar, aunque tal vez sea el frío, pero sigue dando miedo. Le hago caso porque lo próximo que hará será no dirigirme la mirada y ni mi calentita cama compensaría esa tortura.

—¡Eres una plasta! —le suelto, mientras lanzo una almohada turbo en dirección a su cabeza. La esquivo muy hábilmente.

—Le dijo la sartén al cazo —Y sonrío.

—Hazme el desayuno —suplico.

—No —sentencia. Y se va tarareando una canción horrible. Era de esperar.

Después de ponerme los tejanos verdes, los grises, los vaqueros y decidir que al final ninguno, salí de casa en busca de Birdy con un vestido liso azul que reflejaba mis ganas de agua, verano y campamento. Y allí es donde llegaba tarde, a la reunión. La esperada acampada que ni mi sueño ni mi indecisión me va a arrebatar.

—¡Birdy! «Maldita sea, qué rápido anda».

Corro y corro, y solo cuando oigo a unos chicos silbar descaradamente, me percató de que llevo vestido y que probablemente no ha

sido buena idea la carrera. Me río de mí misma y se lo cuento a Birdy, cuando por fin la alcanzo.

—Es que vas volando, Bird —bromeo.

—No te metas con mi nombre, no tengo la culpa de ser hija de unos hippies —Intenta sonar molesta, pero sé que le gusta. La conozco bien, es mi mejor amiga, desde siempre: nos limpiábamos los mocos juntas.

—Yo lo agradezco, ya sé a quién acudir cuando quiero un buen colcón. A mi madre le encanta la plantación de tu padre, suerte que no sabe qué planta cultiva —Creo que no puedo reír más en menos tiempo.

Andamos en silencio, agarradas de la mano, y luego a un kilómetro de distancia, porque sudábamos. Nos comunicamos por miradas, sonrisas, muecas y años y años siendo compañeras. Cuando nos mudamos al piso juntas, supe que lo nuestro sería para siempre, porque solo ella aguantaría despertarme cada mañana.

No me entero de la reunión, pero me sé cada centímetro del que será mi nuevo objetivo de este verano. Un chico moreno de ojos verdes. Sonrisa embaucadora.

—¡Eh, treziz! Sintoniza a la tierra —me susurra mi salvadora.

—No me pongas mote— me quejo.

—Tú me llamas pájaro, así que estoy autorizada —contraataca.

—Touché —Y vuelvo a mirarlo.

—Se llama Godofredo —lo dice tan seria que la creo y hago un gesto de vomitar que me hace parecer muy mala persona, pero a ella le hace gracia.

—Se llama Bob, pero es igual de horrible.

—Mi Bobby.

—No vuelvas a decir eso o te hago el vacío.

Sonrío.

—Mi Bobby.

—Qué poco te importa quedarte sin amigos —Me da la espalda y se larga.

—¡MI BOBBY! —grito, antes de ser consciente de lo que he hecho. Salgo corriendo en un intento de esconderme que acaba en caída de concurso y mil miradas clavadas en mí y en mi estupidez. Me arde la cara de vergüenza y las risas revientan mis oídos. Bobby, o sea, Bob, me está mirando con una ceja levantada que le da un toque muy seductor. «Deja de mirarle», me digo. Pero es que, es tan guapo. Una mano tira de mí para levantarme y me arrastra mientras me resbalo con mi propia baba.

—Siempre se lo carga todo —Birdy me regaña de nuevo.

—Creo que este verano tampoco ligo —lo digo de broma, pero creo que me duele.

Tras regresar a nuestra bastante desordenada morada, recoger las tiendas y los sacos y volver, de nuevo tarde, a reunirnos con el grupo, ya había recobrado mi orgullo y el torpe espectáculo que ofrecí hace unas horas era un recuerdo que le había sucedido a otra Eustaquia. Sí, me llamo así, mis padres se colocaban más que los de Birdy, parece ser. Me llaman Eu. Nunca digo mi nombre completo, ya recibo burlas por Eu. «Eo, eo», se ríen. «Eu», les recuerdo. Se les escapa la gracia.

Y así comienza otro verano al lado de mi mejor amiga y de toda esta gente, en especial Bob, que les gusta el campo casi tanto como a mí.

—¡Aaaaaaaah! —Un grupo de chicas gritan alocadas mientras una libélula vuela, tranquila, a su alrededor.

«Ridículo», me susurro.

Tengo el pelo descolocado y un calor sofocante. Me encanta la sensación de humedad que transmite el río junto al que caminamos. Somos un grupo numeroso, más de veinte personas caminando por medio de un bosque. Parecemos fuera de lugar, intrusos en la naturaleza. Aun así, los pájaros nos ofrecen un concierto como bienvenida que han callado esas chicas con sus gritos. La diversidad de olores forestales embriaga nuestros sentidos. Es una sensación única.

—Birdy —la llamo—. ¿Tú no cantas?

—Que te den, tía —Me empiezo a reír de mi propia broma—. ¿Y tú te haces llamar mi amiga?

Admito que soy un desastre de amiga, pero meterme con ella no es sino otro modo de demostrar mi cariño y confianza, y sé que ella lo sabe.

—Siempre a la góndola, Eu —comenta una compañera que camina a nuestro lado.

—Halagándola, idiota —El agradecimiento de Birdy es desternillante.

El camping en el que acampamos está vacío, y no es de extrañar; tenemos un prado lleno de vacas rumiando y creando un hedor de llorar. Sus cencerros callan al río, a los pájaros y a mis pensamientos

positivos. Diviso un toro. Es como ver al diablo entre ángeles blancos y bien alimentados.

—¿Qué narices? —Tal blasfemia en la voz de Bob es un deleite en mis oídos. Me giro y le sonrío.

—¿Qué divertido, eh? —No sé de dónde he sacado la valentía para dirigirme a esos preciosos ojos verdes sin que me falle la voz o las piernas.

— Muchísimo vaya —suspira. Hay treinta y tres grados y mis pelos están de punta.

—Encantado, soy Bob, tu Bobby. ¿Eres Eustaquia, no? —Sonríe y sé que por dentro está riéndose de mí.

—Eu, sí. Lo mismo digo. ¿Te gustan las vacas? —¿Y esa pregunta? Si hubiera hecho una lista de temas de conversación, ese estaría rodeado con bolígrafo rojo y destacado con NUNCA SACAR. Pero como soy una rebelde, lo he preguntado.

—En realidad, no mucho. Me resultan molestas, y eso que soy vegetariano.

Apenas proceso lo que me ha dicho cuando respondo:

—Yo me comería a ese toro —Cuando soy consciente, me ruborizo. Él me mira sorprendido. No puedo ser más estúpida.

—Me refiero a que es precioso, o sea, sí, que... — titubeo. Estoy quedando excesivamente mal. Él se ríe y mis colores faciales aumentan.

—Eres graciosa —dice. Entonces, me sonrío y se va. ¿Me ha dicho eso de verdad?

Nos agitamos de un lado para otro montando tiendas, recogiendo ramas y haciéndonos un hueco entre la maleza que nos rodea. Es por la noche cuando todos hemos terminado y los estómagos están rugiendo. Estoy saboreando en mis papilas el pollo que asaremos esta noche. Hemos tenido la brillante idea de bajar al pueblo antes de venir y comprar dos sabrosas aves que disfrutaré como nadie. Después de estar toda la tarde preparando el campamento, tengo un hambre atroz y un cansancio de anciana. Me acerco al círculo formado alrededor de la hoguera para ver cómo giran los pollos y cómo se quema su piel. Me derrito de deseo.

—¿Qué?! —exclamo. Voy a llorar.

—Sí, Eu, están podridos —me repite.

—¿Qué inteligentes, eh? —añade una chica que no conozco, pero que me cae mal porque tengo hambre.

—¿Cómo hemos comprado dos pollos podridos? No uno, encima los dos. ¿Somos idiotas? ¿Qué comemos ahora? —Estoy enfadada y asustada. Somos veinte personas sin comida en medio de la nada. En las películas esto acaba en canibalismo.

—Es el karma por comer seres vivos —bromea Bob.

Puede ser todo lo guapo que sea, pero casi le grito por bromear en un momento tan crítico. Mi mente echa humo y estoy casi segura de que mi nariz también.

—Tengo una lata de sardinas —añade un chico. Mi estómago da un vuelco. Decido que ese chico es mi nueva religión.

—Sí, claro, media sardina para cada uno. No comáis tanto, a ver si explotáis —Chica sarcástica, tiene razón.

—¿No hay setas por aquí? —pregunto. Parece que soy la única que piensa.

—Estamos en verano, no ha llovido desde abril. Si quieres buscar setas, mucha suerte —Zas. Puede que no piense tanto como me creo.

—¿Pescar en el río? —Me alegra saber que no soy la única que propone.

—Creo que no sois muy observadores, pero el río no lleva apenas agua, no hay peces que podamos pescar.

De repente todos empiezan a gritar y a decir sinsentidos e incoherencias a las que ni atiendo. Me siento en el suelo y se me congela, pero estoy tan cansada que no puedo ni levantarme. No sé cuándo terminan de discutir porque me dirijo a mi tienda y me acomodo en mi saco a intentar olvidarme de este pésimo día.

Sueño con mi conejo, aquel que creí que se escapó de mi casa y hace un par de años me enteré que fue mi comida de Navidad; y con aquel gato que adoraba de mi jardín, con el que pasaba mis ratos libres y que pisé sin querer: no volvió a respirar; y con mi hámster, al que rocié de colonia, se volvió rosa y murió. Me despierto sobresaltada y lo primero que escucho es a mi estómago, ¡cómo no!

—Ey, Eu —me susurra Birdy. Ella también está despierta.

—Dime.

—Me —Se ríe por lo bajo y me da miedo—. No, en serio. Dime algo.

—Algo.

—Gracias, tía, me quedo más tranquila.

Nos reímos y nos dormimos plácidamente de nuevo. Junto a ella, no importa que haya sido el peor comienzo de verano.

Un día cojo en el hospital

Adriana Rocío Vedia Aillón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Esta mañana me he despertado y, de repente, he visto a los enfermeros, a los médicos, a los celadores, a todos los que trabajan en el hospital a la pata coja. Y, ¿por qué?, me pregunté. Pues porque llevaban un solo zapato.

Vinieron a traerme el desayuno, como todas las mañanas, y la chica que lo trajo no paraba de saltar, así que, la comida de la bandeja no paraba de saltar también y el vaso de leche fue a parar encima de las tostadas y las tostadas acabaron en toda mi cara.

Luego vino una enfermera que, al igual que todos, venía con un solo zapato y, por tanto, también iba saltando. Traía una gasa para curarme, pero como era de esperar, con tanto salto, la gasa acabó en la cabeza de mi acompañante y la jeringuilla, que era para ella, acabó en mi brazo. ¡Por dios que dolor!

Por último, el médico vino a ver cómo estaba, no esperaba que él también viniera con un solo zapato, ya que pensaba que los médicos eran personas muy serias, pero al igual que todos, llevaba un solo zapato. No paraba de saltar, tan serio y tan ridículo al mismo tiempo.

Yo no daba crédito a todo lo que veía. Pues como era de esperar, el médico se tropezó con la bandeja del desayuno que estaba en el suelo. ¡Vaya un golpe! Y yo que creía que los médicos no se caían.

Con tanto lío, la historia acabó con el médico estampándose en la ventana y terminó ingresado en la cama de al lado mío.

Moraleja: «No te pongas un solo zapato, ¡ve descalzo!».

La partida de parchís

Irene Sánchez Leal

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio
Marañón de Madrid

La vida es como una partida de parchís. Todos tenemos un mismo planeta, con los mismos océanos y continentes. Cada uno de nosotros consta de cuatro fichas de un color y una vida que, en este caso, sería el dado. Ningún otro participante puede tocar nuestra ficha, pero sí puede influir en ella. Tuya es la decisión de qué ficha mover y para qué. No puedes controlar los obstáculos y pruebas que la vida te ofrece, pues cuando tiras el dado no puedes elegir el número que va a salir. Sin embargo, con cuatro fichas sobre el tablero puedes elegir qué ficha mover. Como en la vida, comerás, pero también serás comido. Como en la vida, bloquearás el paso, pero te bloquearán el paso.

Pero aun siendo así, la partida no termina hasta que todas tus fichas han logrado superar los obstáculos y están en casa. Podrás haber sido comido miles y millones de veces, pero cuando tu dado sacó un cinco, volvió a sacar ficha, y esta continuó su camino hasta casa.

Tuya es la decisión de la ficha, y por eso debes alegrarte por tus logros y aprender de tus errores. No puedes elegir el número, pero

sí la ficha a mover; piensa cada movimiento o juega a suerte. Es tu estrategia. Al fin y al cabo, de una forma u otra todos llegamos a casa y terminamos nuestra partida. Elige bien cómo quieres divertirte.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.
Hospital Universitario Nuestra Señora
del Perpetuo Socorro de Albacete.

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Unidad Educativa Hospitalaria
Virgen del Camino de Pamplona.

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón.
Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.
Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer.

Hospital General Universitario Reina Sofía.

Hospital General Universitario Santa Lucía. Cartagena.

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.

VALENCIA

Hospital Universitari y Politècnic La Fe.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del IX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2016



EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2016. IX Certamen Internacional de Relatos

Este libro está compuesto por los relatos presentados en el IX Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación y Universidades de la Región de Murcia, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario del Estado Español. Se trata de un proyecto que trasciende a las actividades de animación a la lectura y escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en esta situación pueda utilizar la palabra como refugio y

aprenda a disfrutar de la libertad que ésta nos regala.

Este año la consigna de los cuentos de En mi verso soy libre ha sido EL HUMOR. Gracias al humor se puede ver la vida con otros colores y podemos sonreír o reírnos a carcajadas aunque nos duela algo o tengamos preocupaciones. Con tan sugerente propuesta, los niños nos cuentan historias de risa, situaciones en las que no pudieron dejar de reír, e inventan disparates y escenarios cómicos, divertidos e hilarantes.

www.educarm.es/publicaciones

